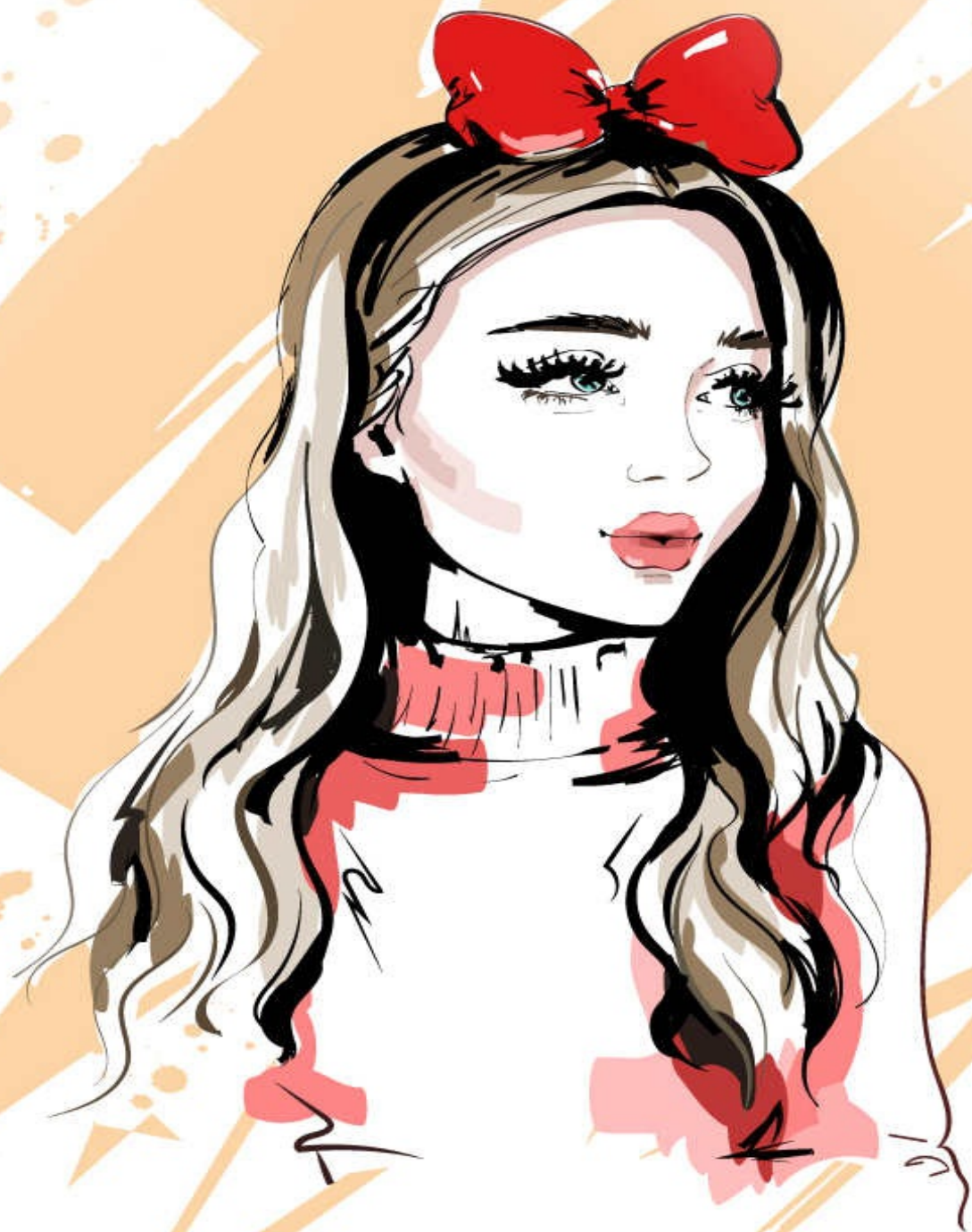


Miss Manías, tus secretos



Olivia Kiss

MISS MANÍAS, TUS SECRETOS

Olivia Kiss

Contenido

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[EPÍLOGO](#)

CAPÍTULO 1

Estoy orgullosa. Me siento así cada vez que me pongo delante de la cámara sujetando el micrófono, mirando al frente mientras intento levantar la ceja izquierda para hacer mi mejor expresión de confianza. Quiero transmitir rigor y veracidad a los telespectadores que esperan ser informados de lo sucedido.

—En cuatro minutos estamos en directo —me dice Jean, mi cámara.

Desde que a los ocho años vi en la televisión a la famosa reportera Angela Williams en el corazón de África quise ser como ella. Recuerdo que en la imagen aparecía en un poblado con varios niños, que entonces tendrían mi edad y que acababan de ser rescatados por la periodista ya que momentos antes, estaban secuestrados por terroristas. A partir de ese instante mi vida se centró en conseguir ese trabajo.

Es genial. No solo por la satisfacción de poder investigar e informar al resto del mundo sobre los acontecimientos, también por la oportunidad de viajar y poder conocer a gente enriquecedora y todo eso... ¡pagándome! Ahora era yo la *Angela Williams* de la cadena de televisión KNZB de San José, California.

—Tricia. —Jean me intenta hacer un gesto con su mano derecha indicándome algo que no logro a comprender.

Miro el micrófono y está correcto. Compruebo el resto de los cables y me cercioro de que están bien conectados. No sé lo que quiere decir. Levanto los dos hombros sacando el labio inferior.

—¡Que llevas mal puesta la falda del disfraz y se te ve el culo!

Me giro hacia atrás y en efecto, la falda blanca plisada se ha

enganchado con la goma de la cintura y se ven las braguitas. Rápidamente me la pongo bien intentando que nadie me haya visto.

—¡Ese culito de reportera! —grita uno de los solteros, medio borracho, de la fiesta.

Mierda, me han visto. Capullos.

Bueno. Lo que he dicho antes no es del todo cierto. Soy reportera de la KNZB y de momento tengo que conformarme con los reportajes más chorras de la cadena como esta fiesta, o como cuando entrevisté a los padres del bebé que sabía tocar la batería con sólo once meses o montar en patinete al lado del perro *skater*...

Todavía no he llegado al nivel de Angela Williams, pero lo haré.

Llevo trabajando en la cadena desde que salí de la universidad hace ya siete años y medio. Hice las prácticas allí y todo el mundo estaba muy contento conmigo así que Jessica Trevor, la directora y presentadora del noticiario, me dio una oportunidad. Me dijo que me había ganado el puesto por mi simpatía y porque siempre estaba sonriendo y transmitía alegría. A mí me pareció que intentaba describir que era la mascota perfecta para la cadena. Lo que Jessica no sabía, era que realmente la gente de allí no me caía nada bien a excepción de unos pocos y sonreía porque siempre que me pongo nerviosa, trazo una amplia sonrisa sin motivo y hacer las prácticas resultó para mí ser una de las experiencias más estresantes de toda mi vida, así que parecía el emoticono de los dos puntos y el paréntesis.

—Un minuto y salimos —dice Jean mirando a través del objetivo y haciendo las últimas calibraciones de la cámara. Yo me dispongo a hacer mi ritual de repasar mentalmente tres o cuatro capitales del mundo. Es una de las tantas manías que tengo. Antes de cualquier directo o empezar un reportaje, necesito recitar mentalmente países y su capital para tranquilizarme. Si no lo

hago, no puedo empezar. *Perú-Lima. Samoa-Apia, México-México...*

Jean levanta su mano derecha con cuatro dedos, quitando otro cada segundo hasta que alza la palma indicando que estamos en el aire.

La voz de la presentadora se escuchaba en mi oído izquierdo.

—Buenos días desde North Summer Valley, Jessica. En breves momentos comenzará la anual fiesta de *La batalla de las tartas* —digo con entusiasmo.

—Por la imagen que nos llega, veo que te has vestido para la ocasión, Tricia. Te sienta muy bien ese disfraz de novia —me dice por el pinganillo sabiendo que fue una sugerencia/obligación suya en la reunión semanal. Es lo que tiene dirigir un noticiario.

—Muchas gracias, Jessica. Aunque es un poco fresco para esta época del año. —Espero que pille la indirecta, ya que el disfraz de vestido de novia se compone básicamente de una falda muy cortita, un bikini de encaje blanco y un velo.

—Bueno, ¿nos puedes contar en qué consiste la fiesta?

—Claro, Jessica. El origen de la batalla de tartas se remonta trescientos cincuenta años atrás. Lady Brooke, era la chica más hermosa de North Summer Valley, estuvo enamorada de Sir Conan y Sir Nicholas a la vez sin que ninguno sospechara de la presencia del otro. Como no sabía con cuál de los dos contraer matrimonio, tomó la decisión de casarse con los dos el mismo día, en dos bodas diferentes y en las dos únicas iglesias del pueblo.

» El día de antes, el pastelero, que estaba casado y que también estaba enamorado de Lady Brooke, llamó a los dos pretendientes a la vez para que probaran las tartas y se enteraran de que ella los engañaba a los dos. Así el obrador tendría vía libre para fugarse con ella. Nada más conocerse el embuste de la hermosa joven, los dos interesados comenzaron una batalla de

tartas hasta que las hijas del pastelero pararon la pelea. Sendos luchadores se enamoraron perdidamente de las hijas y se casaron con ellas siendo muy felices. Lady Brooke y el repostero, por el contrario, se quedaron solos el resto de sus vidas. Desde entonces, dice la tradición, que los solteros del pueblo deben librar una batalla de tartas para tener suerte en el amor, así que las chicas solteras se disfrazan de novias para intentar parar las *peleas* y enamorarse de los solteros.

—Curiosa la historia de la fiesta —dice Jessica desde la tranquilidad del plató de televisión—. ¡Ah! Entonces, ya sé por qué te has disfrazado. Eres nuestra reportera soltera y quieres parar alguna lucha.

La odio. Mucho. Pero mucho. ¡Qué vergüenza! Mierda, comienza mi sonrisa encantadora a causa de los nervios. Jean también se ríe sujetando la cámara.

—¡Me has pillado, Jessica! —Guiño un ojo a la cámara abriendo la boca, quedando de lo más sexy que puede quedar un gesto. ¡Pero, qué coño hago! Es lo último que querría hacer. Creo que en mi cabeza hay una *gemela malvada* de lo más bromista y me hace hacer lo contrario de lo que pienso. Recuerdo que KITT, *El coche fantástico*, también tenía uno que se llamaba KARR. A mi *gemela* la llamo *Tracia*. —Ha sido un placer contarte lo que está sucediendo en North Valley Summer. Ha informado Tricia Jackson. Devolvemos la conex...

Mierda. No me da tiempo a acabar la frase. Dos chicos sin camiseta y unos cuerpos de espartanos de la película 300 embadurnados de nata que han visto el guiño sexy se acercan haciendo eses con una tarta en la mano.

—¡Oh! Hija del frutero... separa nuestra pelea... —dice el más moreno sin saber que era pastelero en lugar de frutero. Sonrío. Mierda.

El otro me lanza la tarta y me llena de crema la cara y el escote. Lo

sabía, tenía que pasar. Menos mal que he cerrado la conexión.

—Tricia. —Oigo por la derecha. Me giro y no hay nadie—. Ahí tienes a dos pretendientes, ¿con cuál te vas a quedar?

Era Jessica. ¡No había llegado a desconectar, todo San José me estará viendo! Hola, Youtube. Hola, *Video Sexy Reportera Escote Lleno Nata*. Sonrío a la cámara.

—¡Qué suerte tengo, Jessica! Pues no sé a quién elegiré. Será tarea difícil... —Los dos chicos me lanzan besos y se señalan a sí mismos—. Ahora sí. Esta reportera, ahora más dulce que nunca, se despide de la fiesta. —Pero ¿qué diablos digo? Ya está *Tracia*, la bromista, haciendo de las suyas.

—Adiós, Tricia. Pásalo bien. —No la puedo ver, pero seguro que ha guiñado un ojo.

Veo que Jean se descarga la cámara del hombro y se sigue riendo, pero esta vez a carcajadas. Le ha hecho bastante gracia.

Los dos chicos siguen balbuceándome cosas mientras yo me limito a limpiarme la nata del escote y la cara. Un poco de la crema se me mete en la boca. Está realmente buena, así que la pruebo bien de un trozo que tengo entre los dedos.

Ahora hay cinco chicos, todos mirándome. Sin querer me he lamido los dedos pareciendo el inicio de una escena de película porno. Mierda. Tengo el *superpoder* de ser sexy cuando la situación requiere lo contrario.

—¡Eh! Que es nuestra *hija del frutero* —les dice el moreno a los otros tres que se habían acercado.

—Vale, vale... ya nos vamos —dicen retirándose y enseñando las palmas.

Se acerca a mí con una sonrisa maliciosa. Luce un cuerpo de escándalo. Tiene tantos abdominales que podría montar una tienda para

vender los que le sobran.

—Hola, *reprotrera*. —El pobre, no sabe ni cómo se dice “reportera”. Claro, para funcionar esos pectorales, le tienen que restar energías al cerebro.

—Hola —digo intentando ser cordial.

—Te interesaría tomar una coppa —balbucea.

—Gracias por la invitación. Otro día, si eso... —Nunca será—. Tú no deberías beber más.

—Tieenez, razzón... No volveré a beber —dice llevándose el vaso de plástico a la boca sin ser consciente—. Apunta mi teléfono.

—¡Uy! Es que no lo llevo encima. —Miento—. Pero me encantaría volver a ver esos abdominales con nata. —Pero ¡qué digo de nuevo! Esto es obra de la malvada *Tracia* y del tiempo que hace que no le doy ninguna alegría al cuerpo. Tanto que casi ya no me acuerdo. La semana pasada fui a la revisión anual, y me estremecí cuando el oculista me sostuvo la cara para ponerla en la máquina para examinarte la retina, donde apoyas la barbilla. Cuando sentí sus manos en mis mejillas, cerré los ojos y solté un gemido casi imperceptible que me hizo reaccionar y abrir de golpe los ojos. Ahí supe que me hacía falta el contacto real con un hombre.

—No te preocupes, Tricia —dice Jean acercándose con una risotada maliciosa—. Yo apunto el teléfono y luego te lo doy.

—Mmm... Muchas gracias, Jean —Muchas NO-gracias.

—Gracias, tío —dice el *espartano*—. Tu compañera está como un trozo de nugget de pollo.

¿Trozo de nugget de pollo? ¿En serio?

—Sí, como un trozo de nugget de pollo... —dice Jean irónicamente riéndose todavía más si cabe.

Mi compañero apunta el número de teléfono y el muchacho se va

andando hacia atrás lanzando besos, señalándose el corazón y luego a mí hasta que se tropieza, se cae y se va corriendo.

—Muchas gracias, Jean —le digo poniendo los ojos en blanco.

—De nada, Tricia. Lo que sea por mi amiga. —Me guiña un ojo.

—De no ser por ti, esta *repotrera* —imito al chico—, hubiera perdido la oportunidad de conocer a su caballero andante.

—Puedes darle una oportunidad al soltero. ¿Quién sabe si es el próximo Nobel y padre de tus hijos?

—Claro, puede ser... NO. Ya sabes que suelo calar bastante bien a la gente. Otra cosa no, pero las primeras impresiones no me suelen fallar.

—Eso es cierto, pero conocer a personas no le hace daño a nadie...

Niego con la cabeza.

Mi compañero Jean y su mujer Katrina son mis mejores amigos. Los quiero mucho. Hace siete años, cuando Jessica me dio la oportunidad de trabajar de reportera, se me asignó un cámara. Entonces era un joven recién llegado de Francia con la cara llena de granos y casi sin experiencia profesional. Poco a poco fuimos afianzándonos en el terreno laboral y en el personal. Él y su mujer son los únicos que pueden soportar mis manías, que no son pocas. Son un gran apoyo y paso muy buenos ratos con ellos. Están empeñados en que consiga un novio, aunque yo les digo que no necesito a nadie. En cierto modo es verdad, pero lo que no es secreto es que envidio la relación que llevan ellos. Tantos años juntos y veo esa compenetración en los ojos de Kat y Jean cada vez que se miran.

—Me parece que vamos a tener que ir a algún bar para que te puedas limpiar toda esa nata y quitarte el disfraz.

—Tienes razón. No sabes las ganas que tengo de cambiarme.

Lo que tampoco sabe son las ganas que tengo de quitarme estos

reportajes e ir al centro de las noticias más normales. Necesito investigar y no a Lady Brooke y sus malditos pretendientes. Necesito hacer un reportaje y no enseñar el escote.

Jean me pasa una toalla por los hombros para taparme un poco.

Nos alejamos bastante de la fiesta y nos metemos en un bar un tanto lúgubre. Hay tres mesas en el salón ocupadas por hombres de mediana edad jugando al póker que me desnudan con la mirada. Ojalá tuviera la capa de invisibilidad de Harry Potter. Lo peor de todo, es que si en la fiesta de la que acabo de salir están todos los solteros del pueblo, estos son los casados...

—Pídeme un café, Jean.

Me guiña un ojo.

Rápidamente me meto el aseo de damas. Veo que todo tiene una fina capa de polvo y un olor muy rancio. No me extrañaría que sea la única chica que entra aquí en meses, quizá años. Hago una pequeña alfombra con trozos de papel higiénico y me imagino que es una nube de fantasía para no vomitar. Me empiezo a quitar la nata con la toalla que me ha dado Jean. En el espejo veo a lo que puede parecer de todo menos una reportera. Si uno de los hombres que están fuera sentados en la mesa es un asesino y entra y me mata, los investigadores del CSI seguro que se confundirían. Me lo imagino así.

—¿Qué tenemos?

—*Hola, Grissom. Una mujer blanca de unos veintiocho años. Por la vestimenta creemos que es una prostituta.*

Me quito la parte del bikini dejando al aire mis pechos y me miro en el espejo pensando que no estoy del todo mal. Bueno, lo que llego a ver porque con mi metro y cincuenta y dos centímetros me sobra mucho reflejo por arriba. En general soy muy normal quitando lo bajita que soy. Mis pechos no son ni muy grandes ni muy pequeños, mi cuerpo es proporcional, nada

exagerado... Si fuera una superheroína sería *Normal Woman*. Me pongo mis vaqueros y mi sudadera de ALF persiguiendo a un gato y salgo a la mesa donde está Jean con los dos cafés. Necesitaría algo más fuerte, pero me conformo con el chute de cafeína.

Parece que ha dado resultado y al final la sudadera de ALF es como la capa de invisibilidad de Harry Potter porque los señores que estaban ni me dedican una sola mirada. Bien.

Jean está en la mesa más retirada del local. Todos los clientes que hay allí parecen que hayan estado expuestos a radiaciones dañinas. Ninguno tiene un aspecto saludable.

—Vaya cambio, Tricia.

—Lo necesitaba.

—No ha estado mal el reportaje —me dice un poco resignado.

—No. Entre las bombas de la guerra y los rebeldes que tenían rehenes, hemos salido ilesos.

—Pues no te quejes que, dentro de unos días, tenemos el Mundial de Cheerleaders. —Miro a mi café a ver si me anima, pero nada. Le echo el azúcar del sobre y me lo guardo para mi colección—. Investigaré a fondo. Me tendré que documentar de todo.

Jean sonrío. Siempre está sonriendo y desprende un halo de serenidad.

—Bueno, Tricia. Yo me voy, que tengo que recoger a Kat de la academia.

—Dale un besito de mi parte a tu mujer.

—No te olvides de la cena del viernes —dice levantándose y recogiendo sus cosas.

—¡No! Nunca se me olvida el día de burritos —digo relamiéndome—. Yo creo que me voy a quedar un poco a escribir el informe de hoy y a

investigar a las cheerleaders. —Miento.

Saco el ordenador portátil.

—¿Cómo volverás a casa?

—No te preocupes, cogeré un taxi.

Jean se despide e intuyo cómo se aleja, ya que los cristales están tan sucios que parece que se pixela la imagen.

Sin haberlo llegado a encender, guardo el portátil y me acerco a la barra.

—Camarero, un whisky doble con hielo.

El camarero se gira con una velocidad extremadamente lenta y me mira. Parece un perro pachón. Partes de su cara cuelgan varios centímetros haciendo visible la fuerza de la gravedad.

Sin decir ninguna palabra me acerca la bebida.

—Gracias —le respondo sabiendo que no me va a contestar.

Le doy vueltas a la copa mirando cómo el hielo gira rebotando entre las paredes del vaso. En la cadena me siento un poco así, como un hielo. Siento que la parte más grande de la reportera que llevo dentro está hundida.

Sorbo un trago.

—En las próximas reuniones, le diré a Jessica que me dé algo mejor —murmuro para mí misma mirando fijamente al vaso. —Le diré que se meta sus reportajes por donde le quepa.

Sé que no me atreveré, pero me gusta imaginármelo.

Un chico alto se ha acercado a la barra. No parece enfermo como el resto. Huele muy bien. Clava sus codos en la madera y junta las manos.

—Padre nuestro, que estás en los cielos... —comienza a rezar. ¿En este pueblo están todos locos?

Frunzo el ceño y mis ojos creo que no se pueden abrir más. Me mira.

El color de sus ojos me recuerda al verde de un bosque. Me enseña sus dientes con una expresión picarona.

—¿Este no es el confesionario? Es que como te he visto rezar...

Intenta bromear, pero no estoy de humor. No sabe con quién se ha topado.

—Sí. Estaba diciendo: “¡Oh! Señor, haz que ningún engreído se me acerque y se meta donde no le llamen”, pero se ve que Dios estaba ocupado o fuera de cobertura en este momento.

Sonríe de lado. Es guapo. Jodidamente guapo.

CAPÍTULO 2

Vaya, lo que me faltaba hoy. Un capullo arrogante. ¿Lo peor de todo? Es que está en este bar y no está en la fiesta, lo cual quiere decir que está casado.

Lleva una camisa de cuadros claritos que se le ciñe a los amplios hombros, un chaleco azul oscuro y unos vaqueros. Es ropa de calidad. Ha pedido un café.

Sonríó medio de lado y levanto una ceja imitando al protagonista de la serie *El mentalista*. Creo que sería una buena investigadora. Mis aptitudes detectivescas me hacen deducir que tiene una empresa de construcción. Lo sé por su ropa cara y sus manos grandes y fuertes por haber utilizado la maza. Me imagino que trabajará sin camiseta mostrando esos músculos bronceados y gritándole a todas las chicas que pasan cerca de su obra para ver si alguna cae en sus redes, engañando así a su mujer todas las semanas.

También intuyo que hoy se va de caza por el tipo de ropa cómoda y botas que lleva. Le gustará atrapar a sus presas y sentir la superioridad ante un animal indefenso. Se ha pedido cafeína para estar bien despierto y que el disparo sea certero. Y como todos los días, se vaporiza ese perfume por si encuentra otro tipo de presa que cazar: una chica con la que tener un lío.

Pocas veces me equivoco y creo que esta no será una excepción.

Él me mira y sonrío.

—Un poco pronto para beber, ¿un mal día? —me dice no habiéndole importado mi contestación tan ingeniosa de Dios y su cobertura. Me la había currado.

—No, yo es que suelo beber por prescripción médica.

—Pues me tienes que acompañar a ese médico que el mío es muy raro y está en contra del alcohol.

—Está muy lejos. No sabrías cómo llegar. —le respondo a su inútil proposición. Me mira fijamente. Mierda, comienzo a mostrar la amplia sonrisa por los nervios. Debo parecer encantadora.

—Pues te recogeré y me llevas. —¡Qué descaro! Ahora verá...

—¿Por qué no se lo dices a tu mujer? —Ahora es cuando se desmorona como en las salas de interrogatorio de la policía federal y lo confiesa todo llorando.

—Veo que te va juzgar a la gente sin tener la menor idea...

No ha funcionado, quiere desviar la atención. Remueve el café sin un atisbo de culpabilidad y se arremanga los puños de la camisa como si fuera a empezar una pelea. Sus antebrazos son fuertes.

—Me va y mucho. Nunca me equivoco con las personas y las primeras impresiones...

Se ríe y da un sorbo a su bebida, pero ni lo confirma ni lo desmiente.

—Hay veces que es mejor intentar conocer a una persona. Te puedes llevar muchas sorpresas en la vida y... —Le pongo la mano en la parte desnuda del antebrazo para que pare de hablar. Se queda extrañado y yo también. Un pequeño escalofrío me recorre la espalda. La malvada *Tracia* ha vuelto. Es cálido. Muy cálido.

Quiero que se calle porque en la pequeña televisión que tiene arriba de la barra está saliendo mi archienemiga. Entrecierro los ojos al verla y le muestro un poco mis colmillos a la imagen que retrasmite la pantalla.

El camarero acaba de poner la KNZB y aparece Lorraine Callaghan bajando de un helicóptero para hacer su reportaje. Ella es la que se lleva las mejores noticias. Todo el mundo la idolatra. Los chicos de la cadena se

vuelven locos cuando pasa. Es un imán de miradas que les hace aflojar las mandíbulas. He visto literalmente cómo le caía la baba a uno de ellos. Patético. Y las chicas de la cadena son unas envidiosas. Envidian sus largas piernas siempre perfectas y su metro ochenta, su figura que parece trazada por un delineante profesional, su pelo negro, lacio y brillante y su piel que, incluso al natural, parece que tenga un filtro de esas aplicaciones de fotografía que te quitan las imperfecciones. Son unas envidiosas de toda su belleza exótica... pero yo no... ¡Qué va!

Se aleja del helicóptero andando hacia la cámara con el micrófono en la mano y comentando la noticia. Me asombra que hasta el viento huracanado procedente de la aeronave le hace ondulaciones como si fuera un anuncio de champú con pro-vitaminas.

Queridos telespectadores, como ya sabrán, soy Lorraine Callaghan y estoy aquí para informarles y hacerles llegar la noticia a vuestras casas. Mi vida, por vosotros...

—Mi vidi pir visitris... —digo bajito imitando lo patética y diva que se cree que es. El asesino de animalitos me mira. Sigo con la mano en su brazo.

Acaba de estallar el escándalo en la macroempresa de productos de belleza Bicôsie. Miles de inversores han perdido todo el capital. Al parecer la cúpula financiera ha estado desviando fondos a unas cuentas en paraísos fiscales. El señor Morrison ha arruinado la empresa. Ha dejado un agujero financiero de seiscientos millones de dólares que no se sabe exactamente cuál es su paradero.

—¡Uauuu! —exclamo.

Morrison y sus abogados lo niegan todo, pero unos papeles filtrados con el membrete y la firma del acusado desvelan el desvío de los fondos.

Grandes inversores y pequeños ahorradores se están manifestando a las puertas de uno de los edificios de la compañía.

En la imagen se ve cómo unos cientos de personas con pancartas y gritos de “ladrones, sinvergüenzas” y otros improperios se quejan.

Lorraine se acerca a un hombre de unos ochenta años.

Aquí tenemos al señor Tom...

En la imagen se ve cómo le acerca el micrófono y le pone una mano en el hombro compadeciéndole. Seguro que lo tenía ensayado, ella se quiere solo a sí misma y a su tez. Si está afectada por la noticia es porque seguro que se echa todas las cremas Bicôsie y tiene miedo a no volver a comprarlas.

...este triste hombre, ha perdido todos los ahorros de su vida. Eran tres mil dólares invertidos para que sus nietos pudieran estudiar...

Ella le da un abrazo y se aleja.

Un representante de la empresa ha salido hace un momento y ha explicado que no es verdad. Que no volverán a hacer declaraciones hasta el día del juicio y que Bicôsie velará por los intereses de todo el mundo. Pero lo que es seguro es que los nietos del señor Tom, no estudiarán en la universidad con los del señor Morrison...

Como podéis ver, esta vez Goliat ha vencido al pequeño pueblo. Ha vencido a este anciano y al futuro de sus nietos...

Con tristeza y pesar, les ha informado “ele” Callaghan. Desde mi corazón, hasta vuestros hogares...

Si Lorraine pudiera, seguro que pagaría a pajaritos para que se posasen en su dedo como Blancanieves. Vomitivo...

Es penosa.

Pero lo que es más triste es que los grandes directivos de Bicôsie arruinen a familias enteras.

Retiro, muy a mi pesar, la mano del antebrazo del tipo y sacudo la cabeza con incredulidad.

—¡Qué malnacidos! Los ricos, cuanto más tienen más roban —digo indignada.

—No te creas todo lo que sale en la tele —me contesta él.

Justamente me hace a mí un comentario así, que soy parte de la tele.

—Bueno, puede que sí que sea verdad. Te lo digo yo que sé que me puedo fiar. —Lorraine puede ser todo lo pedante que es, pero nunca dejaría una noticia sin contrastar e investigar. Si dice que son unos ladrones, es que lo son.

—Ya estás juzgando otra vez sin saber...

—Claro, señor contratista-cazador. —Ahora se sorprenderá y me preguntará que cómo lo sé y le daré la explicación de las manos y de la ropa... Yo no soy una de esas pringadas con las que suele ponerle los cuernos a su mujer.

Se gira y pone los ojos de sorprendido. ¡Toma ya!

Pero, no... Comienza a reírse a carcajadas casi tirando la taza del café.

—¿De verdad crees que soy cazador y contratista?! —Se sigue riendo de mí.

—Eres un capullo y un mentiroso. —No puedo equivocarme, nunca lo hago.

—Querida, Sherlock. No te fíes de las apariencias. Ni de lo que veas...

Apoya un codo en la barra y en su mano apoya la cabeza mirándome fijamente. ¿Me he equivocado? *Ojalá, así no tendrá mujer* me dice una voz, es *Tracia*.

—Muchas gracias, *Maestro Yoda*.

—De nada, guapa. —Su mirada se hace más intensa—. La verdad es que tienes pinta de follar muy bien. ¿Te vienes a mi casa?

¿¡Cómo dice!?! ¿He oído bien? Está loco. Ni le voy a contestar, será un psicópata pirado. Me está asustando... Si viene a por mí gritaré, aunque creo que cuando me socorra el camarero con su hipervelocidad ya estaré muerta.

—¡Eres un cerdo! —Seguro que ahora es cuando me mata—. Mira... me tengo que ir...

Se empieza a reír todavía más. Le lloran los ojos...

—¿Lo ves? —me pregunta—. Ya estás juzgándome de nuevo. Hace un momento era un cazador-contratista y ahora, ¿qué piensas? ¿qué soy un psicópata?

Me quedo petrificada.

—A lo mejor lo soy o a lo mejor soy un reputado matemático estadístico que está haciendo un estudio sobre la sociedad y el impacto de las palabras obscenas y malsonantes en mujeres de jóvenes y de mediana edad en el este de los Estados Unidos de América y la repercusión que puede tener en el desarrollo económico en los poblados de menos de mil habitantes.

Me ha dejado sin palabras. Paralizada. Hacía mucho tiempo que no pasaba. Espero que me haya metido en el grupo de las jóvenes...

—Me llamo Dexter y si realmente quieres saber más de mí, este es mi teléfono.

Saca una servilleta y apunta su teléfono. Todavía no puedo reaccionar. Es un capullo arrogante. No voy a coger el número. Es como una caja de sorpresas. Se llama como el de la serie de televisión en la que el protagonista es un asesino en serie. Y aun así tiene algo mágico. Vamos, que

está como un tren. Pero no lo voy a llamar. Mañana lo llamo. No. Sí...

—Bueno, me voy que tengo que fotografiar hojas de árboles. —¡Ah! ¿Por eso lleva esa ropa? —. O quizá me voy a coger una cogorza. O quién sabe, puede que vaya a un casino o a leer libros a ancianitos... —Se ríe—. Ahora, bonita, ya tienes para juzgar. Si realmente quieres averiguarlo, llámame.

Se levanta, deja un billete y me dice que me invita.

Cuando se marcha, le hago un repaso con la mirada.

Creo que se me está cayendo la baba.

CAPÍTULO 3

¡Día de burritos! Me encanta este momento, no solo porque me chiflan esos rollos de tortitas de harina de trigo rellenos de muchos ingredientes, también es porque lo llevamos haciendo todos los martes desde hace ya siete años. La tradición comenzó cuando Jean y yo cubrimos la primera noticia nosotros solos como equipo. Tuvimos que ir a Baxtey a retransmitir las carreras anuales de caracoles. Fue apasionante ver cómo esos invertebrados recorrían un metro y medio. Durante las dos horas de carrera, los entrenadores y el equipo de preparadores, animaban con fervor con una copa en la mano. Siempre he pensado que casi todas las fiestas son una excusa para beber y no sentirse mal por no tener un motivo para alcoholizarse.

Ese día, aunque fuera el reportaje más ridículo del año, nos sentimos los reyes del mundo. Pensábamos que íbamos en la dirección del premio Pulitzer y salimos con la cabeza bien alta. Por aquel entonces me acababa de mudar a San José y no conocía a nadie. Él había quedado con su novia rusa y me la quería presentar así que nos fuimos a *El Pollo Loco* que era un restaurante de comida rápida mexicana. Muchos originarios de ese país comentaban que eran los mejores burritos que habían probado desde que partieron. Allí me presentó a su novia Katrina Vólkov. Cuando apareció por la puerta, vi a una chica rubia con la piel de porcelana y una cara perfecta, pero con una expresión muy seria. Parecía la típica espía rusa con un rostro delicado que ha asesinado elegantemente a varias personas para recuperar un microfilm actuando sin sentimiento alguno. Nada más lejos de la realidad. Siempre recordamos aquella primera conversación.

—*Esta es mi novia Katrina.*

—*¡Hola, Kat! Jean me ha hablado mucho de ti.*

—*Tú ser la que pasa mucho tiempo con mi marrrrrido. —Katrina usaba plenamente las erres. Parecía una moto sin escape.*

—*Sí, trabajamos codo con codo. —Ella me miró de arriba abajo amenazantemente. Creí que tenía celos patológicos y me convertiría en una de sus próximas víctimas. Otra muesca más en los asesinatos de la joven espía.*

—*No le toques un pelo o serrrrrrás muerrrrta. ¿Entenderrr?*

Me asusté tanto que casi me meo encima. Jean se reía, no parecía sorprendido, pensé que sería su cómplice.

—*¡Dame un abrazo! —Cambió el tono de voz y se me acercó rodeándome cálidamente con los brazos—. ¡Estaba bromeando! Jean me ha hablado muy bien de ti y estoy encantada de que trabajes con él —dijo en un perfecto inglés sin alargar las erres.*

Y así fue cómo supe que Katrina sería una divertida y bromista amiga.

—*¡Hola, Tricia! —Katrina se acerca y me da un abrazo.*

—*¡Hola, Kat! No sabes qué ganas tenía del día de burritos...*

—*Yo me voy a pedir tres, ya sabes —dice Jean tocándose la barriga*

—*¡Yo también! —exclamé.*

Con ellos me siento muy bien. No sé qué haría sin Jean y Kat y sin los martes de burritos. Me siento muy cómoda y puedo ser yo misma con mis manías y mis cosas. No me van a juzgar por comerme tres burritos especiales o cuatro como muchas de las noches han caído. Como es de costumbre, me pongo mi uniforme para esta ocasión. Es una camiseta negra con el logotipo de *La iniciativa Dharma* de la serie *Lost*, mis vaqueros preferidos y mi coleta. Siempre tengo ganas de cenar con ellos y hacer un resumen de la semana.

—Bueno, Kat ¿qué tal las clases?

—Pues ayer tuvimos una graciosa anécdota. Rompimos el momento zen en la primera clase del día. —Kat es profesora de Yoga en una academia. Jean está supercontento con la elasticidad y las posiciones que puede llegar a realizar. Creo que es por eso por lo que siempre está riendo.

—¿Por qué?

—Al principio de la clase, la alumna más veterana, que tiene ochenta y dos años, al hacer la postura de *la vela* la señora en cuestión dejó salir demasiado *chí*... —Kat comienza a reírse

—No entiendo...

—Pues que sus energías confluyeron en una ventosidad que irrumpió el momento Zen de la clase. El sonido fue como una cremallera que se abre, pero ampliado y todos comenzamos a reír. Tuvimos que parar la clase.

—¡Por lo menos la señora salió relajada! —dijo Jean.

—Pero no hablemos de mí... hablemos de ti. —Kat se inclinó—. Me ha dicho Jean que, en el magnífico reportaje, que por cierto vi por la tele, ese chico con los abdominales perfectos te dio el teléfono. ¿Qué tal es?

—Por suerte, tu novio apuntó el teléfono. —Puse los ojos en blanco—. Pues no lo he llamado...

—¿No? —pregunta Kat—. Ni le has mandado ningún mensaje...

—Tampoco... ¡Era lo peor! Casi no sabía hablar...

—Ya lo vi por la tele, pero nunca sales con nadie. No te vendría mal quedar con algún chico.

La verdad es que tiene razón. He pensado muchas veces que acabaré rodeada de gatos y con un delantal como la vieja de Los Simpson.

—Sé que sueles calar bien a la gente y, la verdad, no hacía falta mucho para saber que no era un Einstein de la vida —continúa Jean.

—Pero no fue el único teléfono que me dieron ese día —digo bajando la mirada. Me da un poco de vergüenza...

—¿Cómo? —los dos fruncen el ceño.

—Otro chico en el bar donde nos cambiamos me dio su número también

Se miraron y se sonrieron. Son unos cotillas empedernidos y si el objetivo soy yo más aún. Jean y Kat tienen una complicidad única y quieren que sea feliz con alguien y están empeñados en ayudarme, aunque siendo sincera, tengo miedo a que cuando conozca todas mis manías, salga corriendo despavorido.

—¡Cuéntanos! —exclama Kat dándome palmaditas en el antebrazo.

El camarero se acerca para preguntarnos qué vamos a tomar. Jean se pide al final cuatro burritos de cada. Uno picante, otro de pavo y queso, vegetal y el último de ternera. Yo me pido los tres de pollo y queso, es mi preferido y con un refresco. Kat solo se pide uno. Puede parecer que está a dieta, pero no, es lo que suele tomar una persona normal, no como nosotros. Al parecer los reportajes requieren muchas calorías. Creo que el camarero se piensa que somos varios y hemos pedido para varias personas.

—Bueno, pues cuando te fuiste a casa y me quedé en el bar —le digo a Jean—. Un tipo se me acercó a la barra.

—Cuenta cómo era, cuenta, cuenta... —insiste Kat.

—Pues a ver... —intento recordar la situación.

—¡Te gusta! ¡Este sí! —grita Kat y me quedo extrañada—. Has puesto tu sonrisita y has ladeado la cabeza. Solo te faltaba dar un suspiro...

—¡Calla! —Es cierto. Noto como me visita la sonrisilla de los nervios. Me estoy poniendo *tontita*. Siempre me suele ocurrir cuando tengo un mínimo de interés por algún chico. Parezco una adolescente por las poses

que hago y lo peor es que soy consciente y me imagino desde fuera ridícula... Mi gemela malvada *Tracia* me controla.

—Y, ¿cuándo habéis quedado?

—No le he llamado ni escrito...

—Y, ¿a qué diablos esperas? —Desde fuera puede parecer incluso que Katrina está muy enfadada conmigo.

—Es que realmente no sé cómo es. Bueno, físicamente sí... y... estaba muy bien. Era muy guapo y tenía una sonrisa que hizo que se me cayese la baba.

—Cuenta, cuenta... —Kat abrió los ojos más de lo normal prestando toda la atención del mundo.

—Me dejó sin palabras, literalmente. No sabía de qué iba, por eso digo que no sé quién es.

—¡A Tricia Jackson! —dijo Kat levantando la cabeza—. Pues sí que es raro.... Te propongo una cosa para que no pierdas más el tiempo.

—Dime, Kat. —Siempre tiene buenas ideas, pero descabelladas.

—Vamos a hacer un juego. Consiste en que le envíes el mismo mensaje a los dos chicos que te dieron el teléfono a ver qué responden cada uno.

—No sé... —En el fondo me da un poco de miedo, pero creo que las ganas de volver a ver esos ojos y el trasero vencen—. ¡Bueno, vale!

—A ver, le puedes escribir por ejemplo... —dice Jean rascándose el mentón—. Algo simple con lo que puedas averiguar algo.

—Genial, algo como: “Hola, soy la chica a la que le diste el número de teléfono” así de primeras sabremos si fui la única o no.

Saco mi teléfono móvil y me saluda *MacGyver* (el de los años noventa) que está como imagen de fondo de pantalla y busco los números.

Aquí está. El primero es el chico que me tiró la tarta que tenía torso como Gerald Butler en la película del 300 y me llamaba “repotrera”. No me dijo su nombre, pero lo tengo como *Premio Nobel*.

Yo: “*Hola, soy la chica a la que le diste el número de teléfono el viernes*”.

—Ya está. Ya se lo he enviado al primero.

—¡Bien! Ahora al chico con el que te pones *tontita*.

—Jijiji. —Mierda, es verdad—. No hace falta que me lo recuerdes.

—¡Qué ilusión! A ver qué te contesta.

—A ver... creo que sí que me dio el nombre, se llamaba... —Dexter.

Lo sé porque lleva repitiéndose en mi cabeza desde que salió por la puerta del bar—. ¡Ah! Sí, se llamaba Dexter.

Lo busco y escribo lo mismo que a *Premio Nobel*.

—Bueno, ahora a ver qué te contesta cada uno —dice Jean.

Dejo el móvil en la mesa. Me gusta este juego. Así se puede ver que diferentes pueden llegar a ser las personas respondiendo a una misma frase.

El camarero trae los burritos. Los reparte y frunce el ceño al ver que cuatro de los rollitos son para Jean y tres para mí. Al final, creo que nos van a poner un cuadro con nuestras caras que ponga “mejores clientes”.

Coloco los tres burritos alineados perfectamente en la mesa para comerlos equitativamente. Es otra de mis manías. Le tengo que dar un bocado a uno, luego a otro y luego a otro.

—¿Crees que quien me viera comer así, lo entendería? —le pregunto a Kat.

—Esas manías que tienes son superadorables. Son tu seña de identidad y te hacen única.

—No creo. Lo más seguro es que cuando se enteren cojan el primer

vuelo a Indonesia y se marchen lo más lejos.

—¡Qué va! Ya verás. —Me guiña un ojo y se gira mientras levanta la mano llamando a otro camarero del local. Es joven, tendrá unos veinte años, pero parece inteligente. El típico que puede pronunciar “reportera” sin equivocarse.

—Hola, ¿en qué puedo servirles?

—Hola, chico. Verás, es que tenemos una duda a ver si puedes resolverla —dice Kat.

—Claro.

—Es que tenemos una amiga, que es muy guapa —No creo que sea para tanto—, y tiene algunas manías. Ella cree que es rara pero esas manías son adorables.

—¿Como cuáles? —El chico deja caer el peso atrás acomodado con la conversación.

—Por ejemplo, comparar todo con escenas de series de televisión y películas, no poder pisar cuadros negros en el suelo, coleccionar tipos de peines del mundo...

Deja la bandeja y se pone a pensar. Sonríe un poco, parece que le hace gracia.

—Pues creo que tu amiga es única.

Sonríe. Me gusta ser única.

—A que sí —dice Kat.

—Sí, porque todo eso es de ser un bicho raro y único. —Kat se queda sin palabras con los ojos como platos y frunciendo el ceño.

¿¡Qué!?! ¡Un bicho raro! Comienzo a ponerme alterada y a sonreír de una manera muy sexy por los nervios. El camarero se gira y me mira extrañado. Debo de tener la mirada de loca. Seguro que es *Tracia*. Veo que se

asusta.

—Bueno, creo que me necesitan en la cocina urgentemente. Adiós.

Se marcha a pasos acelerados sin girarse.

—¡Lo ves! Ha salido corriendo...

—¡Capullo niñato! —dice Jean—. No sabe lo que se dice.

—Es que soy rara y eso asusta. Vosotros también sois raros ya que podéis soportar mis manías.

—No creas. Seguro que hay alguien ahí fuera que, no solo las soporta, sino que le gustan.

El móvil parpadea. No nos habíamos dado cuenta, pero hay dos notificaciones. Son ellos, han contestado.

Abro el primer mensaje:

Premio Nobel dice: Ola guapaaa. ¿kien rrrses? mnda fot de tus tets y kulo.

Lo leo en voz alta y mientras lo estoy haciendo, las risas de Kat y Jean resuenan en todo el local.

—¡Ese! ¡Es el hombre de tu vida! —exclama Jean.

—Queremos conocerlo. —Sigue bromeando Kat—. Ahora en serio, vaya joyita de espécimen.

Asiento poniendo los ojos en blanco.

—Claro, ya voy. Esperad, que voy a enviarle las fotos que ha pedido —ironizo.

—¡No! —dice Jean quitándome el teléfono de la mano—. Tengo una idea. Vamos a gastarle una broma.

—¡Sí, sí, sí! —dice emocionada Katrina. Le apasionan las bromas.

—Ahora vengo.

Jean desaparece entre las mesas y se mete en el baño de caballeros.

Tarda un poco y sale sonriendo con el móvil en la mano.

—Mirad qué fotos —dice él.

En la pantalla aparece una foto de sus grandes pectorales velludos. Jean mide un metro noventa y cinco y está bastante cuadrado. Imponen sus músculos. En la otra fotografía, aparece su culo peludo poco glamuroso.

Selecciona las fotos y en el mensaje escribe usando su *lenguaje*: “Ola, juapo. Soy Chrysantemum. Spero ke t akuerdes de mí y d mis pctorales ke yo sí ke me akuerdo de tu culito aunke ibas mui borraxo y n t akordars.”

Al momento contesta aparece otro mensaje del sistema

HAS SIDO BLOQUEADO POR EL INTERLOCUTOR. NO PODRÁS ENVIAR NI LEER MENSAJES DE ESTA PERSONA.

Los tres comenzamos a llorar de la risa. Creo que este chico ya no va a volver a probar el alcohol en su vida.

Vuelvo a mirar la pantalla y veo que sigue habiendo una notificación. Es el mensaje pendiente de Dex. Me gusta llamarlo así. Ya hay confianza, ha estado en mi cabeza varios días.

—Bueno, ahora queda el *chico indescifrable* —dice Kat.

Me entra un poco de nervios, pero toco la notificación.

Dexter dice: *Hola, guapa. Veo que te has cansado de intentar deducir cómo soy y al final quieres conocerme de verdad.*

Guapa... jijiji me ha dicho guapa... ¡Oh! No... me estoy poniendo otra vez tontita apretando la cara y entornando los ojos. Me lo imagino escribiendo el mensaje con la camisa de cuadros abierta al lado de la chimenea que ha construido con sus propias manos...

Oigo algo.

—¡Tricia! —Kat me grita—. Llevo un rato llamándote y estás ensimismada como una colegiala—. ¡Qué te parece! Ni una falta de

ortografía.

—¡Sí! Contéstale, venga.

—Vale, vale... le contestaré. Dadme tiempo...

Dejo el móvil en la mesa y me estiro la espalda. Ahora también lo hago con el cuello dando vueltas lo que hace crujir un poco las vértebras. Me aclaro la garganta y suspiro. Miro la mitad de los tres burritos que tengo en la mesa perfectamente alineados... La verdad es que no tengo ni idea de qué contestarle y estoy haciendo tiempo a ver si se me ocurre algo.

—¡Venga! Que no tenemos todo el día —dice Jean—. O le mando a este también las fotos de mis superpectorales. —Intenta quitarme el teléfono.

—¡No! —Lo cojo y gruño como un perro con su hueso—. Vale. Le voy a contestar, pero no quiero parecer muy desesperada.

Toco la parte de introducir texto y aparece el teclado y el cursor parpadea.

Yo: Hola. Tenías razón, mejor te conozco porque la impresión que me diste aquel día era de psicópata... Te llamabas Dexter, ¿no?

Toma ya. Haciendo que no me acuerdo de su nombre, parece que no tengo interés.

Dexter dice: ¡Exacto! Me llamo Dexter, como el nombre que te escribí en la servilleta, y que habrás leído en la agenda de tu teléfono para escribirme.

Mierda. Jean se echa una mano a la cara. Él y Katrina están leyendo en silencio todo.

Yo: ¿Qué tal el estudio de las palabras malsonantes en las mujeres de Estados Unidos? ¿Reaccioné como la media? ¿Leíste libros a ancianos o te fuiste al casino?

Dexter dice: jajaja veo que te impactó lo que te dije. Es que estabas

intentando juzgarme sin conocerme y tenía que darte una lección. Mucha gente lo hace y es de las cosas que más odio en este mundo. Ya sabes algo de mí que no has deducido.

Humm... me ha dado una lección. ¿Será maestro? Ya estoy sacando conclusiones otra vez, pero es que no lo puedo evitar...

Yo: *La verdad es que tienes razón. No debería haberte juzgado, pero es que nunca se me ha dado mal hasta ahora.*

Dexter dice: *Por cierto, sales muy guapa en la foto.*

¡No lo recordaba! en la foto del perfil de la aplicación del teléfono, salgo comiéndome un helado de medio kilo en la cama solo con una camiseta y unas braguitas, aunque no se ven.

Yo: *¡Qué vergüenza! Ese es el uniforme de estar por casa...*

Dexter dice: *Pues me parece de lo más sexy.*

Pongo el icono de la carita con los mofletes rojos.

Un escalofrío me recorre el cuerpo al leer “sexy”. Kat me está señalando. Menos mal que él no puede verme ya que estoy moviéndome como una niña cursi. Ahora que pienso... él también tendrá la foto.

Voy a su perfil y abro la foto. Madre mía, Dios mío... Lleva una camisa de cuadros y unos vaqueros que, si me dijeran que se los han hecho a medida, me lo creería. Está acariciando un caballo muy bonito. Ojalá fuera yegua...

Yo: *Muchas gracias por lo de “sexy”. Yo también he visto la foto. Muy guapo.*

Dexter dice: *Muchas gracias.*

Yo: *Me refería al caballo.*

Dexter dice: *¡Anda! Qué graciosa...*

Empiezo a reír cual quinceañera. Kat y Jean levantan el pulgar.

Yo: Pero tú también sales muy guapo.

Noto cómo me sube calor.

Dexter dice: Ahora sí. Muchas gracias. Por cierto, no me dijiste tu nombre.

Yo: Tricia.

Dexter dice: Pues encantado, Tricia. Me ha gustado mucho conocerte. Te tengo que dejar que tengo unos asuntos pendientes.

Yo: Encantada igualmente. ¡Ciao!

Acabo poniendo el icono de un guiño y un beso. Nunca falla. Ahora lo pondrá él también seguro... Pero, pero... ¡No lo pone!

—¡Qué guapo! —grita Katrina.

—Pero no más que yo, ¡ehh! —responde Jean.

—Por supuesto, cariño. —Kat le acaricia la cara—. Me gusta, Tricia.

—Ya, y a mí... pero no creo que pase nada. Me voy a ir olvidando de él.

—¿Por qué?

—Porque no me ha contestado al icono del guiño y beso. Eso solo significa que no quiere nada y que le he parecido pedante...

Katrina se echa las manos a la cabeza y la sacude negando.

—¡Siempre tan dramática!

Nos terminamos lo que queda de cena y hablamos de otras cosas.

—Bueno, Tricia —dice Jean—. Te veo mañana en la reunión en la cadena. A ver si esta semana nos destinan a Irak o a cubrir algún secuestro...

—Nos enviarán ahí o al mundial de Cheerleaders... —Pongo los ojos en blanco—. Aunque creo que será esto último.

Les doy un abrazo y me despido de ellos. Extrañamente lo único que estoy pensando es en llegar a casa y volver a ver la foto hasta dormirme. Creo

que voy a imprimirla y pegarla en una carpeta.

CAPÍTULO 4

Siempre soy la primera en llegar a las reuniones. Salgo de casa con una hora de antelación llegando a la cadena a falta de cincuenta minutos para que empiece. Sé que casi todos los miembros de la reunión estarán desayunando en sus casas o quizá alguno como Josh, el reportero encargado de los deportes, ni siquiera se habrá despertado. Qué capullo, aunque más adelante diré por qué.

Lo mejor de todo, es que siempre hay sitio para aparcar. Los que nos tenemos que desplazar cada día a lugares distintos para estar en la noticia, no tenemos derecho a sitio de parking, pero viniendo con tiempo, no supone ningún problema. Dejo mi Prius al lado de la plaza de la jefa para que Jessica vea que he sido de las primeras y así pueda influirle para que me dé algún reportaje de responsabilidad... De ilusión también se vive.

Me dirijo al edificio. Es de un blanco impoluto y con dos alturas y en la parte que da al aparcamiento se ven en grandes las letras KNZB. Al fondo, veo cómo el Señor Parkinson me recibe en la entrada. Es el portero del edificio y la mejor persona que se puede encontrar trabajando aquí. Le quedan dos años solo para jubilarse y todo el mundo lo adora. Si tuviera que hacer un casting para un anuncio de caramelos, él sería el abuelo que le ofrece a su nieto el dulce contándole una historia agradable.

—Hola, señorita Tricia —me dice abriéndome la puerta—. ¿Qué le ha pasado? Llega dos minutos tarde.

—Cierto, Señor Parkinson. Es que he tenido que repostar y no lo tenía previsto. —Mentira, me he quedado mirando embelesada la foto de Dexter y me he puesto el teléfono en el bolsillo del pantalón para notarlo y estar atenta

por si vibra.

—Suba, suba —dice alentándome—, que solo le quedan cuarenta y ocho minutos.

—¡Que tenga un buen día!

Me apresuro a subir por las escaleras. Paso por los distintos platós de la cadena. El de las noticias generales está apagado. Allí se ve una mesa en la que Jessica todos los días conecta con nosotros. Todo está muy en silencio esperando el bullicio de la gente de un lado para otro con papeles en la mano pensando en las exclusivas.

Enciendo las luces de la sala de reunión y me dirijo a mi sitio. De mi bolso tamaño paracaídas, saco mi libretita, bolígrafos azules, rojos, negros y el lápiz. Lo coloco todo milimétricamente. Ver todo así me provoca una sensación de seguridad. ¿Quién sabe si hay que apuntar números rojos o diferenciar en dos colores como el verde y el azul?

Oigo pasos.

Es Michael Richardson, el reportero de contabilidad. Creo que es un robot creado para hacer reportajes. Nunca se equivoca, nunca sonríe, nunca hace nada fuera de lo normal. Bueno, una vez sí que se equivocó. Dijo que la economía de Estados Unidos había crecido un 0,8753 por ciento cuando era un 0,8735. En ese momento frunció el ceño y a los segundos se corrigió él mismo.

—¡Buenos días, Michael! —le digo efusivamente—. ¿Qué tal todo? Te sienta muy bien el traje. Espero que pases una jornada buena.

Me encanta recibirle de esta forma, porque sé que le incomoda. Le diga lo que le diga, su respuesta siempre es la misma.

—Hola. Bien. Gracias.

Y hasta ahí todas las palabras que puede decir sin que sean de trabajo.

Seguidamente entra Jane Curt, la chica encargada de las noticias internacionales. Esa sí que tiene plaza de parking, porque lo único que tiene que hacer es recopilar noticias de agencias extranjeras que la cadena compra. Las redacta como si hubiera estado allí y yo creo que realmente se cree que conectar por Skype con el redactor local del país, es estar con él. De hecho, normalmente viste con pantalones caqui con muchos bolsillos y chalecos como los fotógrafos del National Geographic. Se sienta con el ceño fruncido cansada de haber sorteado bombas imaginarias.

—¡Hola, Conejita!

¡Oh! No... El maldito reportero de los deportes Josh. Lo odio. Con toda el alma. Siempre que me ve, me llama de una forma distinta que me saca de quicio. De entre todas, la que más me irrita destacan: ricura, gatita, culete, sabrosura y la que ganó a todas y que se llevó una reprimenda de recursos humanos fue: chochete.

Hago un gruñido para contestarle.

—Mmm... qué guapa has venido hoy, con esa faldita picarona —dice haciendo un gesto de disparo con los dedos...

Si una falda gris pálido por la rodilla es el concepto de “picarona”, no sé lo que le puede parecer una de esas que enseñan medio culo. Le puede dar un ataque al corazón.

—A ti también te queda muy bien ese traje de capullo, arrogante, molesto y apestoso.

Josh es el típico hombre que de pequeño era un gordito adorable y de mayor hizo un poquito de deporte y se quitó los kilos de más. Cuando sube alguna foto a las redes sociales, algún día recibe algún piropo y eso le basta para creerse un Playboy. Acaba yendo a su silla saludando a todos con un guiño y la gente le responde ignorándole.

Por suerte entra Jean y se sienta a mi lado. Le sonrío y me da un golpecito con el codo.

Acaban por entrar, Tina de sociedad con su bolso de marca, perfume de marca, zapatos de marca, collar de marca y su teléfono con una funda con joyas mirándonos a todos por encima del hombro. También lo hacen Peter, Kristal y Zoe. Creo que en esta reunión hay un ochenta por ciento del ego de toda la población mundial.

—¡Hola, chicos!

Llega Jessica para dirigir y asignar los reportajes para cada uno de nosotros. Tiene una energía buena que contagia.

—¿Qué tal la semana? —Un murmullo se oye como respuesta. Son demasiado *cool* para dar una respuesta.

—Muy bien, Jess —le respondo.

—Me alegro mucho, Tricia. Por cierto, quiero felicitaros a Jean y a ti.

—¿Por qué?

—Porque vuestro magnífico reportaje de la batalla de las tartas ha conseguido el mejor dato de audiencia de todo el mes en la cadena.

Entonces, ¿eso es lo que más han visto los telespectadores? Por un lado, me gusta haber sido la que gana en esta batalla y ver los egos heridos, pero, por otro lado, eso puede afianzarme a los reportajes *graciosos*.

—Muchas gracias por la felicitación. Es todo un honor.

Es una mierda.

Jean ni responde, solo asiente con una media sonrisa automática. Los demás, siguen a lo suyo.

—Lo siento, lo siento... —Acaba de entrar Steve por la puerta—. Siento llegar tarde, jefa.

—Llevamos un rato aquí, Steve. Que no vuelva a ocurrir.

—Vale, vale —dice mientras acude a su lugar cayéndosele una libreta de *Star Wars* y un bolígrafo con un capuchón de Darth Vader y recolocándose las gafas empujándolas con el dedo índice sobre el puente.

Steve es de los únicos que se pueden salvar de la cadena. Me lo paso muy bien con él. Es el encargado de las noticias de cine y cultura general. Sustituyó al viejo Kevin cuando se jubiló hace ya dos años. Al igual que yo, entró nada más salir de la universidad y lo cogieron enseguida. Es nuestra *wikipedia* de cine particular y eso me encanta. Es un poco friki y geek como él mismo se define. Cuando entró, no hablaba con nadie hasta que una vez que nos cruzamos, lo vi llevando una chaqueta gris y roja y me impresionó. Era una réplica exacta de la que llevaba el protagonista de *Regreso al futuro II*. Cuando le dije “Tienes que recuperar el almanaque, Marty” se le abrieron los ojos por la sorpresa de que alguien supiera el significado de esa chaqueta y no hemos parado de hablar desde entonces. Las tres películas de la saga son mis preferidas. Las he visto cientos de veces.

—Como iba diciendo, esta semana hay bastantes noticias que cubrir —continúa Jess—. Peter y Sue.

—¿Sí?

—Vosotros iréis a seguir el caso de la desaparición de Salina Amiet.

—Perfecto, jefa —responde Sue.

Los veo cómo apuntan. Seguro que ahora estarán pensando a qué personas van a entrevistar, qué rastros van a seguir y qué pesquisas seguirán. Pesquisas... siempre he querido usar la palabra pesquisa, pero en mis entrevistas no puedo...

Después continúa con Tina, para que vaya a una gala benéfica donde estará *la crème de la crème* de la sociedad, con Michael para que saque todos los datos macroeconómicos y seguidamente nos nombra a mí y a Jean. Por

desgracia, ya sabemos qué vamos a hacer, porque todos los años en estas fechas se celebra el campeonato estatal de cheerleaders y siempre nos toca...

—Tricia y Jean.

—Díganos, jefa.

—Vosotros seréis los encargados de cubrir el mundial de cheerleaders que se celebra esta semana.

Oh, qué-bien. Muero-de-alegría. Jean y yo nos miramos asintiendo. Sé que él también quiere otro tipo de reportajes, pero lleva muy bien cualquier noticia porque siempre está de buen humor. Por el contrario, yo estoy cabreada. Muy cabreada y furiosa.

—¡Genial! ¡Me encanta! —Qué narices digo. Ya me he puesto nerviosa y digo tonterías—. Muchas gracias, Jessica.

Para rematar acabo dando pequeñas palmaditas. Esto vuelve a ser obra de mi gemela *Tracia*. Jean se parte de risa.

¿Qué es eso? Vibra, vibra. Mi pierna. La noto. Teléfono. ¿Será Dexter? Siento un cosquilleo en la tripa. ¿Querrá quedar? ¿Querrá matarme? ¿Habrá mandado una foto? Veo la boca de Jessica que sigue moviéndose y mirándome...

—Tricia...

—¿Sí? —respondo.

—Que, ¿qué te ha parecido la idea?

No tengo ni idea de qué me acaba de decir. Pensar en Dex me ha hecho abstraerme totalmente y ver la vida como cuando llevas unos auriculares.

—Me parece una gran idea, jefa —digo cruzando los dedos.

—Perfecto, pues luego vas a vestuario para que te den ese disfraz de animadora y los pompones. Sabía que te iba a gustar.

Me sonrío orgullosa de complacerme.

Le respondo con otra sonrisa complacida. Ojalá caiga una bomba ahora.

Josh de deportes, sin que pueda verlo Jess, cierra el puño en señal de celebración y totalmente en silencio se le puede entender en los labios “¡Ohh! Sí, nena”.

Jean lo mira con el ceño fruncido y automáticamente baja la mirada. Es un cobarde. Le guiño un ojo a Jean y me responde con una sonrisa.

Teléfono. Otra vibración. Me empieza a dar gustito. Tengo ganas de que se acabe ya la reunión para ver qué me ha escrito, no queda nadie más para asignar trabajo.

Oigo un repiqueteo, ¿esos tacones...? ¡Oh! No... Ya está. La que faltaba para la *fiesta*. Lorraine Callaghan. Sé que es ella por el tipo de sonido que hacen sus zapatos y al chocar contra el suelo. Siempre que viene, me recuerda a la escena de *Parque Jurásico* cuando el agua del salpicadero del coche hace ondulaciones porque se acerca el Tiranosarus Rex, pero esta vez es un animal carroñero.

—Perdón por el retraso —dice nada más entrar por la puerta.

—No pasa nada. Te estábamos esperando, Lorraine —le contesta Jessica.

Yo no la esperaba. A ella no le reprime como a Steve, claro, es *la estrella en el firmamento...*

—Es que el helicóptero no podía salir por el tiempo —dice.

Miro por la ventana y hace un sol radiante. El típico día en el que Blancanieves se pondría a cantar sin venir a cuento. En fin...

Todos le sonrían expectantes por si ella les dedica una sola mirada. Patéticos.

—La seguridad es lo primero. ¿Qué haríamos sin la mejor reportera?

—Gracias. Lo sé —contesta ella *humildemente*.

Se acomoda cruzando las largas y bronceadas piernas y se quita una pequeña chaqueta dejando al descubierto un sobrio y elegante vestido blanco. Muchos de los miembros de la mesa creo que tienen envidia de cómo le sienta el vestido, y lo bien que lo sabe llevar y rabian por dentro de lo perfecto que le queda. Ellos. Yo no.

—Tú seguirás con el reportaje del escándalo de Bicôsie. Son muchos millones defraudados y mucha gente estará pendiente.

—Ajá —asiente.

—Lo hiciste muy bien. Ha sido el mejor reportaje de toda la semana.

—Ajá. —Vuelve a hacerlo lo que me provoca un pequeño impulso de estrujar un papel. Si vuelve a decir “ajá” otra vez, le tiro el bolso a la cabeza.

—Y esta semana hay declaración en el juzgado. Así que todos los medios estarán allí y quiero que consigas una exclusiva.

—Hecho. Destacaré entre todos. Como siempre.

—Muchas gracias, Lorraine.

Me han entrado ganas de ir a vomitar.

Por fin nos levantamos. Parece que todos tengan muchísima prisa y que estar un momento con otras personas que no son ellos mismos les provoque urticaria.

¡Por fin! Ya puedo leer los mensajes de amor...

De ilusión también se vive.

Abro las notificaciones, pero desgraciadamente, no es un mensaje de Dexter, sino que es de Katrina.

Katrina dice: Al final, ¿os han dado algo mejor o por desgracia habéis acertado y vais a lo de las animadoras? Por cierto, ¿cómo te ha

llamado hoy el capullo de deportes?

Ahora le contestaré porque se acerca Steve volviéndose a subir las gafas. Lleva bien sujeta la libreta de *Star Wars*.

—¿Por dónde está la salida? Jeje —me pregunta riéndose después y acabando con un pequeño gruñido como los cerditos. Steve es supergracioso.

Frunzo el ceño mirando a todos los lados, me arremango y me miro el brazo y el hombro izquierdo.

—Giras a la izquierda por ese pasillo, luego bajas por las escaleras y verás al guardia de la puerta. Está compinchado también, pero le tienes que decir la contraseña que es: “Hasta luego, señor Parkinson. Que tenga un buen día”.

Steve se vuelve a reír muy vergonzoso. Los primeros días que le conocí, me preguntó de verdad dónde estaba la sala de reuniones y yo hice como el protagonista de *Prison Break* que lleva tatuado por todo el cuerpo el mapa de una cárcel de la que tiene que escapar. Sabía que él reconocería la referencia. Desde entonces, todos, todos los días me pregunta dónde está el sitio al que se dirige. Cuando tengo un poco de tiempo, me gusta charlar con él de cine y series. Sobre todo, de series.

—¡Adiós, Steve!

—A-adiós... —dice con la cabeza agachada.

Ya de vuelta en el aparcamiento, me meto en el coche y vuelvo a sacar el móvil para contestarle a Kat tranquilamente pero otro coche pita. Es uno de los informáticos y hace gestos preguntándome si voy a dejar libre la plaza. Asiento. Voy a responderle lo que me ha llamado Josh rápidamente antes de salir.

Yo: *Hoy soy “Conejita”. Y sí, voy a ser la superanimadora sexy.*

Acabo poniendo un icono con los ojos en blanco.

Arranco el coche para ir a mi apartamento a *investigar* sobre las posiciones que pueden hacer las animadoras y a probarme el disfraz que me han dado en vestuario. Mi ídolo, Angela Williams, no sé si estaría orgullosa de mí.

Vuelve a vibrar el móvil. Sé que será Katrina *felicitándome*.

Aparco el coche cerca del portal del bloque de apartamentos donde vivo. La manzana de las viviendas es un poco peculiar. Cada fachada del bloque tiene un color llamativo distinto. La mía es azul intenso y colinda con una roja y otra verde. Desde lo lejos, parece una formación de *Lego*.

No puede ser. Sí, puede ser. ¡En la notificación pone Dexter!

Inspiro, expiro, inspiro... ¡Ya!

Me aclaro la garganta como si fuera a hablar, pero voy a leer. No tiene sentido.

Dexter dice: *Hola, Conejita...*

¿Cómoooo? ¿Por qué me llama así? Sigo leyendo.

¿Cuándo quedamos para que te vea con ese disfraz de animadora?

No me esperaba eso de ti. Por eso digo que no hay que fiarse de las apariencias. ¡Eh, Conejita!

¡Mierda! Con las prisas, le he contestado a él en lugar de Katrina.

Hiperventilo.

CAPÍTULO 5

Subo las escaleras del edificio con el teléfono en la mano. Necesito descargar adrenalina y los siete pisos ayudan a quemarla. Entro al apartamento tirando el bolso y la chaqueta al suelo y me siento en el sofá dejando el teléfono en la mesa.

Vuelvo a leer “conejita” y agarro un cojín de los siete que hay, el que tiene el logotipo de *Cheers*, y acerco la cara para ahogar un grito desgarrador de rabia. Menos mal que la almohada actúa como silenciador, si no, en diez minutos está aquí la policía.

Me he equivocado, no puede ser. Me imagino a *Tracia* riéndose y acariciando un gato como el malo del Inspector Gadget.

Usaré mis superpoderes de ingenio para salir de esta.

Yo: ¡*Hola, Dexter!*

Si hago como si nada, podrá pensar que no le doy importancia.

Yo: *Ese mensaje no iba para ti. Era para una amiga.*

Dexter dice: *Me lo he imaginado... pero me cuesta pensar en el contexto que lo has escrito.*

Rápido, Tricia. Inventa.

Yo: *Es que es un juego del trabajo que me encanta. Tengo un compañero muy simpático, que cada día nos llamamos algo divertido y luego se lo comento a mi amiga, que era la destinataria del mensaje.*

Mentira, Josh es el tipo más odioso del planeta.

Dexter dice: *Mmm... pues me gustaría participar en ese juego. ¿Vale, caramelito?*

El tiro por la culata. Caramelito... bien empezamos.

Yo: ¡Vale!

Le pongo el icono de la cara con ojos de corazones. ¿Por qué? No tengo ni idea. Siempre hago lo contrario a lo que quiero.

Dexter dice: Vale, ¿qué?

Yo: ¿Qué quieres decir?

Dexter dice: ¿El juego no consiste en que tú me llamas de una forma graciosa también?

Yo: ¡Ah! ¡Sí!

El juego que me acabo de inventar...

Yo: Vale...

Piensa algo Tricia, piensa...

Yo: Vale... Salchichota.

¡Quéé! ¡Cómo me puedo sabotear tanto! ¡Salchichota! ¡Tracia! Vuelvo a coger otro almohadón. Esta vez el de *Expediente X* y grito tan profundo que creo que más tarde necesitaré un caramelo de menta para suavizar la garganta.

No contesta. me parece que ya no me va a hablar. Yo tampoco me hablaría. Es que soy rara y menos mal que no sabe lo de mis manías de las series, de la comida... Bueno, fue bonito mientras duró. Suspiro. Creo que me voy a dar un baño y meter la cabeza en el agua hasta que no pueda respirar...

¡El móvil vuelve a vibrar! ¡Me quiere! ¡Me ama!

Dexter dice: ¡Perdona es que no podía parar de reírme! Jamás me habían llamado Salchichota. Tú ganas. Sí que es divertido, sí...

Yo: Claro que es divertido, lo inventé yo.

Dexter dice: Me pregunto en qué trabajas para tener que vestirte de animadora.

Ahora le daré yo una contestación como la que me dio él. Así intentará conocerme y no prejuzgarme.

Yo: *Una vez me dijeron que no debía prejuzgar.*

Dexter dice: *sería un chico muy guapo.*

Yo: *Y un poco arrogante...*

Y olía bien, y tenía unos hombros anchos... ¡Ay! Ahora estará en su casa con una copa de buen vino comiendo algún canapé y limpiándose alguna miga que le ha caído a la camisa y a la vez que se espolsa nota sus duros abdominales y dice... *Qué fuerte estoy...*

Yo: *Pues a lo mejor soy cocinera, o paleontóloga, o camarera o ejecutiva analista de datos, o quizá una actriz fracasada o una masajista... Si realmente me quieres conocer, ya sabes...*

Veo que en la pantalla aparece escribiendo... durante bastante tiempo. Creo que pueden ser días o veinte segundos, pero se me hacen infinitos. ¿Me he pasado?

Dexter dice: *¿Acabas de describir los oficios de los personajes de Friends?*

Dios mío. ¿Es una broma? No puede ser. Debería haber comprado un desfibrilador para darme descargas ahora con las placas esas. Creo que voy a ir a Google para buscar: "Iglesia para bodas urgentes 24 horas".

Yo: *Sí, es que me gusta esa serie.*

Es la que más, tengo tazas de desayuno de cada uno de ellos. La habré visto más de treinta veces. Tengo un póster enorme de todos ellos en mi habitación. En la mirilla de la puerta de entrada hay un marco como el que tenían en el apartamento de Mónica... Ahora que enumero todas las cosas que tengo de esa serie, me doy un poco de miedito.

Dexter dice: ¡A mí también! Bueno, tengo bastante lío hoy y estos días. Cuando tenga menos trabajo, te invitaré a una copa.

No concreta. No quiere nada.

Yo: Yo también tengo mucho trabajo. Ya nos veremos.

Tengo que investigar y hablar con las fuentes para ver el trabajo de las cheerleaders, que no desmerezco su trabajo, pero no hay mucho que investigar.

Dexter dice: Puede haber sonado como excusa, pero esa copa nos la tomaremos.

No concreta, pero me quiere.

Yo: ¡Vale! No había pensado nada.

Le mando un icono del guiño con el corazón y... mierda, se me ha escapado otro al lado. El de la cara de una cebra. Malditos dedos revoltosos. Seguro que ya no me contesta nada por la cebra. ¿Quién en su sano juicio manda cebras a no ser que sean los cuidadores del zoo cuando se escapa una? Aunque no creo que se paren a buscarlos...

Dexter dice: ¡Besos!

¡Bien! No ha huido y encima dice besos. Cuando me vaya a la cama, pensaré en ellos... Sí. A lo mejor él también es raro. No manda ningún icono y eso que, junto con los helados de chocolate, son lo mejor del mundo. Ya nadie dice “besos” sino que pone el guiño con beso.

Llamo a Kat para contárselo todo y se alegra muchísimo, aunque me dice que vaya con cautela. Tiene razón, prácticamente no lo conozco casi y lo que es más importante, él no me conoce a mí. Todo el mundo siempre dice: “hay alguien hecho para cada persona” o “tu media naranja está ahí, solo tienes que encontrarla” pero realmente, ¿en qué se basan?, ¿en las novelas de amor y películas? No hay evidencia científica. Si algún día entrevisto a un

científico se lo preguntaré.

Voy a la nevera y como lo primero que pillo y me siento como todas las noches, con mi uniforme de ver series: Mi camiseta XXL.

Hoy solo serán cinco capítulos que estoy cansada.

¿Qué estará haciendo él?

CAPÍTULO 6

Una pequeña brizna de aire y enseñó las braguitas. No sé cómo otras chicas pueden ir relajadas por la calle con minifaldas que vuelan con el mínimo soplado. Por lo menos, la temperatura hoy es agradable.

Cientos de participantes andan de un lado para otro mirándose de reojo y analizándose. Se respira un ambiente de concentración y respeto ya que en breves momentos va a comenzar la fase clasificatoria del estado de California para el campeonato mundial de cheerleaders en el cual, se juegan el título, muchas horas de entrenamiento y unas estrategias dignas de cualquier general de ejército. Chicos y chicas preparan mentalmente los pasos para que todo salga a la perfección.

Realmente son fascinantes las acrobacias que pueden llegar a realizar. Mucha gente solo ve el resultado final en el estadio de su equipo favorito comiendo nachos con queso, pero hay un trabajo y una historia detrás de cada una. La verdad es que no son como lo han caricaturizado en las películas, es algo más.

Lo bueno de este reportaje es que nadie me mira raro porque parezco otra participante del campeonato. Visto la faldita voladora a tiras roja y blanca y una camiseta con las letras de la cadena KNZB. Es muy escotada y deja bastante libres a mis tetas. Cómo se nota que el que ha diseñado esto es un chico y no una mujer. Ella sabría que si te pones a realizar piruetas con el cuello en pico algún pecho puede tomar vida propia e intentar escapar hacia la libertad dejando boquiabiertos a los asistentes masculinos del evento que sacarían el móvil para luego subir el vídeo “Reportera vestida de animadora se le sale teta y pezón”.

Espero que Dexter no sea un entusiasta de los campeonatos de cheerleading, no me gustaría que me viera así... de patética. Creo que no hace falta disfrazarse para hacer buenos resultados de audiencia, o sí... y es triste.

Los organizadores del evento nos han comentado que han venido alrededor de seis mil personas.

—¿Preparada para el reportaje? —Jean está montando los objetivos de la cámara con una sonrisa en la boca. Como siempre.

—¡Claro! Me he documentado y todo.

Y es cierto. Sé quiénes son los favoritos, los BlackStar y sé la historia de los comienzos de la animación en los partidos.

Los participantes han desaparecido de las salas de espera y se han ido a la parte de atrás del escenario. Está a punto de comenzar el gran evento.

Jean coloca la cámara en el trípode. Y me da el micrófono que me lo pongo en la izquierda ya que en la derecha llevo un pompón. Es muy necesario para hacer el reportaje...

Ya comienzan los nervios previos a la conexión con Jessica. Todo está preparado. Jean está mirando a través del objetivo cerrando el otro ojo. Sin quitar la cara me hace un gesto con la mano indicando que está todo correcto.

Baréin-Manama, Panamá-Panamá, Suecia-Estocolmo. Comienzo mi ritual de repasar las capitales del mundo. Me tranquilizo un poco.

Por el pinganillo oigo a Jessica.

—... y allí está nuestra compañera Tricia Jackson para contarnos la última hora de la competición estatal. Adelante, Tricia.

—Buenos días, Jessica. Así es. Hace unos instantes que acaba de comenzar el campeonato clasificatorio para el mundial de cheerleading.

Muchos nervios se respiraban momentos antes de comenzar.

—¿Y quiénes son tus favoritos?

—Los BlackStar vienen pisando muy fuerte, ya que el año pasado no tuvieron tanta suerte por la lesión de dos miembros justo antes del campeonato.

—Seguro que tú también vas a animar —intuyo que ya viene el comentario gracioso...—, bailando con esos pompones y moviendo la falda con el culito como todas esas chicas.

Ya está. La odio con toda el alma. Noto como me viene la sonrisilla de los nervios, pero no. Esta vez no. He visto mucho sufrimiento en los participantes...

—Jessica, esto no es solo un bailecito para mover el culito como dices. Esto es un deporte que lleva mucho sacrificio. Es más, está en proceso de que lo puedas ver en los juegos olímpicos.

Veo cómo Jean deja de mirar por el objetivo y se queda embobado por lo que estoy comentando. Ha dejado los músculos de la mandíbula relajados quedándosele la boca abierta.

—Emmm... —contesta desde el plató.

—Y debo añadir que —la interrumpo—, si puedes llegar a ver el equipo que está al fondo participando —Le hago un gesto a Jean para que enfoque al escenario—, podrás ver que no solo hay chicas con pompones, sino que también es un DEPORTE —énfasis—, que también hay chicos y la finalidad no es mover las falditas. Por suerte, ya hay más de un cuarenta por ciento de hombres animadores. Y te digo otro dato, el primer animador fue un hombre allá por el siglo XIX.

—Emmm.. Uhmmm... —La oigo titubear.

El corazón me va a ciento treinta y tres por hora y se me va a salir por

la boca. Me he venido arriba. Llevaba mucha rabia acumulada, pero me estoy sintiendo muy bien.

—Y si quieres, te invito a que tú te vengas con pompones y con faldita a bailar, que los telespectadores estarán encantados de verte mover ese culito. —Tierra, trágame por favor—. ¿Aceptas?

No sé qué está pasando. Tengo una posesión dentro de mí. En este caso, es *Tracia* que quiere que saque lo que llevo dentro. A Jean poco a poco se le está yendo el color de la cara y me parece que le han salido unas canas en segundos. Me tiemblan las piernas.

—Cof, cof... —Jessica tose. No sabe qué decir—. Pues no estaría mal ese baile. No quería desprestigiar ese deporte. —Mentira.

—Pues te tomo la palabra. Nuestra querida audiencia estará encantada de verte —repito.

—Sí...

—Bueno, hasta aquí la conexión desde la competición de cheerleaders. Les ha informado, Tricia Jackson.

Para finalizar, guiño un ojo, me beso la palma de la mano y la lanzo. Creo que ya está todo perdido. Jean se está echando las manos en la cabeza. No sale de su asombro.

Al verlo me doy cuenta de lo que acabo de hacer. He regañado a mi jefa y la he mandado a bailar y mover el culito... Adiós KNZB. Hola, Twitter. Hola, #ReporteraMandaBailarASuJefa.

Jean se acerca sin salir de su asombro.

—¿Acabas... —jadea.

—Sí...

—...de mandar a la jefa mover el culito?

Él comienza a reírse descontroladamente echándose las manos a la

tripa.

—No te rías que tengo ganas de llorar.

—¡Eres única e impredecible, Tricia!

—Acabo de firmar mi despido. Después de esto olvídate de trabajar en la KNZB.

—¡No te preocupes! Ya verás cuando se lo cuente a Katrina. Va a llorar de la risa.

—No tiene gracia.

—Mira, somos un equipo y buscaremos trabajo juntos. Es más, con lo que acabas de hacer te has hecho de respetar y es un punto a favor en tu currículum.

Me miro en el reflejo de una puerta de emergencia. Y me veo con el uniforme. Tiene razón. Por cierto, estoy bastante sexy y eso me ayuda a sobrellevar lo que acabo de hacer.

—Vamos a tomar una copa y celebrarlo —dice Jean, como siempre, con una sonrisa en la boca. Esto es el comienzo de algo nuevo. Ya verás.

Recogemos la cámara, el material de sonido y todo el equipo que nos llevamos a las conexiones.

Mientras andamos hacia el bar, veo cómo Jean sonrío y niega con cabeza. Seguro que está pensando que estoy como una regadera. Pero pensándolo bien, me siento liberada, aunque se me hace cuesta arriba tener que buscar trabajo.

—Me voy a tomar un whisky doble —le digo a Jean.

—Yo no soy de beber, pero esta vez yo también. Llamaré a Katrina para que venga aquí a celebrarlo con nosotros.

Nos alejamos del murmullo del estadio. Los BlackStar habrán ganado este año seguramente.

¡Mi móvil vibra! Y el corazón me está golpeando más fuerte y me entra un poco de ansiedad. No quiero mirarlo, seguro que es Jessica mandándome en PDF la carta de despido... pero ¿y si es Dexter que me ha visto por la televisión y quiere casarse conmigo por lo valiente que he sido? o, si me ha visto, ¿se querrá reír de mí? Eso tiene más sentido.

El bar es bastante luminoso y agradable, nada como aquel tugurio del último reportaje. Incluso nadie me mira raro porque hay más chicas vestidas de animadora lo que hace no apresurarme a cambiarme de ropa.

Nos sentamos en una banqueta de la barra y descargamos las mochilas y el equipo. Nos miramos y sonreímos.

—Pide tú, que voy al lavabo un momento —dice Jean. Asiento.

—Dos copas de whisky dobles con hielo. —La camarera hace un gesto agradable, deja dos vasos con hielo y los baña con el líquido dorado. Jean se aleja mientras saca el móvil del bolsillo para llamar a Katrina y contarle la *hazaña*.

Doy un sorbo y noto cómo el líquido amargo baja por mi garganta y me quema. Ya estoy preparada para ver el PDF del despido o las risas de Dexter. Saco el teléfono.

¡Bien! Es Dexter... o, espera... mierda, es Dexter. A ver qué dice.

Dexter dice: ¿Qué haces?

Buff, menos mal que no se está riendo de mí. ¡Me ha escrito! Me quedo sin trabajo, pero por lo menos, me ha escrito. Y solo ha puesto eso. ¿Por qué? ¿Realmente estará interesado en mí?, ¿en saber lo que estoy haciendo?, ¿estará cachondo pensando en mi cuerpo?, ¿querrá saber si estoy libre para llevarle la ropa a la tintorería?, ¿necesita achicoria para un guiso que está cocinando y no tiene tiempo para ir a comprar y quiere que se lo acerque yo?, ¿por qué me pregunto tanto en lugar de hablarle?

Yo: ¡Hola, Dexter! Pues ahora mismo estoy vestida de animadora bebiendo whisky.

Si le digo la verdad, seguro que no se lo cree. Jijiji, qué mala soy.

Dexter dice: Entonces, ¿era hoy cuando te vestías de superanimadora sexy? Recuerda que te confundiste el otro día.

Mierda. Nunca acierto.

Yo: Mmm... Puede ser... ¿qué tal tú?

Dexter dice: Pues es que estoy un poco agobiado y necesitaba solo despejarme. Sabía que me reiría un poco contigo... Por cierto, te tengo que ver vestida así o si no, pensaré que me estás mintiendo.

Yo: Claro, ahora mismo voy.

Le pongo el icono de los ojos en blanco. Él no usa ningún icono y me inquieta.

Dexter: ¡Te espero! Bueno, tengo que volver otra vez al lío. Muchas gracias por tu ayuda.

¿Solo quería eso? Me haré la dura...

Yo: Vale, ahora que me has usad...

El móvil comienza a sonar de repente. ¡Me están llamado de la cadena! ¿Respondo? Seguro que es para mandarme a la mierda. Pues se van a enterar, que los dos traguitos de la copa me han dado valor...

Veo como Jean se acerca.

—¡Hola! —contesto al teléfono con el tono más simpático, amable, cariñoso y adorable que me sale. *Tracia*.

—Hola, Tricia. Soy Jessica.

Ya está, habrá mandado a la policía a detenerme. ¿Puede hacer eso?

—En relación a la conexión de hoy... —Jean me mira intrigado y expectante.

—Sí, sí... buen trabajo, pero eso no es el caso. —Me quedo extrañada. ¿Buen trabajo? Si lo llego a saber le digo que, en lugar de bailar, se ponga a perrear.

—¿Cómo?

—Pues que necesito que salgas volando al Palacio de Justicia de San José. ¡Ya!

—Pero...

—Nada de *peros*. Escúchame con atención y no me interrumpas. Lorraine Callaghan ha tenido un accidente con el helicóptero.

—¿Está bien?

—Sí, pero no me interrumpas. Ha sufrido algunos golpes y magulladuras. Cree que tiene la pierna rota y los médicos han dicho que tiene que estar en observación. Así que, tienes que ir lo más rápido que puedas al Juzgado ya que han declarado los representantes de Bicôsie por el tema de corrupción. Van a estar todos los medios del país así que, sé que es muy difícil para ti, pero necesito que intentes sacar alguna declaración. ¿Sabes de qué va la noticia?

—Sí, el otro día vi el reportaje de Lorraine y escuché que supuestamente habían desviado fondos de los inversores a cuentas privadas y el dinero había desaparecido.

—Eso, eso, pero *supuestamente* no. Lorraine dijo que era cierto y siempre tiene razón.

¡Ohh! Todopoderosa Lorraine que todo lo sabes. Hasta más que los jueces...

—Vale. Nos ponemos en marcha.

—Confío en ti, Tricia. Hazlo lo mejor que puedas. Imagínate que eres Lorraine Callaghan.

¿Cómo? Creo que no me puede dar más asco.

—Bueno, jefa. Nos vamos. Gracias por confiar.

Cuelgo el teléfono.

—¡Por fin, Jean!

—¿Qué pasa? ¿Nos han despedido?

—Todo lo contrario. Vámonos a los juzgados que están a punto de salir los representantes de Bicôsie y tenemos que cubrir la noticia.

—¡Bien! Voy a por el coche. —Jean siempre está contento, pero esta vez la cara se le ha iluminado como si tuviera leds.

—¡Corre! Bueno... un momento. —Le cojo del brazo—. ¿Has bebido?

—No me ha dado tiempo, así que tranquila —Me guiña un ojo.

Sale corriendo por la puerta en dirección al coche. Pago las bebidas y acerco todo el equipo a la puerta para rápidamente no perder un minuto y subir.

Confiar en mí no ha confiado. Sé que soy el último recurso que tiene y que los demás reporteros están a cientos de kilómetros de distancia, pero no debo de defraudar. Hay veces que las oportunidades hay que aprovecharlas tal y como vienen. Ya se acerca Jean rápidamente, para el coche y mete en el maletero todas las mochilas y maletas.

—Sube, que no llegamos.

Avanzamos velozmente por las calles saliendo de donde se encontraba el estadio y nos adentramos a la autopista donde Jean, feliz, agarra el volante, chafa el acelerador y sonrío. Me recuerda a Hannibal de “El equipo A”. Solo le hace falta un puro en la boca. Me siento como en la serie ahora mismo yendo a donde están los malos. Yo creo que sería Murdock porque no soy seductora como Templeton, obviamente tampoco soy M.A.

Barracus y me tienen por graciosa.

Jean también está contento. Es una oportunidad única, seguro que están todos los enviados especiales de las otras cadenas. Esos a los que tengo envidia sana... Me sudan las manos y me las seco en la falda...

¿Falda? ¡No me acordaba que voy disfrazada de animadora sexy y escotada al reportaje más importante de mi vida!

—¡Jeaaaaan!

—¿¡Qué ocurre!? ¿Estás bien? —pregunta asustado por el grito que he dado.

—¡No! Bueno... sí, pero no.

—¿¡Qué!?

—Que voy disfrazada de animadora escotada al Palacio de Justicia donde estarán todas las cadenas de televisión y los representantes de la empresa. Tienes que parar para que me cambie.

—¡Qué susto! No puedo hacer eso, no llegaremos, Tricia.

—Vale, entiendo. Entonces, da la vuelta. Nos vamos a casa. Dimíto. No quiero ir.

Sonríe plácido. La verdad es que inspira tranquilidad.

—No te preocupes Tricia, porque con la de periodistas que habrá allí y gente curiosa nadie reparará en ti.

Miente y sabe que sé que miente.

—Está bien. ¿Qué más puedo perder?

Creo que con estas pintas se creerán que voy al juzgado a por la herencia de un viejo con el que supondrán que me casé hace un año por dinero.

—Ya estamos llegando.

Dejamos el coche donde podemos y Jean coge la cámara y yo el

micrófono. No nos da tiempo a realizar comprobaciones. Espero que todo salga bien.

El corazón me palpita muy rápidamente. Es mi oportunidad. La gente cuando está nerviosa se imagina al resto desnudos, pero yo me imaginaré que todos van con uniformes de animadores y vamos a hacer una coreografía... ¡Dame una de! ¡Dame una e! ¡Dame una ese! ¡Dame una uve!... ¡Todos juntos! ¡DESVÍO DE FONDOS!

Enfrente tengo el imponente edificio de El palacio de Justicia con sus seis majestuosas columnas que le dan un aspecto romano. En sus interminables y amplias escaleras, esperan cientos de periodistas expectantes por la salida de los representantes de la empresa para realizar declaraciones. Los miro con detenimiento.

Inspiro hondo una vez. Inspiro hondo otra vez... y a la que hace diez salgo con el micrófono... *Guyana-Georgetown, Marruecos-Rabat, Rusia-Moscú...* Hay movimiento y la gente se pone más tensa aún si cabe. Parece que van a salir.

Comienzo a subir los escalones rápidamente para ver qué está pasando. ¡Mierda! Odio al diseñador del disfraz. Los pechos bailotean al son de cada escalón. Un poco más altos y me darán en la cara de los rebotes que están haciendo... miro de no tropezarme. Ahí está... el representante detrás de todas esas bolas de gomaespuma de los micrófonos. Todos los periodistas preguntan entre codazos:

—¿Por qué no ha venido el Señor Morrison?

—¿Van a devolver lo que han robado?

—¿Saben a cuántas familias han destrozado?

De entre uno de los micrófonos le veo el rostro... NO-PUEDE-SER. ES ÉL. Es Dexter. El mismo que me acaba de escribir. El mismo con el que

me tomé esa copa. El mismo de la foto de la aplicación del móvil.

¿Es el defraudador? Imposible...

Me mira. Lo miro. Es guapo. Es un ladrón. Es muy atractivo. Mierda. Sonríe solo moviendo una comisura. Se abre paso entre los periodistas. ¿Viene hacia mí? Me tiemblan las piernas y no puedo echar a correr porque se me saldría una teta. Lleva un traje azul con una camisa blanca.

—El Señor Morrison ya no se encarga de los temas legales de la empresa. Yo soy su hijo y represento a toda la empresa. Me llamo Dexter, Dexter Morrison.

Un rumor se escucha entre todos los demás. Me mira. Todos me miran.

—Solo voy a contestar una pregunta y será la tuya.

Me señala con su dedo...

¡Pregunta, Tricia! Di algo. De golpe viene el silencio y todas las miradas y micrófonos vienen a mí. Soy el centro de atención de Estados Unidos ahora mismo y llevo el atuendo más ridículo que puede llevar una periodista. Espero que mi *gemela Tracia*, no me la juegue.

—Señor Morrison —comienzo.

—Dexter, por favor —dice guiñándome un ojo. Si me lo vuelve a hacer me pongo a hacer de animadora, pero de verdad.

—Todo apunta a que ustedes, desde la cúpula financiera de la empresa abusaron de la posición de privilegio y defalcasteis el dinero de todos los inversores. Con lo cual, todo indica que sois culpables. ¿Qué tiene que decir al respecto?

Se hace un silencio. Me observan con admiración y extrañeza. El de mi izquierda no para de mirarme el escote...

—Un día conocí a una persona que creyó saber cómo eran las cosas

sin pararse a meditar y se dio cuenta de que no hay que juzgar antes de conocer. Es más, ¿debería juzgar a una reportera por llevar una vestimenta sexy? No. Yo te digo que somos inocentes, pero quiero y necesito que se conozca la verdad, que la busquéis y juzguéis después.

Uno de sus ojos verdes se cierra haciendo un guiño y luego se apresura a bajar de las escaleras hacia el coche azul oscuro y cristales tintados en el que le espera con el chófer abriéndole la puerta.

Yo me quedo inmóvil observando cómo toda la gente le sigue con la mirada. Las chicas se dan codazos cuando se va y suspiran. Mis músculos no responden, creo que me he quedado congelada. Me siento como si estuviera viendo el televisor y no estuviera aquí. Creo que sigo teniendo el micrófono alzado. Creo que estoy... ¿salivando?

CAPÍTULO 7

Entro en mi apartamento y cierro la puerta. No sé muy bien cómo he llegado hasta aquí. Creo que me ha traído Jean en su coche, pero si me dicen que me he teletransportado me lo creería. Me quedo mirando el suelo unos cinco minutos como cuando te acabas de despertar y te quedas absorta mirando a la nada. Hay tantos pensamientos en mi cabeza que no responde. Si ahora mismo fuera un ordenador tendría una pantalla azul y yo estaría dando golpes al teclado.

Uno: He mandado a mi jefa a mover el culito en directo delante de millones de personas (quizá no tantas, pero queda mejor).

Dos: No solo no me han despedido, sino que me han asignado la noticia más importante en estos momentos en Estados Unidos.

Tres: He hecho el reportaje con un traje ridículo de animadora con una teta casi fuera.

Cuatro: La única pregunta que admitía el protagonista de la noticia la he formulado yo.

Cinco: ¡ES DEXTER! Es Dexter, es Dexter, es... tan... guapo... y delincuente y...

Tengo que reiniciar mi cerebro y sé cómo hacerlo.

Dejo todos los trastos en la entrada y me dirijo a la ducha. Me miro en el espejo y no puedo evitar hacer pequeños giros para que vuele la falda y el pelo a la vez. Me parece que estoy feliz, pero hasta que no me aclare los pensamientos no lo sabré cierto. Me desnudo y entro directa al chorro. Dejo que caiga el agua sobre mi cuerpo e intento notar cada una de las gotas que se precipitan. Me ayuda a paralizar la maraña de imágenes y frases que resuenan

en mi cabeza. Me pongo el pijama de *Futurama* que se compone de unos pantalones cortitos blancos y el top de tirantes que tiene impresa la cara de Leela con su único ojo y voy a lo que realmente me ayuda. Friends.

Cada vez que me ocurre algo significativo en mi vida y tengo que asimilarlo, necesito ver un capítulo de esa serie. Cuando lo hago, se me olvida todo lo que está pasando en el resto del mundo, me río y me relaja.

Esta vez será: “En el que Rachel fuma”. En el capítulo, Rachel que trabaja en Ralph Lauren, está con su compañera y su jefa. Entonces, las otras dos dicen que van a salir a fumar, pero Rachel dice que no fuma. Cuando vienen, han creado un vínculo al haberse reunido en la terraza y han tomado decisiones sin estar Rachel presente. Ella intentará aparentar que fuma para integrarse. Patético.

Aunque no sé por qué, me viene a la cabeza la vez que, sin querer, seguí con el coche a Jessica. A su tienda de ropa favorita y justo cuando la vi salir, donde se compró unos vaqueros con un bordado de pedrería en forma corazón, bajé de mi coche y me compré los mismos. Qué casualidad. Al día siguiente me los puse y ella dijo que le había comprado unos parecidos a su sobrina adolescente y quedé un poco en ridículo.

En el final del capítulo también aparece Ross que va a llevar a su hijo Ben a un casting para realizar un anuncio y, al final, Rachel deja de fumar. Son todos geniales.

Ahora creo que ya estoy lista para comenzar y lo primero que sé es que... ¡ESTOY FELIZ! Feliz y nerviosa también. Llevaba mucho tiempo queriendo un trabajo de verdad y lo he conseguido, aunque la oportunidad haya venido por el accidente de Lorraine. Hay que aprovechar todas y cada una de las ocasiones que te brinda la vida para mejorar.

Y luego está Dexter. Me parece que tendrá que pedir un permiso de

residencia en mi cabeza porque lleva ahí desde el día del reportaje de *La batalla de tartas*. Cuando ha bajado con el traje azul no sabía si estaba en un rodaje de un anuncio de trajes para Gucci de lo bien que le quedaba.

Me preparo mi portátil para organizar todo lo que tengo que hacer. He soñado con este momento muchas veces. Si esto fuera un capítulo de una serie de cuarenta minutos estos serían los primeros diez. Me imagino que me están poniendo los créditos en mi lado...

Lo primero que tengo que hacer es pedirle a Lorraine toda la documentación que tenga acerca del caso. Sabiendo cómo es, seguro que tiene todos los informes con papel de marca desprendiendo olor a Channel Nº5 y escritos con una pluma Mont Blanc. Pienso que le va a doler más tener que darme toda esa información que la pierna fracturada.

Segundo, tengo que formarme económica y fiscalmente. Podría hablar con el *robot* de contabilidad Michael Richardson, aunque seguro que me da un *pendrive* de memoria para que me lo conecte como hace él en sus puertos USB cerebrales como buen cibernético que es.

Tercero y más importante de todo, debo de usar la palabra “pesquisas”. Tengo que usarla muchas veces. Casi que es lo que más ilusión me hace. Si tengo un gato, lo llamaré *Pesquis*.

Cuarto, tengo que hacer una lista de personas para investigar, obviamente, Dexter es la principal, pero sé que otras personas pueden darme información esencial para poder llegar a la verdad.

Quinto la marca, modelo y talla de la ropa interior de Dexter... jijij

El teléfono suena y me siento paralizada, pero al ver que es Jessica, me tranquiliza. Pensaba que era Dexter que había leído, a través de una cámara que ha puesto en mi casa, lo de la ropa interior y quería denunciarme... Creo que tengo que desvariar un poco menos.

—Hola, jefa —digo con un tono muy serio de investigadora privada con pistola en el cinturón trasero del traje. ¿Me tendré que comprar una pistola? No.

—Hola, Tricia. Perdona que te llame a estas horas, pero el asunto lo requiere. —Me ha pedido perdón, es la primera vez que lo hace.

—No importa, estaba intentando sacar pesquisas.

—Debemos reunirnos mañana por la mañana para ver cómo abordamos todo este asunto. También quería felicitarte por la declaración que lograste sacar. Todos, absolutamente todos, los medios del país enfocaron sus cámaras hacia tu cara cuando preguntaste y después a él.

Voy a tener que comprar un trastero porque estoy tan llena de orgullo que se me sale.

—Incluso las internacionales —continúa Jess—. Fuiste muy prudente y certera a la hora de preguntar, Tricia.

—Muchas gracias jefa, por la oportunidad. No voy a defraudar.

—Lo sé, Tricia. —¿Eso es una muestra de confianza? ¿Qué especie de broma es esta?

—Nos vemos mañana, Jessica.

—En mi despacho a las nueve.

—Allí estaré.

Dejo el teléfono en la mesa despacio, intentando aguantar la emoción como lo haría mi ídolo, Angela Williams, pero no logro contenerme. Voy corriendo a la cadena musical y reproduzco la famosa canción de Tom Jones "It's Not Unusual" y me pongo a bailar como Carlton Banks en *El príncipe de Bel Air* hasta que oigo unos golpecitos de mi vecino golpeando la pared. Tiene razón al golpear, pero necesitaba hacerlo.

Me voy a la cama con una sonrisilla. Entro abriendo las sábanas y

suspiro. Antes de dormir tengo que hacer una cosa. Necesito ver la cara de nuevo de Dexter en la foto de la aplicación de mensajería. La amplío y veo esa mandíbula bien delineada, esos ojos pícaros, esa...

¡Ouch!

Me ha caído el teléfono en la cara y me ha dado en toda la nariz. Espero que no me haya salido un moretón. Lo cojo de nuevo y...

¡No! No puede ser. Le he enviado un icono sin querer. No me lo creo. Es el icono de un edificio. No podía ser otro. Soy la primera persona en el mundo que utiliza ese icono y tiene que ser a Dexter. El del edificio.

Lo sé. Lo he perdido para siempre. Incluso ya no querrá que le entreviste.

Adiós, Dexter. Adiós, mundo. Me voy a dormir.

CAPÍTULO 8

Un teleférico. Un puñetero teleférico. Abro los ojos y me desperezo y lo siguiente que hago al despertarme es desbloquear el teléfono para mirar las notificaciones y aparece un teleférico.

Dexter me ha contestado al edificio con un teleférico. Me parece que son los dos iconos menos usados de la historia de los iconos allá por el siglo V. Seguro que el diseñador del teleférico ha llamado al del edificio. La conversación habrá sido algo así:

—¡Tío! ¿Sabes que algún pringado ha usado el icono que diseñé del teleférico?

—¡No jodas! Te iba a llamar yo porque también han usado el del edificio.

—¿Sí? Entonces, ¡somos genios!

—Tenemos que celebrarlo. Vamos a ir al mejor puesto de perritos calientes de toda la ciudad y nos pedimos uno.

—¡Hecho! Y nos montamos un estudio de diseño...

Luego seguro que acabarán en la ruina por las falsas esperanzas que les hemos creado.

Ahora que pienso, ¿tendrá un mensaje oculto?, ¿querrá decir que con el dinero que ha robado se va a esquiar? Eso sería muy obvio. Aunque, nadie sospecha de lo obvio. ¿Será un símbolo extraterrestre?, ¿por qué llevo diez minutos sentada en mi cama mirando al suelo con el teléfono en la mano? Dejaré que conteste él. Podré llevar la incertidumbre ya que voy a estar ocupada.

Café.

Hoy va a ser un buen día. Me preparo mi taza. He escogido la del detective Colombo. Me gustaría ponerme una gabardina de investigadora, pero a lo mejor me tomarían por una exhibicionista de esas que van abriéndose la gabardina. El café me cae por la garganta y ya noto más energía.

Estoy emocionada por mi nueva vida. Tengo muchas ganas de empezar mi nuevo trabajo. No me gusta depender de halagos, pero que te digan que has hecho un buen trabajo reconforta. Escojo un traje negro y una camisa blanca. No falla. Es sobrio, elegante y sofisticado. Nada más lejos que un disfraz de animadora o conejita sexy como el de hace dos meses o el de berenjena con patas. Sí, de berenjena.

Me visto y me dejo el pelo recogido cayéndome un mechón por la cara. Así, sí que se infunde respeto, aunque he de decir que el entallado de la chaqueta y la camisa realza mi culo y eso me gusta, pero negaré que me lo he puesto por eso.

Conduzco hacia la cadena y el camino parece que tenga otro aspecto más tranquilo, más colorido. Es lo que hace la confianza en una misma o, ¿me he perdido? Buff, qué susto. No...

—Buenos días, señorita Tricia. Hoy ha llegado con varios días de antelación.

—¡Hola, Señor Parkinson! Vengo a una reunión extraordinaria.

—Me alegro mucho, Tricia. Eso es bueno. Está usted muy guapa.

—Muchas gracias, jijij —No puedo soportar la vergüenza de que me hagan cumplidos.

Me dirijo al despacho de Jessica intentando hacer mucho ruido con los tacones por el pasillo. Pisando fuerte, con confianza. Aunque rebajaré la

intensidad que con la suerte que tengo, seguro que se me rompe antes de entrar.

Me paro frente a su puerta y respiro. Me detengo unos segundos antes de entrar inspirando con fuerza para esta nueva vida. *Tú puedes. Tú vales mucho. Tú te quieres.* Me repito como un mantra. Preparada.

Giro con fuerza el tirador del despacho. Mierda, está cerrado. Una mano se posa en mi hombro.

—Buenos días, Tricia —¡Joder! Es Jessica y me ha visto *rezando*... Bueno, ya no puede echarse atrás y quitarme de la noticia. ¿O sí?

—Emmm buenos días, jefa.

—Pasa, pasa.

Me quedo mirando alrededor. Me encanta cotillear. Su despacho huele a limpio y rezuma pulcritud. Todo está recto. Parece que la única curva es la de mi trasero porque su cintura también es a juego con el habitáculo. Una silla cuadrada descansa debajo de una mesa cuadrada. Por cierto, la silla no tiene ruedas ya que sería estúpido que fueran cuadradas. Jessica se sienta. Atrás suyo hay un gran ventanal que va desde el suelo al techo dejando que entre una cantidad inmensa de luz. Estaría más cómoda con unas gafas de sol y no es broma.

Saca su portátil rectangular y unas hojas rectangulares también.

—Bueno, te lo digo de nuevo. Enhorabuena por la declaración del Señor Morrison.

—Muchas gracias, Jessica —digo con un sollozo de emoción.

—Vamos a planificar una estrategia que seguir. Como sabrás, este es el hijo del hasta ahora, socio mayoritario de Bicôsie —dice girando el portátil y mostrándome una foto de Dexter.

Está en un barco izando la vela sin camiseta y gafas de sol... Buff...

Mierda, el bufido se ha oído. Jessica me mira extrañada, aunque sé que a ella también le parece un monumento. Es humana.

—Sí, jefa. Si le parece, le explico mi plan previsto y las pesquisas que quiero seguir. —Creo que aquí la palabra “pesquisa” no encajaba muy bien, pero es necesario usarla.

Jessica se sorprende por la iniciativa que he tenido. Saco unos folios rectangulares y le explico el plan de investigación. Lo de pedir la documentación que tenga recopilada Lorraine Callaghan sobre el caso, lo de la formación con la ayuda de Michael, lo de generar la lista de personas a la que investigar... Todo eso menos lo de la marca, modelo y talla de la ropa interior de Dexter... jijiji.

—Veo que ya tienes prácticamente los deberes hechos.

—Sí, ayer le estuve dando vueltas para ver qué forma era la mejor para investigar.

Jessica saca su teléfono y empieza a buscar. Me lo acerca y en la pantalla aparece el número de Lorraine Callaghan con su foto hecha de estudio retocada por el mismísimo equipo de fotografía de la película *Transformers*. Bueno, esto último no es cierto, pero ella estaría encantada de que fuera real.

—Llama a Lorraine —me dice—, y le dices que te dé toda la información que tenga acerca de la investigación que ella ya lleve. Si te pone alguna pega, me llamas. —Le diré: “Si no me lo das, a mamá Jess irás” jijiji.

—Perfecto, anotado.

—Con relación a la documentación fiscal y económica, estamos de suerte porque Michael se encuentra en su despacho. Dile que te ayude y que te asesore.

Me está ofreciendo todos los recursos que necesito. ¿Le pido un

helicóptero para hacer la compra?

—Muchas gracias. Me pongo manos a la obra. Ya te iré informando
—dijo girándome y dirigiéndome a la puerta

—Tricia —me dice haciendo que me pare—. Estoy orgullosa de ti.
Confío en ti, no me falles.

Sonrío con confianza y le guiño un ojo saliendo por la puerta rectangular. ¿Cómo? Le he guiñado un ojo en plan: “No te arrepentirás, nena”. Apresuro el paso por si sale llamándome arrepintiéndose de sus últimas palabras. Tengo un don para finalizar mal los encuentros. Iré al próximo Talent Show a mostrarlo.

Bajo al segundo piso buscando el despacho de Michael de contabilidad. Tengo curiosidad de cómo será. Seguro que está conectado a cientos de circuitos y miles de procesadores haciendo cálculos macroeconómicos.

Abro la puerta.

—Hola, Michael —le digo.

Se extraña muchísimo que un ser humano entre en su habitáculo. No tiene ningún cable conectado. No descarto que esté por wifi.

—Hola.

—Hoy también estás muy guapo, te sienta bien esa corbata. —Asiente con la cabeza. No mueve otro músculo de la cara.

—¿En qué te puedo ayudar? —dice sorprendiéndome de todas las palabras que puede encadenar.

—Pues verás, no sé si estarás al tanto del escándalo de Bicôsie.

—Sí —responde muy extensamente.

—Pues me han asignado la noticia y necesito que me ayudes un poco para saber cómo está estructurada la empresa económicamente.

Sin mediar palabra abre un cajón y se pone a buscar, eso me da tiempo a cotillear. Me encanta.

Su despacho es mucho más pequeño que el de Jessica. Tiene una mesa, cuadrada también, pero de madera. Encima de ella solo está su portátil y el cable de carga... o, ¿se cargará él mismo? No hay estanterías. No hay cuadros, no hay nada, es el vacío salvo por una cosa. Un póster en la pared de atrás que tiene un pollito y de la boca sale un bocadillo con el símbolo π más una letra o dos veces. Pollo: pi-o-pi-o. Sin comentarios.

¡Bingo! Saca un *pendrive*, pero no se lo inserta en la cabeza. Lo pone en el ordenador y me explica cómo funciona Bicôsie.

Básicamente, se financia a través de pequeños inversores que ponen sus ahorros en la empresa dándole un trocito de empresa a cada uno. Bicôsie siempre ha cuidado de todos los inversores y estaban contentos porque siempre crecía, aunque fuera muy poco y eso les reportaba beneficios.

Lo que ha pasado, es que el dinero de todos esos inversores de toda la vida, la mayoría jubilados, ha sido transferido a unas cuentas en paraísos fiscales. Todos los documentos apuntan a que los Morrison que son los fundadores y los que tienen más trocito de empresa, han sido los que han quitado ese dinero. Ellos se defienden diciendo que les han tendido una trampa.

—Muchas gracias, Michael, por la explicación. No ha podido ser mejor. —Sospechosamente tiene la eficiencia de un robot, aunque he estado extrañamente a gusto.

—De nada.

Cierro la puerta y lo dejo con su pi-o, pi-o.

CAPÍTULO 9

Conduzco a la biblioteca. Todo el mundo que haya visto películas de detectives sabe que los que no somos policías vamos a las bibliotecas a investigar. Lo malo es que ya no existen esas pantallas donde pasaban los periódicos en blanco y negro a toda velocidad.

El edificio es cinco plantas monocromático y con muchas aristas y cristales por todos los lados. Parece que Jessica lo haya diseñado.

Antes de entrar en el edificio, saco el teléfono y me dispongo a hablar con Lorraine Callaghan. He cogido una bolsa por si me entran ganas de vomitar.

—Lorraine Callaghan al aparato, ¿quién llama? —¿En serio? ¿Al aparato? Ella sí que se cree que estamos en una película.

—Hola, Lorraine. Soy Tricia. Lo primero preguntarte que cómo estás y que siento mucho lo del accidente —le digo. Y es verdad que lo siento.

—Hola, Tricia Jackson. —A lo mejor no sabe que las personas también pueden no usar el apellido—. Gracias por llamar. Estoy mejor, pero muy afectada por la fractura de mi pierna.

—Pues mucho ánimo.

—Gracias, Lorraine Callaghan siempre sale victoriosa.

Lorraine Callaghan habla en tercera persona de sí misma. Patética.

—Claro que sí. Quería pedirte una cosa, Lorraine Callaghan. —Hago énfasis en su apellido. Le encanta.

—Dime.

—No sé si lo sabrás, pero ahora estoy yo con la noticia del escándalo de Bicôsie.

—¿Tú? —dice despectivamente lo que hace que me vengan pensamientos de que su otra pierna está sin romper.

—Sí, yo. Y necesito que me pases toda la documentación que hayas obtenido hasta ahora de la investigación. Los datos contrastados y demás.

Hay un silencio. No entiendo...

—Me lo ha dicho Jessica que te lo comente —Sigue en silencio. ¿Lorraine Callaghan estará bien?

—Ehmm... —duda.

—¿Lorraine Callaghan? ¿Te ocurre algo?

—Tricia —dice al fin—, sabes que somos compañeras y nos tenemos que apoyar.

Compañeras, dice. Más bien, ella se cree que es la cadena de televisión en sí misma.

—Claro, siempre estamos para apoyarnos... —Y humillarnos como pretende con todos nosotros—. ¿Qué ocurre? ¿No querrá darme toda la investigación por que le ha costado mucho? A mamá Jessica irá.

—Bueno... pues es que...

Me desespero.

—...que... No tengo nada. —Logra decir al final.

—¿Has perdido toda la documentación? ¿Se te ha borrado?

—Mmmm... No... No es eso...

—¿Entonces?

—Pues que no existe. No tengo nada. No he investigado nada.

—¿Cómo?! ¿Qué?! —Ahora junto a la pierna ilesa veo un bate de béisbol.

—Pues es que me leía las noticias de otras y otros compañeros de las cadenas de la competencia y más o menos sacaba las conclusiones a las que

llegaban ellos.

—¿Sin contrastar nada?

—Sí... —Ese “sí” ha sonado como cuando una niña pequeña le preguntas si ha roto el jarrón de la mesita y confiesa.

—Lorraine, lo que has hecho es muy grave. ¿Lo sabes?

—Sí... —Ahora seguro que está poniendo morritos.

—Estás acusando a una persona de un delito.

—Ya... pero no vas a decir nada ¿no? Somos *compis*. —Miro a la derecha donde tengo mi bolsa para vomitar.

—Lorraine, no voy a decir nada —Me encanta ser compasiva—, pero me tienes que prometer que nunca más vas a aceptar un reportaje de tal magnitud.

—Lo que digas, Tricia.

—Y, es más, ¿estás al tanto de los reportajes que he hecho yo hasta ahora?

—Sí, claro. —Seguro que miente y no sabe de mí nada más que mi nombre.

—Pues a partir de ahora, serás tú la que te intereses por hacerlos.

—Vale, vale. Muchas gracias, Tricia. Eres la mejor.

Cuelgo sin despedirme, imaginándome la cara de sudor que se le puede haber quedado al pillarle la mentira. Me produce risa e indignación. Todos estos años ha estado estafando a la cadena haciendo cómo si se metiera de lleno en la noticia. Todo era trabajo de otros. Plagio sin contrastar. Espero que se recupere pronto para verla disfrazada de pepino con patas, animadora o bebé con pañal. Sí, me disfrazaron de bebé.

Después de asimilar la noticia de que Lorraine Callaghan es una impostora, me dispongo a realizar la investigación de verdad.

Entro en la biblioteca abriendo la gran puerta acristalada y busco una mesa gris al fondo. Llevo una maleta con mi portátil y una libretita. Sé que puedo apuntar todo en el teléfono o en el ordenador, pero es que queda mejor llevar una libretita, incluso me he puesto un lápiz arriba de la oreja como lo harían los inspectores de los años veinte.

La mesa es muy triste y las estanterías están, como es normal, repletas de libros. Si he de ser sincera, no me gusta. Hubiera preferido una biblioteca donde la madera antigua predominara y las luces tenues iluminaran cada mesa. Una tipo Harry Potter donde desempolvara algún libro con tapas de cuero que me diera la clave misteriosa, pero no. Es lo que hay. Un habitáculo gris y con mucha luz y wifi.

Saco el portátil para iniciar la investigación y documentación. Lo primero que hago y creo que lo que todo el mundo hace cuando quiere saber algo de alguien es buscar en Google su nombre. Tecleo:

DEXTER MORRISON

Estoy nerviosa jijiji. No sé por qué. Le doy a la tecla intro.

¡Catorce millones trescientos mil resultados! Luego los leo todos...
¿Habrá alguien que lea todos esos resultados? Seguro que hay algún loco...

En los primeros puestos veo noticias de periódicos contando lo que ya sabemos. Que parece culpable. Esa sería la principal fuente de investigación de Lorraine Callaghan. Ella y su apellido no van a timar a nadie más.

Ojeo los primeros enlaces y al llegar al séptimo, mi ratón es atraído como si de un imán se tratase. Es el de la dirección www.somoscotillas.com con unos iconos de corazoncitos a los lados. Me encanta ese icono. Debo de entrar por si ahí estuviera la clave de todo.

Cómo es la gente, no me lo puedo creer. Es un foro para cotillear de los personajes famosos subiendo fotos y comentando cada una de ellas. En su

hilo, tiene más de quinientas páginas.

¡Uy! Qué guapo está aquí. Diablitaperversa77 ha subido una foto en la que sale en la playa. Está con un bañador azul y unas gafas de sol nada más. Está señalando al mar y a su lado hay una chica que parece hecha por ordenador y que tiene un cuerpo que haría a las modelos de Victoria Secret, avergonzarse y se pusieran un pareo a su lado. ¿Será su mujer? Sigo leyendo y ratitasexy23 dice que no.

¡Bieeeeeen! Oigo a mi hermana gemela maligna *Tracia* en mi interior.

Comenta que es una de las tantas modelos con las que se lía y queda. Bueno, bueno, bueno...

Dulceuña28 sube otra en un cóctel con otra chica del brazo unos meses más tarde y luego otra de él en una moto llevando a otra despampanante Instagramer reconocida. Dice que tiene más de diez millones de seguidores.

Algunas se creen que pueden tener algo con él, están flipadas. No como yo, que nunca me he hecho ilusiones... Aunque me viene a la cabeza la palabra “mentirosa”.

Me he leído casi todas las páginas del hilo y he llegado a varias conclusiones.

Una: Es un mujeriego.

Dos: BrujitaChupaHielos33 dice que ninguna de las chicas con las que se ha acostado ha hablado mal de él. Ninguna ha dicho que es un cabrón y que desde un primer momento ha sido sincero con ellas.

Tres: Que todas las usuarias del foro se ponen unos nombres muy raros y dan miedo y que al final de todos los *nicks* hay un número. Lo cual quiere decir que ya estaban ocupados y debían ponerse el número. ¿En serio más de una quiere el nombre *DulceUña*? ¿Este es el mundo que quiero para

mis futuros hijos?

Cuatro: No he podido averiguar nada acerca de la malversación de fondos, pero he visto unas fotos por las que ha valido la pena entrar en el foro.

Me suena el teléfono. Me ha llegado un mensaje de Dexter... ¡Me ha llegado un mensaje de Dexter! Estoy tan metida en la información que no me he dado cuenta de que me ha escrito el protagonista de esas fotos que enseñaba esos músculos tan bien hechos como el protagonista de la serie *Arrow*. Ahora que lo pienso, tienen un cierto parecido.

¡Qué nervios! ¿Qué querrá decir? ¿Querrá confesar y decir que desde la cárcel me escribirá cartas? ¿Habrá dimitido de su nuevo cargo de la empresa para poder estar conmigo y no perjudicar mi carrera profesional? ¿Por qué siempre me pregunto tantas cosas inútiles? Leo.

Bueno, más que leer es ver el icono que me ha mandado. ¡Ahora es un icono de un jarrón! ¡No sé qué quiere decirme y eso me mosquea! Creo que, hasta Robert Langdon, el del “Código Da Vinci” que es experto en iconología, le explotaría la cabeza con la serie de iconos: EDIFICIO - TELEFÉRICO - JARRÓN.

Más tarde le contestaré, ahora tengo que centrarme en la investigación de verdad. Descubro que realmente Dexter es conocido por tener una empresa de coches eléctricos y energía renovable bastante importante en su campo. Se llama TerDex. Su nombre al revés. Será muy guapo, pero ingenioso para poner nombres, no.

Poca gente sabía que era hijo del dueño de Bicôsie hasta hace poco cuando tomó las riendas de la multinacional. Ciertos rumores, apuntaban a que su padre estaba muy enfermo y otros rumores decían que esos rumores los habían expandido ellos para ocultar la verdad y así Dexter y sus abogados

podrían deshacer el embrollo.

Uno de esos abogados, es Peter Sharpe. De Sharpe y asociados. Este bufete es el que se está dedicando a defender a la empresa. Bicôsie es su principal cliente y hay una estrecha relación entre las dos empresas. Una relación laboral y también de amistad. Según he podido comprobar Peter es el mejor amigo de Dexter. Se criaron juntos y hay fotos de ellos con tan solo tres años de edad. En una de las entrevistas que ofreció a la cadena de la competencia y que Lorraine Callaghan seguro que ha visto, declaró que estaban haciendo todo lo posible para que las cosas se aclarasen y que iban a gastar todos los recursos en esclarecer todos los hechos. Peter se veía muy afectado por la situación de su amigo.

Necesito sacar más pesquisas. Algo que antes no se le haya ocurrido a nadie. Ahora todos los medios están en dos lugares a la espera de nuevas declaraciones, en la casa de Dexter para avasallarlo y en la sede central. Creo que sé dónde está, en North Summer Valley, el pueblo de la batalla de las tartas donde lo conocí. Iré allí de incógnito a ver si trama una huida o saco información.

¡Qué emocionante! Doy palmaditas muy rápidas.

—¡Shhhh! Me dice la mujer de enfrente que tiene un asombroso parecido a la señorita Rottenmeier sosteniendo un libro que en su portada dice: “Aprende a ser tolerante en 10 pasos”. Irá por el primer capítulo.

CAPÍTULO 10

¡Qué emoción! Estoy de vigilancia como en las películas y series que veo. He llamado a Jessica y le he dicho que necesitaba alquilar una furgoneta de observación. No ha puesto ninguna pega al respecto, ya que, aunque pidiese una limusina, saldría más barato que el helicóptero que usaba Lorraine. Perdón: Lorraine CALLAGHAN.

La furgoneta es negra y es muy grande, con dos de estas, tendría más espacio que en mi apartamento. También he comprado unos prismáticos, una cámara con un zoom de tamaño similar a una botella de dos litros y lo más importante: comida. Patatas fritas en bolsas, cacahuets recubiertos de chocolate, barritas de chocolate rellenas de crema de cacahuete, caramelos de crema de café, varios tipos de piruletas, botes de refresco de cola, de naranja y de cereza... y más que no quiero nombrar por vergüenza.

Todos los demás periodistas están haciendo guardia en la casa oficial de Dexter, pero lo que no he encontrado en ningún sitio es alguna sola mención a la que tiene aquí. Me parece que nadie sabe dónde esta residencia. Es perfecta para escapar de los focos de las cámaras y las preguntas incómodas, de todo menos de la mejor reportera del mundo... jijiji.

Me he acercado a las afueras del pueblo cerca del bar donde lo conocí la primera vez... Recordando ese encuentro me parece que he estado como diez minutos mirando al techo de la furgoneta con una ligera inclinación de cuello y media sonrisa... ¡Ay!

Lo bueno es que hay muy pocas casas. Descartando las que están medio desconchadas, las que tienen un señor mayor sentado en el porche con la culata de una escopeta de dos cañones apoyada en el suelo y caravanas,

solo han quedado unas seis en una pequeña urbanización residencial que parece bastante tranquila y normal dentro de este pueblo.

Las casas unifamiliares están dispuestas en forma de letra *U*, así que todos los vecinos se saludan cuando riegan. Me imagino que estos serán todos como una subespecie de *Flanders*, el vecino de *Los Simpson*, saludándose unos a otros diciendo “Hola, holita, vecinitos”.

La noche ha caído y está bastante oscura, es perfecto para espiar. Me sitúo en la acera detrás de otra furgoneta blanca de reparto. Todas las casas que veo son de una planta, pero bastante grandes con un jardín muy verde y tupido. Descarto otras tres de ellas ya que no hay ningún tipo de luz y el correo sobresale del buzón por la ausencia de alguien que lo recoja. Estoy orgullosa de mis deducciones.

De la de más a la izquierda sale una mujer de unos veintiocho años a tirar la basura, es bastante guapa, podría pensar que es una de las chicas de Dexter, pero la descarto porque solo es “bastante”, no “exageradamente” guapa.

Solo quedan dos. En una de ellas veo una silueta que parece que es él... ¡Sí! ¡Es él! Noto como el corazón se me está acelerando. Buff qué emoción.

A través de la ventana veo cómo está andando de un lado para otro con un papel en la mano. Me gustaría saber qué es lo que está impreso en ese papel. A lo mejor es un poema que ha escrito y está practicando para recitármelo...

¿Cómo podría espiar sus cosas? ¡Ahh! Ya lo tengo. ¡Sus pertenencias que ya no utiliza y necesita desprenderse de ellas! O para que se entienda mejor... su basura. No es tan vergonzoso rebuscar en ella porque el *Dr. House* cuando investigaba algún caso que no era lupus y querían tener más

datos sobre la persona, también lo hacía.

Dejo todas las bolsas vacías de patatas fritas y varios snacks a un lado del asiento del copiloto y bajo del coche. Me he puesto un pantalón negro y un jersey de licra de ese color también como lo haría cualquier ninja. Al ceñirse tanto al cuerpo, me hace una figura muy bonita y un culo que nunca me lo había visto tan bien formado, lo usaré para más ocasiones, aunque no sean de *Top Secret*.

Me dirijo a su cubo de basura. ¡Mierda! Los tacones hacen ruido... Creo que un ninja no se habría puesto tacones nunca a no ser que en el tacón llevara un punzón asesino y este no es el caso.

Yo me los he calzado porque el negro me hacía muy bajita, pero no he pensado en el ruido que harían. Es un sonido parecido al de un caballo pisando la calle.

Ya está. Su basura. Espero no encontrarme nada raro ni asqueroso... No comento lo que me he imaginado...

Una lata de cerveza, peladuras de verduras, y al fondo veo que... ¡hay un papel! ¡Yuju! Me siento una miembro del CSI o... en realidad creo que me siento como una rata buscando en la basura... patética.

Es una factura de... nada. Es de la luz.... aunque si averiguo qué cantidad de luz ha usado, podré deducir cuánto tiempo ha estado y si ha usado para tramar... da igual, creo que me he flipado.

Levanto la cabeza y no veo la silueta. ¿Eso es su cabeza tras la cortina? ¡Mierda! Creo que me ha visto...

Me voy corriendo a la furgoneta con el *sigiloso* martilleo de los tacones y me meto dentro de ella. Voy a esperar aquí. Recuesto un poco el asiento para que apenas se me vea. Necesito los prismáticos, caramelos, cacahuets recubiertos y barritas de chocolate. La adrenalina se me ha

disparado y creo que el nivel de azúcar en sangre también. Hace un rato que no observo movimiento y tampoco ha salido con un bate de béisbol a matarme. Quizá no me haya visto.

¡Está saliendo! Atenta, Tricia. Lleva una bolsa de basura con lo que parece que sobresalen papeles... Creo que es mi día de suerte. Qué brazos más fuertes tiene, lleva la bolsa con solo una mano. Va en pijama y por raro que pueda resultar es sexy. Nunca hubiera pensado que unos pantalones a cuadros y una camiseta de manga corta blanca fuera sexy. Si tuviera una marca de pijamas, lo contrataría para que los paseara por el mundo.

Me acerco de nuevo al cubo de material que ya no quiere, o también llamado cubo de la basura. Veo papeles. ¡Maldición, comienza a llover! Tendré que apresurarme.

Son papeles de contabilidad y un fajo de, ¿billetes? Llevan una cinta alrededor donde pone: “cincuenta millones para comprar la isla”, en otro pone: “cincuenta millones para comprar el avión para huir...” Son billetes falsos, como de juego... Todo es muy raro y me estoy empapando. Es muy... Un momento, ¿qué es eso? Veo una muñeca tipo *Barbie* vestida de animadora con muchas agujas clavadas como si fuera vudú. ¿Soy yo? Sigue siendo todo muy raro. La giro y... ¡PONE TRICIA!

¡Tenía razón! Es un psicópata... me voy a ir corriendo. ¡Oh, no! Está asomado tras la ventana y se está echando para atrás. Me ha descubierto, tendré que huir. Voy corriendo con los tacones y... ¡Mierda! No tengo las llaves, me las he dejado dentro. Estos son mis últimos segundos de vida y no me he acabado las galletas de chocolate.

Lo veo saliendo ahora por la puerta con una mano en el estómago y un paraguas en la otra. Bueno, quizá no se querrá mojar al matarme...

Pero... qué... No viene corriendo, la mano que tiene en el estómago

es porque se está muriendo de risa. ¡Qué vergüenza! ¡Me ha tomado el pelo!
¡Será cabrón!

No sé dónde meterme. Creo que estoy usando todas las calorías que he comido porque me está subiendo un calor que puede derretir los polos.

—¡Tricia! —dice acercándose. Me mira de arriba a abajo. Lleva una toalla. Lleva una barba de dos días. ¿Por qué me fijo ahora en eso?

—Hola... —¿Qué digo?, ¿qué hago? —Bonito barrio. Estaba viendo si había alguna casa en venta.

¿¿De verdad?? ¿¿No se me ocurre nada más??

Sonríe. Se acerca.

Me intento tapar el cuerpo abrazándome. Tengo vergüenza. Ojalá tuviera varios brazos como una diosa india.

—Toma, Tricia. —Me acerca una toalla—. Pasa dentro, que te vas a congelar, Mata Hari.

Está aquí. Es real. Está tan cerca.

CAPÍTULO 11

¡Qué vergüenza! Me ha pillado rebuscando en la basura...

—Verás, yo... —intento explicarme y disculparme a la vez. Huele bien, huele a limpio y a casa confortable.

—No te preocupes, Tricia —dice para tranquilarme. Me gusta su voz.

—No era lo que parecía... me he dejado las llaves dentro de la furgoneta...

—No es la primera vez que pasa.

Buff, menos mal. Se ve que muchos investigadores y periodistas ya han tratado de buscar en la basura.

—¿De veras? —pregunto.

—Sí, Mike siempre lo hace. —¡Qué ojos! Me cuesta sostener la mirada. Creo que tienen láser.

—¿Mike?

—Sí, es un mapache que siempre tira el cubo de la basura cuando rebusca. Le he puesto el nombre de Mike —dice riéndose.

—¡Capullo!

Me pone la mano en la espalda dirigiéndome. Es cálida.

—Estás empapada. Acércate a la chimenea que voy a buscar algo de ropa seca.

—Vale. —En estos momentos me salen pocas palabras.

Desaparece por el pasillo hacia lo que intuyo que son las habitaciones. ¡Qué emoción! Estoy en casa de Dexter. La emoción es, en parte por cómo es y también porque estoy haciendo algo prohibido.

En realidad, yo no debería de estar aquí. No debería de haber dejado

que me invitara. La razón es muy sencilla. Perdería la oportunidad de mejorar en el trabajo ya que ahora mismo, no tendría credibilidad en la noticia. La gente pensaría que estoy involucrada en el asunto al tener contacto con el investigado y fácilmente podrían pensar que me ha comprado. Pero, es que... ¡Es Dexter!

Me ha dejado sola en su casa, lo que quiere decir una cosa: Cotillear. Es una casa bastante familiar, muy sorprendentemente familiar. Siempre me imaginé a Dexter en una de esas casas donde predomina el cemento, un sofá de cuero y cuando diera dos palmadas, se encendería la chimenea, también de mármol blanco. Cuando volviera a dar dos palmadas más, la luz bajaría y una música de saxofón comenzaría a sonar y las chicas así de tontas que invitara a su casa, automáticamente se desnudarían.

Un hogar totalmente distinto de lo que me imaginaba. Hemos entrado por una puerta que da directamente al salón y una cocina abierta separada por una barra. Una chimenea encendida nos ha recibido y un agradable aroma a leña invadía la casa.

Todo muy confortable. Alrededor de la chimenea hay unos sofás de un marrón muy cálido. Tengo ganas de tirarme en plancha, pero si me ve haciendo eso, creo que acabaré en el fuego.

En la pared hay algo que me puede gustar casi más que su mentón y es una estantería que llega hasta el techo. Es de madera de roble —esta sí que es como la del cuarto piso del Castillo Hogwarts—, y está repleta de libros. Libros antiguos, libros nuevos, novelas de fantasía, histórica, hasta me suena que hay algunos de romántica... ¿Los habrá leído? Hay un caos literario que tiene cierto atractivo y misterio.

Al otro lado, hay un ventanal, que es por el que me ha visto. ¿Cuánto costará esta casa? La compro. Y si es con él dentro mejor... jijiji. Bueno...

no... que está lo del trabajo. Menuda guerra llevo en mi cabeza.

Arriba de la chimenea hay dos cuadros donde aparecen cinco personas. Intuyo que es Dexter, sus padres y su hermana y una señora bastante grande que parece brasileña. Calculo que ahí tendrá unos dieciséis años y ya estaba preparándose para estar como un cañón. Parece una familia muy unida, muy feliz. Si esa foto la ponen en una portada de revista titulada “Vida en familia” encajaría perfectamente.

No dan la sensación de ser unos delincuentes, aunque cuando hay algún tipo de delito y preguntan a los vecinos la mayoría de las veces dicen: “Pues no parecía un delincuente. Era una persona muy amable, eso sí, un poco callado”.

Lo oigo abrir cajones. Estoy como un flan por los nervios y por el frío que me ha dado estar empapada y con la licra pegada al cuerpo.

Estará sacando ropa para mí. Mmm... no quiero pensar qué me va a dar. Seguro que será una camisa o camiseta suya ya que con ese torso que tiene me servirá de camisón y unos bóxer que serán suyos... Me está entrando calor sólo de imaginarlo. Me cuesta serlo, pero con su ropa, puedo ser muy sexy y no quiero pensar qué puede pasar... Ya viene.

Se acerca con la ropa en la mano y una sonrisa.

—Te he traído esto, *Cerecita*.

—Emmm... ¿qué? —pregunto con una vocecilla.

—El juego.

—¿Qué juego?

—El que sueles jugar con tu compañero. El de los nombres graciosos.

—¡Ah! Vale. No me acordaba.

—Voy a pensar que nunca juegas a esto.

—¡Sí! Es mi juego favorito, me encanta. —Mierda. Otra vez. Ahora

él está esperando otro nombre. Por favor, *Tracia*, no me hagas quedar en ridículo y decir nada obsceno y guarro. Venga, está esperando... va...

—¿Y? —¿Qué digo? ¿Di algo?

—Mmm... ¡*Guarro!* —¿QUÉ HE DICHO?

Se echa para atrás y se pone las manos en el estómago de nuevo. Se está partiendo de risa. Normal, yo también me reiría de mí misma. Aunque creo que le voy a hacer reír más a menudo porque le sienta muy bien. Los ojos se le entornan y le crean unas arruguitas perfectamente delineadas mientras que su mandíbula fuerte se tensa y le salen unos hoyuelos. Quiero darles un besito.

—Muy bueno. “*Guarro*” —repite él—. Raro, pero me gusta.

Le gusta. Me gusta. *No puedes, Tricia*. Ya, pero déjame.

—Bueno, aquí tienes tu ropa.

Qué nervios. Me acerca lo que parece... un... ¿traje de limpiadora de, por lo menos, cinco tallas más? ¿¡Por qué!? Adiós a estar sexy. Adiós vida.

—Mmm... gracias. —No.

—Era el uniforme de Maca Gozalbes, la mujer que nos ayudaba en la casa.

—¿La asistenta? —pregunto.

—Bueno, es que no la queríamos llamar así porque la sentíamos como parte de la familia. Siempre ha estado con nosotros cuidándonos. Ahora ya está descansando.

—Lo siento —digo agachando la cabeza en señal de pésame.

—¡No está muerta! —Se ríe mirándome.

Nota mental: contrastar noticias, aunque sean en conversaciones para no cagarla.

—¡Ah!

—Es que está jubilada. Mi padre le compró una casa en Seattle y allí está descansando. Muchas veces vamos a verla, es como si fuese nuestra abuela.

—Lo siento. —¿Y si no hablo?

—No te preocupes, me lo paso bien contigo.

¿Soy una bufona? ¿Una payasa? o... ¿Se lo pasa bien conmigo, a secas?

Me indica dónde está el baño para cambiarme y lo confirmo, me encanta la casa. Ojalá hubiera ahora una invasión de zombis como en *The walking dead* bueno no, de caminantes y nos tuviéramos que aislar en esta casa para encontrar una cura.

Un saco de patatas. Parezco un saco de patatas con este uniforme-vestido. La señora Maca sería muy buena, pero mi talla no la tenía.

Salgo al salón y lo veo mirando al fuego. No sé por qué, pero siempre que lo observo parece que está en un anuncio. Esta vez de perfume masculino, se llama *Pensamiento pour Homme*.

—Muchas gracias, Dexter —le digo sentándome a su lado sin ningún tipo de miedo de que se me vaya a ver nada por debajo de la falda ya que casi me roza los tobillos. Ojalá me hubiera tropezado y caído encima de él—. Siento haberte espiado.

—No te preocupes, sé que forma parte de tu trabajo.

—Ya... Yo solo intentaba saber más sobre ti —le digo, aunque desde el primer minuto que me ha visto parezco una loca acosadora.

—Entiendo. Realmente lo que querías saber es si he robado todo ese dinero, ¿no?

La parte de mi cerebro se alegra que saque ese tema. La parte de más abajo no.

—Intento ser objetiva sin juzgar, como me enseñó alguien. —Le hago un guiño cómplice.

—Te diré, como debes esperar, que no soy un ladrón. Ni yo ni mi padre. —Asiento con la cabeza—. Pero quiero que se sepa la verdad. Que no me creas porque te lo digo yo o te dice otra persona lo contrario, que lo averigües tú por tu cuenta.

Me gusta cómo habla, su voz. Sus labios... Voy a hacer un ejercicio de concentración máxima para no perder el hilo de lo que dice.

Continúa explicándose.

—Nos han tendido una trampa a mí y a mi familia y no tenemos cómo demostrarlo. Acusan a mi padre. No he conocido persona más implicada en el bien de los demás y en especial en el bien de los inversores.

—Lo siento —le digo—. Y, ¿quién crees que podría querer ponerte una trampa?

—No lo sé —responde—. Mis abogados piensan que tienen una pista y la vamos a seguir.

—Cuando dices tus abogados, ¿te refieres a tu amigo Peter Sharpe?

—Veo que has hecho muy bien los deberes. Eres buena periodista.

—Sí... jijiji —No aguanto los cumplidos. Me pongo supertontita.

—Es un buen amigo, se está portando con todo esto ejemplarmente. Nos conocemos casi desde que nacimos.

—Parece un buen tipo.

—Solo espero y confío que todo se aclare. ¿Sabes? La verdad está igualmente en un vaso turbio, con el tiempo, siempre acaba dejando cada cosa en su sitio y aclarándose. Solo hace falta paciencia.

—La verdad siempre sale.

También tengo que hacer esfuerzos para que no se me caiga la baba

cuando estoy con él.

—Y bien, ¿qué te ha parecido mi basura? ¿Has descubierto mi plan?

Sonríe pícaramente. Me ha mirado el tobillo. Me ha entrado un escalofrío. ¿El tobillo es erógeno?

—Pues a ver... las peladuras de calabacín y las cáscaras de huevo te delatan que has hecho una tortilla.

—Sigue, Sherlock —bromea.

—La cerveza quiere decir que tendrás más en la nevera y me invitarás a una. —No me creo lo que estoy diciendo. ¿Estoy borracha y no he bebido?

—Bueno... eso si te lo ganas... Sigue con la deducción.

Se levanta y va a la nevera para coger dos botes.

—A ver... por lo que he visto, has comprado una muñeca *Barbie* con un disfraz de animadora...

—Y no sabes qué he hecho con ella... Mmm... ¿quizá me la he llevado a la cama?

¿Está flirteando conmigo? Si no soy una supermodelo... Ahh, vale, pero *Barbie* sí.

—O quizá has hecho vudú con ella —frunzo el ceño reprimiendo la bromita. Me abre el bote de cerveza y me lo ofrece.

—¿Te ha gustado?

—Muy gracioso...

—Te tenía que dar una reprimenda por rebuscar en la basura. A Mike, el mapache, lo asusto con un periódico y a ti con vudú.

Pongo los ojos en blanco. La conversación fluye como si nos conociéramos muchos años...

—No, en serio. ¿Por qué tenías una *Barbie*?

—¿Lo quieres saber para la investigación?

—Es un dato relevante. —Me pongo interesante y hago como si escribo en una libretita imaginaria.

—Son de mi hermana, Kate. Esta es la casa a la que veníamos cuando mis padres querían escapar de la vida empresarial y de los números.

Podría escucharlo horas. Le pediré que grabe algunos audios.

—Es muy bonita la casa, y acogedora.

—Ahora prácticamente solo vengo yo desde que la carga de trabajo de mis padres disminuyó. Vengo aquí para relajarme.

Seguro que trae a todas esas chicas aquí y las encandila con su voz y su sonrisa y sus libros y... él.

—Y, ¿qué me cuentas de ti? —me pregunta. ¿Me pregunta? Eso no lo tenía previsto. ¿Me está investigando?

—Pues que soy periodista. —Y tengo mil manías, soy un poco torpe, intento complacer a todo el mundo, hace mucho tiempo que no estoy con un chico...

Le cuento que nací en un pueblo pequeñito sin especificar, ya que me avergüenza un poco. Que me gusta mucho el cine y los libros. Que me mudé a San José para realizar la carrera de periodista. Que sigo en la misma cadena de televisión donde comencé. Hablo de Katrina y Jean y de los *días de burritos*.

—Interesante —dice bostezando.

—¡Qué capullo! —Espero que lo haya hecho como broma y realmente no lo haya aburrido...

—Bueno, ¿y qué tal con Josh? ¿tienes algo con él? —me pregunta.

A ver Tricia, te está preguntando por si tienes novio o algún lío. ¿Le interesa? ¿Le intereso? Me viene una palabra a la cabeza: Alucinaciones. ¿Cómo va a interesarle? Lo habrá preguntado para hablar un rato. Recuerda

Tricia, no eres supermodelo. Le diré que hay algo, así no quedo como una pringada. Un momento, creo que llevo mucho rato mirándole sin contestar... Mierda.

—¿Tricia? —pregunta Dexter—. ¿Estás bien?

—¡Sí! —Rápido, responde algo—. Es que estaba pensando en él y que pasado mañana tengo una cita.

—¡Ah! Muy bien, parece un buen tipo. Un poco arrogante, pero buen tío.

—¿Lo conoces? —¿Cómo puede ser? ¿Me ha investigado? ¿Qué trama? Me estará tanteando por si al final descubro que es un ladrón y tener información sobre mí...

—Cuando me preguntaste en el juzgado, luego puse las noticias y te vi a ti y de paso los deportes. —Vale, olvido todo lo que he pensado antes.

—¡Quedamos superbién en la tele cuando te entrevisté! —grito sin sentido. Debo pensar más antes de hablar.

—Sí... —dice mirándome divertido.

—Gracias por elegirme.

—Gracias a ti por no acusarme como lo hacían otros. —Véase Lorraine y su apellido—. Por cierto, te voy a dar un regalo. Una exclusiva. Es una declaración firmada por mí.

—¿Una declaración?

—Sí. En ella digo que, si al final se demuestra que soy culpable y salgo condenado por la justicia, me comprometo a donar la misma parte que se supone que he robado a organizaciones caritativas.

¡Una exclusiva! ¡Bien!

Me acerca un papel donde justamente pone todo lo que acaba de decir con un texto más extenso legal y su firma. Es una cantidad muy grande la que

tendría que pagar. Eso puede significar dos cosas, uno que está muy seguro de que no es el culpable o dos, que sea una estrategia para que la opinión pública y la del jurado crean que es inocente y en realidad es culpable. No tengo ni idea de lo que estoy diciendo y no tengo ni idea de si miente o no.

—Muchas gracias, Dexter.

—No hay de qué. Por cierto, Tricia, tu habitación es aquella de allí. Está preparada la cama. Cualquier cosa que necesites me llamas.

¡No me había acordado de que es muy tarde! Me está invitando a quedarme, claro, no había reparado que no tengo la furgoneta. Podría llamar a Jean para que viniese a recogerme, pero no...

—Te lo agradezco mucho, prometo no roncar.

Otra vez, pero ¿¡qué digo!? Si hubiera visto algo sexy en mí, creo que se desvanece cada vez que hablo.

Se me queda mirando y sonrío.

Su pelo caótico pero precioso en cada mechón, el verde de sus ojos me está atrapando junto con su mentón recto y su boca... quiero tocarlo.

Alargo el brazo y le pongo la mano en el hombro. Es firme, está compacto, me encanta... le paso la mano por el pecho en dirección al otro hombro. Mi corazón late más rápido, espero que el suyo también, pero... Me doy cuenta de que me está mirando con el ceño fruncido. ¡Me había olvidado de que no soy supermodelo! Y además le he dicho que estaba con Josh... Va a decir algo... Me adelantaré para no ser rechazada...

—Mmmm... entonces está bien, no tienes ningún tipo de tumor.

¡MIERDA! Soy la antítesis de la sensualidad. Me mira extrañado, pero sonrío. Soy su payasita...

—Ehhh... ¿gracias por el diagnóstico?

Me voy corriendo a la habitación que me había señalado y me meto

rápidamente a la cama. Me parece que va a ser la última vez que quiera verme. Después de esto sí que se fugará del país, sea o no culpable.

CAPÍTULO 12

Huele a café. Abro los ojos y me desperezo, me encanta este momento en el que no sabes nada, no tienes problemas, solo te estiras y esperas el nuevo día... ¿Huele a café? Cuando me despierto nunca está este aroma. ¡Huele a café! ¡Estoy en casa de Dexter!

Me levanto y me miro en un pequeño espejo que cuelga en la pared. Esta habitación supongo que sería la de su hermana. Los pelos de la cabeza están como si hubiera habido una pelea de gatos. Quiero salir y verlo, no sé si el querrá verme así. Tengo que arreglarme, pero no encuentro ningún cepillo. Veo un pequeño peine rosa de muñecas, que probablemente era de la hermana de Dexter, y consigo arreglar el desastre un poco.

Cuento hasta tres y abro la puerta de la habitación con una sonrisa y ya medio peinada. Pero, no lo veo. No está por ninguna parte...

Hay una nota en la barra de la cocina que dice:

Buenos días, espero que hayas dormido bien. No sé si tomas, pero te he dejado preparado café. Abre la nevera y la despensa si quieres algo más. Yo me he tenido que ir temprano a trabajar y a intentar solucionar asuntos pendientes. También tienes tu ropa seca y plegada. Si necesitas transporte, llamas a TerDex y dices que envíen un coche a esta localización. Que te lo he dicho yo.

Ha sido un placer.

Dexter Morrison.

Solo puedo pensar una cosa. Si ha metido la ropa en la lavadora-

secadora... ¡ha visto mi ropa interior! Mis braguitas de *Las supernenas*. Es una buena noticia que después de eso no haya llamado a los del psiquiátrico.

Ha sido muy amable. Demasiado. Creo, lamentablemente que... me trata como a una amiga. *Claro, Tricia, tú no eres supermodelo. No te hagas ilusiones.*

Me tomo el café rápido. No quiero merodear por si hubiera puesto cámaras de seguridad. Nunca se sabe.

No voy a llamar a su transporte, sé apañármelas por mí misma. Llamaré a Jean, le contaré lo de la exclusiva y me recogerá.

El café está delicioso. Me quedaría aquí todo el día oliendo, manoseando y cotilleando todo, pero, tengo que irme. Me cambio de ropa en el baño y me aseo. Tengo buen aspecto como si esta noche hubiera tenido sexo, pero no. Lástima.

A mi pesar, abro la puerta para irme y me giro para dar un último vistazo. Suspiro. Qué se le va a hacer.

Atrás de mi furgoneta-casa negra, donde me acuerdo de que siguen muchas golosinas y fritos sin abrir, acaba de aparcar un coche de alta gama y baja un tipo. Se acerca a esta casa. No creo que sea un ladrón porque intuyo que el coche vale casi tanto como la casa.

Viene al portal. Me suena su cara.

—Hola, vengo a buscar a Dexter —me dice.

—No está —respondo cortante.

—Perdona mi educación por no haberme presentado. Soy Peter, un amigo de Dexter.

—¡Ahh! ¡Vale! Ya decía yo que me sonaba tu cara, eres el abogado-amigo de Dexter.

—Sí, y tú eres...

—Soy Tricia.

—La reportera. —Frunzo el ceño. ¿Me conoce?—. Eres la reportera-animadora que le llamó *salchichota*.

¿Por qué lo tuve que llamar así? ¿Por qué? Por qué...

—Mmm... sí, soy esa.

—¿Has desayunado? —me pregunta.

—Solo un café.

—Pues te invito a unas tortitas que hace la señora Thompson unas calles más abajo. Son las mejores en un radio de setecientos kilómetros. Comprobado.

Acepto la invitación. Parece un tipo simpático y amable y puede ser una buena oportunidad para ver cómo va la defensa por su parte y ver qué me puede aportar. Estaba en la lista de personas a entrevistar.

Nos vamos a la cafetería de la señora Thompson que parece una abuelita de cuento. Más amable no puede ser y las tortitas son las mejores que he probado nunca. Allí me cuenta que conoce a Dexter desde que eran pequeños. Sus padres también tienen una casa por aquí cerca y siempre iban al lago a nadar y a pescar. Paralelamente fueron emprendiendo negocios con mucho éxito cada uno en su campo. Él también es muy atento. Es moreno con el *look* despeinado, pero se nota que no, que cada mechón está estudiado el ángulo de inclinación y diámetro y viste una camisa y pantalón vaqueros que tienen pinta de ser muy caros.

—Pues Dexter tenía razón —dice Peter—. Eres muy simpática y agradable.

¡Le ha hablado de mí! Aunque esos adjetivos siempre se utilizan para la gente fea. No me considero fea, pero a estos niveles, podría serlo. Mierda.

—Pues espero que no haya dicho nada malo, porque si es así, lo

pongo verde en horario de máxima audiencia.

—¡No! Al contrario, me ha hablado muy bien de ti y tiene razón.

—Muchas gracias, jijiji.

Me he comido dos, pero me comería como trescientas.

—¿Y qué tal va la defensa? —Saco el tema y me escondo la cara dándole un bocado a una de las deliciosas tortitas. Quiero saber su opinión.

—De eso venía a hablar con él —dice bajando la cabeza—. La cosa no pinta muy bien...

—¿Por qué dices eso?

—Tenemos un equipo con los mejores especialistas en finanzas y estamos echando muchas horas extras para intentar salvar a Dexter y a su familia. Es más, incluso la reputación de nuestro bufete, de mi apellido también está en juego. No estamos escatimando ningún tipo de recurso para intentar esclarecer este tema y...

Se queda callado dándole vueltas al café con la cucharita. Está afectado.

—¿Qué pasa, Peter?

—Pues que todo apunta lamentablemente, a que los Morrison se están enriqueciendo a costa de los inversores y del capital de la empresa. No encontramos nada que pueda demostrar lo contrario. Él dice que es inocente y que no ha robado ningún tipo de dinero y quiero creerlo.

—¿No le crees entonces?

—No he dicho eso... pero las pruebas dicen lo contrario. Lo conozco desde hace muchos años y pienso que nunca haría nada así. Él está convencido de que le han tendido una trampa, pero no vemos ningún tipo de indicio. Quiero creerlo. Es mi amigo. Todo es muy confuso. Incluso se le ve tan seguro de ser inocente...

Cierto. A mí también me ha parecido que era inocente. Si no es inocente, es el mejor mentiroso del mundo y me fastidiaría porque solo podría estar con él en el vis a vis... ¡Tricia, céntrate!

—Entonces, todas las pruebas apuntan a que es culpable.

—Pero quiero que esto no salga de aquí, por favor —me dice casi suplicando—. Te lo he contado porque veo que eres buena chica y no me gustaría que salieras perjudicada.

Me siento un poco triste y abatida por lo que me acaba de contar. Parecía que era tan inocente, o a lo mejor quiero creer que es inocente y por eso me lo ha parecido. Debo ser consciente de que realmente el caso es grave y que por muy cañón que esté, hay mucho dinero de muchas personas en juego. Como una vez me dijo una persona, quiero verlo por mi cuenta, aunque me vaya a doler.

—Muchas gracias por avisarme, Peter. No saldrá de mi boca si no quieres.

—Eso espero. Te lo he contado porque pareces una persona de fiar.

—Y lo soy.

Pido otra ronda más de tortitas, no sé cuándo podré volver a este lugar tan maravilloso y Peter me sigue hablando un poco más de él y de Dexter. De sus aventuras cuando eran jóvenes, de los viajes a Europa que hicieron con solo una mochila. De todas las conquistas que ha tenido, la última chica con la que estaba quedando, Ava Bourguignon una de las modelos más cotizadas desde hacía muy poco ya que su carrera había ascendido meteóricamente. Así que, Tricia, compárate con Ava Bourguignon y resuelve tus dudas.

Peter se ha ofrecido a llevarme a casa, le he dicho que mi furgoneta no funcionaba en este momento. Claro, con las llaves dentro no puede funcionar.

CAPÍTULO 13

Micronesia-Palikir, Senegal-Dakar, China-Pekín recito mentalmente para tranquilizarme. Esta conexión ya es oficialmente distinta. Es algo de lo que sí que puedo sentir que soy periodista. Parece que todo es más serio y ningún pecho, ni mis nalgas están a punto de escaparse. Hoy me he puesto un vestido liso negro con solapas anchas y botones que en la parte de arriba imita a una gabardina. Me siento poderosa, pero he de decirlo, también me siento sexy, aunque segundos antes de la conexión, Jean me ha dicho que me quitara la etiqueta del precio que colgaba de la parte de atrás del cuello... Claro, los disfraces no llevaban etiquetas y por eso no me he fijado.

Hemos decidido que el mejor lugar para dar la noticia era el imponente edificio de la compañía acusada. Es totalmente rectangular y acristalado. Tendrá por lo menos unos setenta y siete pisos y en la parte superior, aparece el logotipo de la empresa iluminado. Ese logotipo que he visto tantas veces en las cremas y potingues que me he puesto.

Jean me hace el gesto de que ya entramos en el aire y por el pinganillo oigo a Jessica cómo me da paso.

» *Muchas gracias, Jessica. Nos encontramos en las oficinas centrales de Bicôsie para daros una información en exclusiva sobre el caso del escándalo de la empresa Bicôsie. A pesar de lo que se ha dicho, queremos ser cautos a la hora de hablar sobre el tema. Hay muchos rumores que apuntan a que los Morrison son culpables de la desaparición de los millones de dólares, pero hasta que no haya sentencia, no podremos afirmar nada.*

Lo que queremos mostraros aquí y ahora, es este documento firmado por el máximo representante en este momento de la empresa acusada, Dexter

Morrison. En este documento, el susodicho afirma que, en caso de que la justicia dicte la sentencia y resulte que al final de todo, se demuestre que la familia Morrison han robado un solo dólar de los inversores, se compromete a devolver todo lo supuestamente robado con intereses. En el texto, también hay otro punto que, si todo lo dicho se cumple, Dexter Morrison, pagará la misma cantidad supuestamente robada a organizaciones caritativas.

Este documento, va a estar escaneado y disponible en la página web de la cadena.

Cierro la conexión sin que ningún borracho me diga ninguna obscenidad ni me siento avergonzada. El sentimiento es algo más raro, algo nuevo... es como si... fuera ¿orgullo? ¡Sí! Estoy orgullosa de mí misma.

Esta mañana cuando he llamado a Jessica y le he contado que necesitaba hacer una conexión en directo para dar una noticia no me ha puesto pegas incluso sin decirle lo que tenía. Después, sí que me ha preguntado y cuando ha sabido que tenía el documento y lo que contenía casi me ha besado los pies. Realmente ahora ya sabe lo que es tener una reportera que hace su trabajo porque me ha comentado que, si llega a saber antes mis recursos, me ponía en otros casos y le he aconsejado que nunca hay que prejuzgar. Cuando se lo he dicho, le he guiñado un ojo y le he disparado poniendo la mano en forma de pistola levantando una ceja vacilándole... Lástima que ha sido por teléfono y no me ha visto.

Necesito un día de reflexión y me parece que voy a dármelo.

Convoco un día de burritos extraordinario.

Me vendrá bien para aclararme un poco.

La camiseta de *LOST* está preparada y lista para la ocasión. Me encanta este uniforme, me siento muy bien. Es como si me quitara la presión de estar elegante o atractiva y esa imposición social se esfumara. Es el día

que, digamos, soy yo misma al cien por cien.

Llego diez minutos antes de que lleguen Kat y Jean, aparco y... ¡NO! No puede ser. Está cerrado. Me acerco a leer el cartel de la puerta y dice: NOS HEMOS TRASLADADO A LOS ÁNGELES. MÁS INFORMACIÓN EN NUESTRA PÁGINA WEB.

Vale, calma. Si salimos ahora llegaremos en cinco horas y media allí y estaremos de vuelta de madrugada. Lo acabo de decir y suena ridículo. Ahí vienen Jean y Kat.

—¡Chicos! Tengo una muy mala noticia.

—¿Qué ocurre Tricia?

—Han trasladado el restaurante a Los Ángeles. Ya no podremos quedar. Ya no habrá día de burritos. Nuestra amistad ha llegado a su fin. Adiós, amigos.

Puedo soportar que me menosprecien en el trabajo, puedo soportar que el chico con el que he sentido una atracción brutal sea intocable por el trabajo y además sea un delincuente, pero lo que no puedo soportar es que me quiten *El día de burritos*.

—¡No digas tonterías, Tricia! Nuestra amistad nunca se terminará.

—Es el fin —digo.

—¡Siempre tan trágica! —dice Jean sonriendo—. ¿Por qué no vamos a esa pizzería? A ti te encanta la pizza barbacoa ¿no?

—Mmm... No lo había pensado. —Ya vuelvo a encontrar la fe en la humanidad.

Entramos al local que se llama *La pizza buona*, lo que traducido quiere decir “La pizza buena”. Tal obviedad me da que pensar que el nombre lo ha puesto Dexter... ¡Ay, Dexter!

La elegancia brilla por su ausencia, pero el olor a pizza con mucho

orégano horneado lo compensa. Al fondo del “restaurante” hay un mostrador nada glamuroso y en el salón, unas mesas de plástico duro y sillas de aluminio.

Yo me pido una familiar de barbacoa y ellos otras dos, pero de cuatro quesos. Empiezo mi ritual de las pizzas. La primera vez que me comí una pizza no tenía ni idea, la partí en rayas horizontales, así que desde siempre tengo que hacerlo. Faustino, el dueño del local, me mira raro al hacerlo y mi cara de “Es mi pizza y me la como como quiero” lo disuade de decirme cualquier cosa. Le doy un bocado intentando que la saliva no me caiga del hambre que tengo.

La mejor pizza del mundo. La pizza más buena del planeta. ¿Día de burritos?, ¿qué es eso? Los cambios pueden ser muchas veces buenos y este es un claro ejemplo.

—Bueno, ves como una pizza también puede estar bien.

—Megh cangta —digo con la boca llena. Me mancho la camiseta, pero me da igual. Esta pizza te hace olvidarte de todos tus problemas. El gobierno la puede catalogar como droga.

—Ahora que ya estamos tranquilos quiero decirlos... ¡Enhorabuena!
—felicita Kat.

—¡Muchas gracias!

—Una pregunta, Tricia, ¿cómo has conseguido esa declaración si se puede saber? —dice Jean.

—Pues ayer estuve en casa de Dexter.

A la vez dejan de masticar y se quedan parados. Parece el “mannequin challenge”.

—¿¡Cómo!?! —dice Kat saltándole trocitos al preguntar.

—Pues ayer... pasé por casualidad con una furgoneta alquilada por lo

que resultó ser la casa de Dexter y allí vi unos papeles... y la furgoneta se estropeó... y llovía y de casualidad salió... y me invitó a su casa...

—Vale, ahora dinos la verdad. —No puedo mentirle a Jean, son muchos años trabajando juntos.

Les narro cómo fue la noche, lo de la basura y el vudú. Que dormí allí y que saqué pesquisas. Sí, pesquisas. También les cuento el desayuno con Peter, el abogado-amigo de Dexter y lo que me dijo de que todo apuntaba a que era un defraudador.

—¡Es genial, Tricia! Vuestra carrera a partir de ahora va a ir viento en popa.

—Sí...

—Pero ¿qué pasa? —pregunta Jean.

—Yo lo sé... —responde por mí Kat—. Es Dexter. Te gusta y te has llevado una decepción y por otra parte puede perjudicarte tu trabajo. Así que es imposible.

Agacho la cabeza. Con ellos no tengo casi que hablar y eso es una de las cosas más importantes en la amistad.

—Ayer lo pasé genial. Era como si nos conociéramos de toda la vida. Eso es lo que pasa...

—Lo mejor es dejar todo tal y como está y que el tiempo actúe. Aunque suene una frase hecha, el tiempo todo lo cura.

Y tiene razón. Es cierto.

Después de esa pizza que, por cierto, repito que estaba buenísima, necesitaba despejar aún más la mente y un capítulo de *Friends* hoy no iba a ser suficiente así que me voy a uno de los sitios más aislados del planeta. El cine *Gremlins* es una sala donde solo proyectan películas míticas de los setenta, ochenta y noventa como pueden ser *Regreso al futuro*, *Los Goonies*,

Los cazafantamas, entre otras muchas. Siempre que puedo vengo aquí a aclarar las ideas. Hoy hacen una de mis películas favoritas: *Grease*.

Y, por lo que veo, es uno de los días que más gente ha venido. Somos cuatro personas en una sala de casi cincuenta, no sé cómo sobrevive el negocio, me parece que de ayudas de la comunidad, porque si no, no me lo explico.

Me acomodo con mi caja de palomitas XL y mi refresco y me vibra el teléfono... ¡Me vibra el teléfono! ¡Será Dexter! Oh... mierda, será Dexter. ¿Qué querrá? ¿Querrá huir conmigo y habrá mandado el helicóptero a recogerme? ¿Querrá reírse de las supernenas? ¿No cerré bien la puerta?

Dexter dice: *Hola, Conejita... ¿Qué tal has dormido hoy?*

Yo: *Mmm... Hola... Carapedo...*

¿¡Carapedo!?! Voy a tener que obligarme a dejar este juego. Soy la persona más poco ingeniosa que puede haber en la faz de la tierra. Seguiré hablando como si nada...

...muy bien. Muchas gracias por el café.

Dexter dice: *Gracias a ti por hacerme pasar una buena noche. Me gustó estar contigo.*

Yo: *Siempre es un placer estar conmigo.*

¿¡Cómo!?! ¿Siempre es un placer estar conmigo? Si hay veces que yo misma con mis manías no me aguanto...

Dexter dice: *Me encanta tu sinceridad. Por cierto, te he visto en la tele informando de mi declaración. Va muy en serio. Estabas muy guapa...*

Pongo los emoticonos que tienen la cara sonrojada... Dice que se lo pasa muy bien conmigo, lo cual significa que soy una bufona, pero ¿lo de guapa? Esto no ayuda a aclararme las ideas. Voy a dejar de hablar con él y relajarme con los bailes de *Grease* que, por cierto, ya empieza porque veo a

Danny y a Sandy que van a entrar al instituto para hablar del verano pasado.

Yo: Muchas gracias por todo, Dexter. Pero te tengo que dejar.

Dexter dice: ¿Qué haces ahora mismo?

Yo: Mmm... he quedado con unos amigos para ir al cine.

Dexter dice: Ahh pillina, ¿Tu compañero Josh?

Mierda, todavía se acuerda de la mentira. ¿En qué líos me meto? Seguro que es mi malvada gemela mental, *Tracia*.

Yo: No, con él he quedado mañana para cenar. Hoy voy a pasar la noche con Danny y Sandy.

Vale, no es verdad, pero no le voy a decir que voy sola al cine a un chico que levanta un dedo y tiene a doscientas chicas. Es el flautista de Hamelin, pero con otro tipo de flauta.

Dexter dice: Vale, pásalo bien en el cine. Adiós.

Me acomodo en la butaca intentando no pensar en todo lo que me está pasando. No pienso en mi trabajo y en que Jessica está muy orgullosa de mí. No revivo una y otra vez los reconocimientos y agradecimientos. No pienso que todo se puede ir al garete si sigo en contacto con Dexter. Tampoco pienso en Dexter y que puede ser un gran ladrón, aunque no me lo parezca. Ni en que puede que me haya mentido en la cara. Ni en el verde de sus ojos, ni en sus hombros, ni en que me abalanzaría sobre su cuerpo y le haría... Buff.

¡Mierda! Estoy pensando y encima me estoy perdiendo la película.

Bien, ahora es cuando están en el taller y baila Danny.

Go grease lightning you're burning up the quarter mile

(Grease lightning go grease lightning)

¡Me desato! Es lo bueno que tiene este cine. Levanto los brazos imitando la coreografía señalando como hace John Travolta.

Go grease lightning you're coasting through the heat lap trial

(Grease lightning go grease lightning)

You are supreme...

Una mano se posa en mi hombro. ¿Quién osa molestarme en un momento tan...?

NO.

Acerco una mano para ver si es real y le toco la cara. Hace una mueca de extrañarse.

NO.

Bailando Greased Lightnin. Con una camiseta de LOST manchada de pizza. Con un moño hecho con un palillo chino. Así.

Así me está viendo en este momento Dexter. Ha venido.

—Hola, Tricia.

—Ho-hola.

CAPÍTULO 14

Sé que estoy abriendo los ojos y levantando las cejas porque me pregunto: ¿Cómo diablos me ha encontrado? ¿Tendrá espías? ¿Me estaría siguiendo? ¿Cómo consigue ese cuerpo, irá al gimnasio?

—Bailas muy bien, Sandy —dice sentándose a mi lado.

No puedo sentirme más avergonzada por cómo me acaba de encontrar. He tocado el techo de la vergüenza.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Pues venir a verte, está claro.

—Sí, ya, pero eso no explica cómo me has encontrado.

Casi podemos hablar a voz de grito, ya que la siguiente persona más cerca de nosotros es un hombre a nueve filas más abajo.

—¿Cine? ¿Sandy? ¿Danny? No hay que ser un detective para averiguar que el único cine de Estados Unidos que está poniendo esta película es este. Y casualmente pasé el otro día por delante de la puerta y me extrañó ver el cartel, con lo antigua que es.

—¿Te gusta *Grease*?

—No, nada. —Perfecto no hay nadie—. Pero todo el mundo conoce a los personajes de la película más tarareada de la historia. Y me apetecía despejar la cabeza y... verte.

Se me afloja la mandíbula y la barbilla es atraída hacia el suelo. No sé qué quiere decirme. No sé si tendrá miedo de que averigüe algo. No entiendo nada.

—Dexter...

—Sí, ya... —me interrumpe—. Sé que no es muy apropiado que nos

veamos, pero, quería que, por un momento, no hubiera problemas en mi vida.

A lo mejor, por un momento como dice él, es bueno apagar el sistema de pensar y disfrutar. Sin miedos, solo dos personas que van a disfrutar de la película.

—Pues que sepas que *Grease* es la mejor película para vaciarte la cabeza.

—Claro, no hay más que ver lo ridícula que es.

—¡Eh! No te pases o llamo a seguridad.

—El seguridad me dará la razón.

—Es una historia muy bonita.

—Verás, te voy a explicar la película y no me interrumpas...

Me encanta y ese es el problema. Estamos hablando ahora mismo de películas, en concreto de *Grease*, quizá podría incluso contarle alguna manía que tengo y no saldría despavorido y si resulta que al final es culpable y va a la cárcel, no me quedaría otro remedio que intentar entrar como jefa de seguridad del recinto carcelero para poder verlo todos los días...

Hoy viste informal. Lleva una camiseta azul lisa de manga corta que deja al descubierto sus brazos. Cada vez que habla los mueve y son hipnóticos con esas líneas que separan sus músculos que van desde sus fuertes manos hasta su bíceps... y la sonrisa que adorna cualquier cosa que salga por su boca. Creo que, aunque hablara de la vida de las bacterias en la prehistoria, sería interesante...

—No hace falta que me expliques nada de esa película, la he visto miles de veces...

—Pero no como yo te la voy a hacer ver.

—Inténtalo —le reto.

—*Grease* es la historia de una pija y un gamberro que se conocen en

verano, se salpican con las olas cogidos de la mano, dan vueltas sobre la arena de la playa en un atardecer y se despiden con un beso cutre y cursi. Vomitivo.

—¡Oye! —le interrumpo. Me enseña la palma para que no le interrumpa.

—Después de las vacaciones, vuelven al instituto y ella que es la mojigata del condado intenta encajar con las chicas más *guays* del instituto donde, ¡Oh, Dios mío! Ahí también estudia Danny, que es el *machote* más *guay* de todos y va haciendo bullying a los que llevan gafas de pasta. Luego hay una sucesión de peleas, burlas, y tretas típicas de adolescentes de más de treinta años donde no puede faltar el rubio pijo, las chicas malas. Total, que al final —continúa Dexter—, Danny y ella cambian de personalidad con la moraleja de que, no seas tú mismo para gustar a la otra persona. Todo superpredecible. Y ni un ápice de sexo en toda la película que, por lo menos, ahí es donde se hubiera puesto algo interesante.

—No estoy de acuerdo. —Mierda, creo que sí que estoy de acuerdo en casi todo.

—Tricia, mírame y dime en qué me equivoco. —No quiero mirarle. Por favor.

—En lo del beso. No es cutre como lo llamas y menos cursi.

—¡Por favor! —Dexter echa el cuerpo y la cabeza hacia atrás—. Es lo más penoso que puede haber en la tierra. Eso no es un beso de verdad.

—Y, ¿cómo sería? —pregunto. ¿Pregunto? ¿¡Qué digo!?! Se me acelera el corazón.

—Acércate —se gira hacia mí.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Quieres saber lo que es un beso de verdad?

Las palabras y el oxígeno me están faltando.

—¿A-aquí?

—Es un simple beso, no significa nada o, ¿nunca te has besado en un cine?

Está tranquilo, seguro que esto lo ha hecho miles de veces y no será nada para él. Quiero aguantar la compostura, pero en cualquier momento puedo desfallecer. Me está temblando todo y el corazón me late deprisa. Me fallan las rodillas... menos mal que estoy sentada.

—Claro, ¿por qué no? —intento decirle haciendo el esfuerzo para que no se me entrecorte la voz y sonar segura e indiferente—. A ver qué sabes hacer, Dex.

Se me seca la garganta de inmediato. Ahí viene.

Posa una mano sobre mi mejilla, es cálida y grande. Acaricia mi rostro y la desliza hacía mi pelo hundiendo los dedos entre los mechones. Se acerca cada vez más lentamente y noto ese aroma tan característico a Dexter. No puedo mover mis brazos, que se han quedado paralizados. Con la otra mano, me aparta un mechón y recorre mi cara con la mirada.

No puedo más...

Primero sus ojos se fijan en mi frente, luego en los míos haciendo que me dé una pequeña descarga en mi cuerpo hasta que finalmente me mira los labios. Me los humedezco pasándome la punta de la lengua entre ellos sabiendo lo que me espera.

Se acerca cada vez más. Noto su aliento.

Luego susurra con una voz pausada...

—Prepárate para el mejor beso de tu vida.

Sus dientes atrapan mi labio inferior. Una oleada de excitación me invade. Los músculos de mi cuerpo se tensan, incluso mis pezones se erizan y

suelto un gemido.

Él se separa para mirarme con una sonrisa de satisfacción. Lo está consiguiendo. *No pares, por favor*. Sus labios vuelven otra vez a mí y noto cómo su boca se entreabre acariciando mi lengua con la suya. Cada roce me estremezco y tiemblo. Hace que me olvide de todo. Cada vez es más profundo y húmedo. Su respiración es muy rápida.

No quiero que se acabe nunca.

Poco a poco se va separando mirándome a los ojos y sonriendo. Debo de tener las mejillas muy coloradas. En silencio se echa para atrás lentamente. No puedo decir nada y parece que él tampoco puede.

Ha sido increíble. Cuando ha dicho que era el mejor beso de tu vida, se ha quedado corto. Mi cerebro ha experimentado sensaciones que nunca creía que podía haber.

Pegamos nuestra espalda al respaldo y miramos fijamente la pantalla sin decirnos nada. De reojo, veo cómo sus manos se aferran con fuerza al reposabrazos de la butaca haciendo que se le hinchen las venas del brazo. Nunca llegué a imaginar que unas venas serían sexys.

Está serio y pensativo y no sé por qué. ¿Podría ser porque le ha gustado besarme?

La película está acabando y no hemos cambiado la expresión de la cara. No recuerdo casi las últimas escenas porque no he parado de pensar en lo que acababa de ocurrir y de mirar a Dexter de reojo. Estamos extrañamente incómodos.

Acaba la película y nos levantamos del asiento. Creo que es el día que más absorta he estado porque me ha sobrado la mitad de la caja de palomitas y eso jamás ha ocurrido.

—¿Coche volador? —dice al final rompiendo la tensión que habíamos

generado—. ¿Me puedes explicar qué sentido tiene que Sandy y Danny se suban a un coche y vuelen?

—Está muy claro.

—Venga, dime —dice frunciendo el ceño.

—Están tan enamorados que es casi mágico y por eso, los lleva al cielo de la felicidad. —Me invento.

—O, que todo está en la cabeza de Sandy que se ha tomado una droga muy dura y está flipando demasiado. Se le ha ido la cabeza y realmente está en un psiquiátrico.

Dexter se ríe. Continuamos hablando un rato más en la puerta del cine de las teorías de alienígenas, dioses y locuras sobre el final.

—Bueno, me lo he pasado muy bien viendo la película contigo.

—Sí, yo también.

¿Me va a besar?

—Tricia

—¿Qué? —¿Qué? ¿Qué quiere? ¿Qué? ¿¡QUÉ!?

—Suerte mañana con Josh. Pásalo bien.

¡MIERDA! No me acordaba que había *quedado* con Josh. Maldita boca.

—Gracias, la necesitaré. —¿¡Qué digo!? ¿Venderán filtros para la boca?—. Digo que siempre se necesita suerte para todo... ¿Y si me toca mañana la lotería? —Cállate, Tricia.

Sonríe, mi taxi ya está aquí. Dexter me mira con las manos en los bolsillos del pantalón. A regañadientes me meto dentro. Me voy faltando algo más...

Como una zombi entro en casa y automáticamente me voy a la cama con una sonrisilla sabiendo que hoy me han dado el mejor beso de mi vida.

CAPÍTULO 15

La alarma del teléfono me despierta con la música de la intro de *Sexo en Nueva York* haciendo que me crea que soy Sarah Jessica Parker, bueno en parte sí que soy como ella, sobre todo en el trozo que va toda mona con su vestidito andando por las calles de Nueva York y un autobús pisa un charco salpicándole y manchándola de arriba a abajo. Ahí sí que soy clavada a ella.

Me he levantado con una sonrisa muuuy pero que muuuy amplia. Es por el mejor beso de mi vida que recibí ayer. Es casi mejor que haber tenido sexo, lo que hace cuestionarme... cómo sería con Dexter y de repente me viene a la cabeza *parada cardíaca*. Mejor no pensarlo. También le he dicho a mi cerebro que, por unos momentos, no piense en que podría perder el trabajo que me ha costado tanto conseguir y que él puede ir a la cárcel.

Estoy feliz, estoy contenta, estoy...

¡Bueeenossss díass, mundo! —grito extendiendo los brazos y girando sobre mí misma cual personaje de Disney haría.

Unos golpes en la pared me hacen volver otra vez a la realidad. Me parece que mis vecinos están a punto de denunciarme por exceso de ruido o por vergüenza ajena.

Una nueva reunión de la cadena me espera.

Me pongo mi blusa azul vaporosa con un poquito de transparencia, mi falda tubular color hueso. Es de mis prendas favoritas, aunque con el poco espacio que me deja entre las piernas, tengo que dar el doble de pasos para llegar a cualquier sitio.

Cada vez el camino a la cadena tiene más color, está sobresaturado de intensidad. Aparco en el sitio que tenía Lorraine Callaghan lo que me hace

sonreír un poco más si cabe. Si sigo así me va a dar un tirón en los músculos faciales.

—Buenos días, Tricia. Hoy está usted especialmente radiante.

—Buenos días, Señor Parkinson. Usted no está especialmente radiante hoy porque siempre lo está.

Me hace un gesto de agradecimiento y me abre la puerta. Este hombre se merece lo mejor.

Me adentro hacia la sala de reuniones andando y pisando muy fuerte para hacerme de notar, lo malo es que estos zapatos hoy llevan una goma en la suela y el tacón y ahora sí que parezco un ninja.

Llego la primera y me siento en mi lugar de la mesa de siempre, pero lo encuentro distinto, con más seguridad y espero a que vengan mis *amados* compañeros. Aunque hoy tengo una misión por bocazas. Pedirle una cita al capullo de Josh de deportes. Sí, yo pidiendo una cita a Josh.

Metí la pata al decir que estaba quedando con él y no me gustaría que la mentira se hiciera más grande así que, por una cita nadie se ha muerto, ¿no? A ver cómo se comporta, ya que lleva echándome los trastos desde el día que lo conocí.

Saco de mi bolso todos los bártulos y los alineo milimétricamente como hacen las instagramers para hacer fotos a su desayuno.

—¡Hola, Michael! ¿Te has cortado el pelo?

Me contesta con un sonido indescriptible. Me encanta incomodarle.

—Muchas gracias por las lecciones de contabilidad. Me han servido de mucho.

—De nada. —¿Alguna vez se le secará la boca por hablar?

Oh, no. Tina de sociedad o lo que también puede ser un maniquí andante de ropa y complementos de marca, aunque no me extrañaría que

fueran todas falsificaciones porque el vestido a rayas diagonales de rojas y fucsias es de lo más feo que puede haber. Para denunciar al diseñador.

—Hola, Tricia —me dice. ¿Me dice? ¿Está terminal?

—Ho-hola, Tina.

—¿Qué tal? Felicidades por el reportaje y la investigación tan *guay* que estás llevando.

Ahhh, ya lo entiendo. Al tener asignado el reportaje de la noticia más importante de Estados Unidos en este momento, me tratan de forma distinta. Me encanta la hipocresía que hay en este mundo. Por cierto, años de carrera de periodismo para adjetivar a la investigación como *guay*.

—Muchas gracias, Tina —le contesto educadamente como hacía antes y lo seguiré haciendo a expensas del reportaje que esté haciendo.

—Me encanta tu blusa, ¿de qué firma es? —Lo que faltaba.

—Es de segunda mano de un rastrillo solidario que es de hace, por lo menos, diez años donde nací. —Al decirlo, noto una lucha interna en Tina que se debate entre el asco que puede darle una prenda que no es nueva, que la blusa tenga por lo menos diez años y el respeto que ahora se supone que me tiene que tener.

—¡Ya está aquí el que todos esperabais! —Oh qué a-le-grí-a, es Josh.

—Sí, te estábamos esperando con ansias —le contesto irónicamente.

Viene con unos vaqueros ceñidos marcando el paquete con orgullo y regocijo debajo de una camisa verde con tres botones desabrochados haciendo que una espesa esponja de pelos asome por su pecho como una ardilla.

—Hola, *Pastelito* —me llama intentando hacerse el machito.

—Hola, *Cipote*. —No. No me he equivocado. Esta vez lo he dicho queriendo. Es una estrategia arriesgada que espero que salga bien.

Tina se queda parada y me mira. Michael se queda parado y me mira, aunque es su estado natural y Josh se queda a medias de sacar su ordenador portátil de su funda.

—¿Có-cómo? —tartamudea poniéndose más rojo que el pimiento más colorado que puede existir.

—*Cipote*, he dicho. ¿No me dices nada, guapetón? —le digo.

Ahora se ha parado hasta el viento por lo que veo a través de la ventana. Espero que salga bien, o si no, ya no vuelvo a la cadena. Cogeré un vuelo a Yibuti y reharé mi vida.

Josh agacha la cabeza y sube los hombros lentamente y comienza a sudar como si estuviera en una sauna turca. Se sienta mientras se le van cayendo los lápices y bolígrafos varias veces por lo nervioso que se ha puesto.

—Al acabar la reunión te esperas que quiero hablar contigo, ¿vale, *machote*? —digo guiñándole un ojo.

—Va-va-va-le, Tri-Tri...

—...*cia* —le ayudo a acabar la frase ya que su tartamudez nerviosa hubiera hecho que acabáramos la reunión más tarde de lo normal.

Josh agacha la cabeza y mira a unos papeles en los que hace como si escribe para mantenerse ocupado.

Mi teoría se ha comprobado. Josh es un farsante. Es un ligoncete de pega. Sabía que si alguna chica le dijera algo más subido de tono no sabría cómo reaccionar. Es como esos perritos pequeños como los que lleva Paris Hilton en su bolso que no hacen más que ladrar y cuando te acercas huyen o agachan la cabeza. Años y años viendo cómo va de macho alfa y realmente era un peluche en manos de un bebé. Seguro que, si ahora mismo le digo que me limpie el coche, lo hará...

Llega Jean y doy palmaditas a la silla de mi lado para que se siente conmigo. Siempre, cómo no, trae una sonrisa. He de confesar, que en las mañanas de lunes que tengo mucho sueño y pocas ganas de trabajar, odio esa sonrisa. Me guiña un ojo y saluda a los demás que, —siendo novedad—, le devuelven el saludo lo que hace que saque el labio inferior y frunza el ceño.

Los demás participantes de la reunión también hacen su aparición haciéndonos más caso de lo normal. Todos menos el bueno de Steve que, como es habitual, me saluda subiéndose las gafas por el puente y yo me miro el brazo como siempre por la broma de *Prison Break*.

—¡Hola, chicos! —dice Jessica con su habitual estado de estrés descargando su bolso y varios papeles.

Todos la saludan como buenos chicos de guardería. La mamá Jess les va a dar sus tareas.

—Tengo que daros una noticia muy buena —continúa Jessica—. He de deciros que tenemos las mejores audiencias de la historia de la cadena. —Se oye un murmullo general—. Y eso es gracias a la noticia del año, la que está cubriendo Tricia que lo está haciendo de maravilla.

Jessica me señala y levanto la mano. Soy interesante, soy perspicaz, soy muy buena.

—Jijiji. —¡Mierda! Nunca me acostumbro a los cumpleaños y me sale esta sonrisilla tan estúpida—. Gracias, Jessi —¿Jessi? Tricia, por favor. No hables más.

Todos me observan con admiración.

—Así que, como es lógico, centraremos las noticias en torno a Bicôsie. ¡Tina!

—¿Sí, Jessica?

—Esta semana, en la sección de sociedad, te vas a centrar en todas las

relaciones y fiestas que ha tenido Dexter Morrison.

Me da una pequeña descarga en el estómago al oír el nombre de Dexter y relaciones en la misma frase.

—Perfecto, Jessica —contesta Tina.

—Tú, Steve, investiga si le gusta alguna película, ha estado relacionado con el cine o algo...

—Sí, jefa.

—¡Josh! —dice Jessica señalándole.

Él no contesta, solo mira hacia arriba y levanta una mano.

—¿Josh? ¿Estás bien? —pregunta Jessica.

Asiente con la cabeza. Parece otra persona. Sonríe por mi plan.

—Pareces un poco... menos tú... en fin.

—No... Yo es que...

—Ha dormido muy poco —interrumpo—. Me ha dicho antes que ha estado de fiesta y ya sabes lo cabeza loca que es Josh.

Él me sonrío y enseguida baja la cabeza. En serio, nunca había visto así a Josh. Parece que está en shock.

—Si es que eres todo un *Don Juan* —dice Jessica. Él vuelve a asentir—. Bueno, tú tendrás que ver qué deportes le gustan y si alguna vez ha ido a algún acto o cualquier cosa que se te ocurra.

Jean también me mira extrañado porque no entiende nada de lo que está pasando. Más tarde se lo contaré.

—De de... acuerdo —logra decir.

Me encanta que la cadena gire alrededor de la noticia principal y que sea yo la que la esté llevando. Eso me enorgullece, pero a la vez me pone un poco más nerviosa ya que tengo que estar a la altura. Sé que puedo estar, pero hay otra parte de mí que la puede cagar y es un poco difícil de controlar.

Mucho tiempo me ha llevado estar aquí.

—También quería decirles que he hablado con Lorraine y me ha dicho que se encuentra mejor. —No puede ser, ¿ha perdido su preciado apellido? ¿Se lo habrán tenido que amputar?—. Y que tiene muchas ganas de venir pero que ahora quiere otro tipo de reportajes. En concreto los que se te asignaban a ti, Tricia.

—¿Los míos? —pregunto haciéndome la sorprendida. Todos los participantes fruncen el ceño también.

—Sí, así que es perfecto para las reasignaciones.

La reunión acaba y cada uno se va con su tarea relacionada con Bicôsie. Noto la presión en mi pecho por la responsabilidad que debo. Todo lo contrario a cuando en Texas fui a cubrir la noticia del concurso de comer más ortigas... Sí, es real y el ganador comió 23 ramas de esta planta. Tuve que *investigar* e informar que este concurso tenía origen en Inglaterra y lo habíamos importado aquí.

También le he dicho a Steve que, cuando investigué, saqué la información de que a Dexter no le gustan los musicales y menos *Grease*.

Y ahora toca hablar con Josh... lo que me hace suspirar.

Está en el parking abrazando su carpeta y su portátil. Menos mal que no está forrada con grupos musicales porque parecería un adolescente.

—Hola, Josh.

—Ho-hola, Tricia.

—Siempre me estás diciendo cosas como “*Ay si te cojo*” o “*Si quisieras, pasarías la mejor noche de tu vida*”. —Y eso es lo más normal que puedo recordar.

Por lo visto a Josh le están ardiendo las mejillas.

—Bueno... es que...

—¿Quieres que esta noche quedemos para cenar?

Josh se echa para atrás, abre los ojos de par en par y se tensa mucho.

—Cla-claro, que sssí —titubea—, ne-ne-na.

Aun invadido por la vergüenza incluso quiere ir de machote. Patético.

—Pues entonces quedamos en el restaurante francés Le Atmosphère a las ocho.

—¡Vale! —dice nervioso—. ¿Qué me pongo?

—¿Cómo? —¿Está preguntando que qué ropa se pone? Parece un globo rojo a punto de explotar.

—Que... que... me pones, digo... —intenta arreglarlo y me entra la risa—. Que me pones bu-burro, ne-nena.

Qué lastimica está dando el ligón de pacotilla.

—Me alegro. Entonces a las ocho allí, ¿vale?

Asiente. Mejor, así no habla más.

CAPÍTULO 16

Jean no ha parado de reír en toda la tarde. Le he contado que Josh parecía Steve Urkel en la serie *Cosas de casa* y que abrazaba fuerte la carpeta. También que tartamudeaba y me ha dicho que la próxima vez que ponga una cámara oculta para que lo pudiera ver con sus propios ojos.

Le he contado que Dexter vino al cine y que vimos *Grease*, por cierto, Jean piensa lo mismo de la película y dice que está sobrevalorada. Tengo que volver a plantearme la amistad con él. Le he omitido ciertos detalles que ocurrieron allí ya que no tienen ni la menor importancia como que el sonido de la película estaba remasterizado, las palomitas un poco saladas y que el gestor de la empresa que ahora mismo estaba siendo investigada por desvío de fondos de inversores me dio el mejor beso de mi vida y por consiguiente, me estaba jugando mi puesto de trabajo y el de él.

Me ha aconsejado que tenga cuidado y que se alegra mucho por mí y por todo lo que estamos consiguiendo y me ha deseado *suerte* para la cita.

Dexter se ha interesado también por la cita. Me ha preguntado a qué restaurante iba a ir y le he dicho que al francés Le Atmosphère. Quizá lo ha consultado porque, como es multimillonario, quiere pagar todas las mesas del restaurante para que solo esté la mía con la de Josh, entonces él entrará y dirá: “*Ni se te ocurra ponerle la mano a esa mujer, es el amor de mi vida*”. Señalará la puerta y Josh obedecerá. Traerán toda la carta para que lo pruebe todo y elija. Cuando acabemos de cenar, un helicóptero nos esperará y nos llevará a lo alto del edificio de su empresa decorado con guirnaldas y haremos el amor hasta el amanecer... Sí, será eso, lo normal.

Como siempre, llego con media hora de antelación, pero ¿qué ven mis

ojos? El tardón de Josh ya está en la puerta del restaurante. Parece que esté desenfocado, pero no, es que de los nervios se mueve muy deprisa mirando el reloj cada dos segundos. Va con un traje gris claro y una camisa blanca y con sus, esta vez creo que, cuatro botones desabrochados. Si no fuera por ese detalle sería hasta elegante.

Yo me he puesto un vestido negro muy ceñido con una falda corta y un escote bastante pronunciado. Pobrecillo, se va a bloquear.

Esta vez al acercarme los tacones me delatan y me mira. Vuelve a abrir los ojos más de lo normal. No sonrío.

—Hola, Josh.

—Hola, tía buena. —¿Tía buena? ¡Me parto! Lo entiendo, está tan nervioso que le traiciona el subconsciente y dice tonterías. Me entra la risa.

—Mmmm... gracias... tío bueno...

—jejejeje —se ríe torpemente y vergonzosamente. Seguro que está luchando con su hermano gemelo mental. Cómo lo comprendo. La cara que tiene es de pánico.

—Bueno, ¿entramos? —le digo.

—Claro. Sí. Vale. Bueno, digo... yo a ti sí que te voy a entrar, nena... —Cómo ha cambiado el cuento, ahora ya no me indigna, ahora cuando habla siento una mezcla entre gracia, y vergüenza ajena.

Lo fulmino con la mirada y él dirige sus ojos hacia el suelo. Creo que ha dicho perdón por lo bajo.

Nos asignan una mesa bastante elegante y por el camino le ha dado varias patadas sin querer a sillas. Creo que no está controlando su cuerpo.

—Me alegra que hayas querido venir —le digo—. Más allá del deporte y tus comentarios groseros, no conozco nada de ti.

—Sí... —dice forzándose—. Pues luego... te presentaré a una amiga

que tengo abajo.

Nada más hacer el comentario se pone colorado como un tomate y yo me echo a reír.

—Josh —me mira como un perrito obediente—. No me voy a acostar contigo ni me vas a presentar nada más, ¿vale? Así que relájate un poco.

—Vale, perdón. —Esta vez sí que le he oído el perdón.

Me vibra el teléfono. ¡Es Dexter! Estará echando la gasolina al helicóptero...

Dexter dice: *¿Qué tal va la cita?*

Yo: *¡Genial! Aunque todavía no hemos pedido... ¿Qué haces tú? Seguro que estás viendo Dirty Dancing...*

Dexter dice: *Claro, esa y luego la de Mamma mía. Haré un maratón de musicales que me encantan...*

Yo: *¿Sí?*

Dexter dice: *NO. Ya sabes que los odio... Estoy relajándome un poco en pijama y viendo la tele comiendo pizza.*

¿Esto es la vida real? Dexter viendo la tele en pijama y comiendo pizza. Es la escena más sexy que puedo imaginarme. Para otras chicas sería con un látigo, sin camiseta y con el cuerpo sudado, pero para mí es esa. No saldría vivo si lo pilló así...

Dexter dice: *¿Tú que llevas puesto?*

¡Joder! Me estoy poniendo cachonda en la cita y no por el chico que tengo enfrente. Y eso que solo me ha preguntado que qué llevo puesto.

Yo: *Pues un vestidito corto muy mono. Algo sencillo...*

Dexter dice: *Vale, si quieres algún día me lo enseñas y así me hago una idea...*

Yo: *Y, ¿por qué lo quieres ver?*

Dexter dice: *Porque no me lo creo mucho que hoy tengas una cita...*

Ahhh vale, es por eso por lo que me pregunta tanto. Sospecharía algo cuando le dije que tenía una cita con Josh, en ese momento era mentira, pero ahora no.

Yo: *¿Cómo puedes creer que soy una mentirosa? Ahora cuando me traigan el menú te lo enseño.*

Dexter dice: *Si es verdad, no te tendría que ir tan bien la cita porque estás hablando conmigo y eso es de mala educación...*

¡Mierda! Es listo... y yo torpe... Una pareja perfecta... Vale ya de ensoñar... ¡Contéstale, Tricia!

Yo: *Te tengo que dejar, que viene el camarero.*

Es verdad, estoy siendo una maleducada, pero es que es Dexter el que me está hablando... Josh está mirando a todos los lados nervioso.

Viene el camarero y yo pido un confit canard y un tartar de atún. Él está mirando la carta alzando una ceja y veo que dice Tête de veau de primero y de segundo Couilles de Mouton. Menos mal que me ha dejado pedir el vino. El camarero se va apuntando lo que acabamos de pedir.

—¿Vienes mucho a los restaurantes franceses? —le pregunto para conversar un poco.

—Sí, soy casi experto en comida francesa.

—A mí es que, llámame rara, comer sesos de vaca y cojones de corderito no me gustan mucho...

—¡Buagh! ¡Qué puto asco!

—Pues es lo que acabas de pedir...

Se le queda la cara casi de cera y frunce el ceño. Creo que en cualquier momento puede que lllore.

—Sí... pero es que aquí...

—Josh —le interrumpo—. Estate tranquilo. Sé tú mismo. Te he dicho en serio que entre tú y yo jamás va a haber nada. Desde hace poco, he visto cómo eres y ahora me caes bien así que no tienes por qué mentir ni esforzarte...

Se queda parado y veo cómo le cae una lagrimita...

—Gracias, Tricia... —dice a la vez que suspira—. La verdad es que no soy como aparento...

—No, si ya te he visto.

—Es que soy muy tímido con las chicas y hago lo que veo en las películas y el chico chulo siempre gana.

—Ya lo sé y hasta hace poco, me dabas asco. Fíjate si lo estabas haciendo bien... —Ahora ya está mucho más tranquilo—. Y he visto cómo miras a Tina la de sociedad y sé que te gusta mucho...

—Sí... ¿Cómo sabes todo eso?

—Es que observo mucho... y te voy a dar consejos.

—Muchas gracias, nena.

—Mira, el primero que te voy a dar es que nunca salga por tu boca la palabra nena. Lo dices de una forma que da miedo y repulsión a la vez...

—Vale, lo apunto.

Me vuelve a vibrar el teléfono.

Dexter dice: *No te olvides de la foto, o ¿es que no tienes cita?*

—Perdona que mire tanto el teléfono, pero es que es una fuente que me está dando datos acerca de Los Morrison —le digo sin mentir.

El camarero nos trae la comida que tiene una pinta muy buena. Nada más traerla, cojo el teléfono y hago una foto a la mesa mostrando mis platos y se la envío a Dexter para que se calle.

Noto vibrar otra vez. Luego lo leeré, estará disculpándose por ver que

es verdad que tengo una cita.

La noche va mucho mejor ahora. Es como si se hubiera ido el Josh de pacotilla y hubiera un chico real, aunque no sería mi tipo. Se está convirtiendo en un amigo. Le explico que llamar a las chicas, pastelito, chochete, felpudito, tetitas lindas y cosas así no hacen el efecto de enamorar sino todo lo contrario. Le asesoro también en una cuestión casi básica, es que, por el bien de la humanidad, no saque a pasear el mapache que lleva en el pecho y se cierre por lo menos dos botones.

—Y que sepas, Josh, que tú también le gustas a Tina.

—¿Yo? ¿Por qué dices eso?

—Ya te he dicho que soy muy observadora y me quedo con todo. Ella es un poco como tú. Muy insegura.

—¿Insegura? Pero si es muy guapa.

Bien, ya no usa el término *tía buena* ni *cañón*.

—Si te fijas, siempre va perfecta. Nunca la verás repetir modelito ni la verás tampoco sin maquillaje.

—Es verdad.

—Es un caso de falta de autoestima. No se maquilla para estar guapa, sino para camuflar su verdadero yo. Es como haces tú con las bromas a las chicas.

—No lo había visto así.

—Así que, le dices a Tina un día...

Le sigo dando consejos a Josh y el asiente. Creo que le encantaría estar en un pupitre y tener una libreta para apuntar todo lo que debe de hacer. Mientras, he compartido mi comida con él para que comiera algo. Se ha levantado para ir al baño y ahora ya, más tranquilo, no se va tropezando con las patas de las sillas.

Por cierto, voy a mirar qué dice Dexter. A ver si está poniendo las guirnaldas en el edificio y ya está esperando...

***Dexter dice:** Mmmm... me encanta y el confit y el tartar también. Por cierto, me pareció ver un lindo gatito...*

¿Qué diablos querrá decir? Está loco... y... si le gusta el confit y el tartar... ¿qué es lo otro que le gusta? Voy a mirar la foto a ver qué se me ha pasad... ¡MIERDA! Mierda, mierda... no. La raja del vestido ha dejado al descubierto mis braguitas de... ¡PIOLÍN! Ya está, me voy del planeta. Adiós, terrícolas.

Cómo puedo haber sido tan tonta de no revisar bien la foto. Se me ha subido la falda y se me han visto las bragas menos sexuales de todo el universo y las ha visto. Bueno, ahora que pienso, ya lleva la de las supernenas y estas. Ya ni me verá como una amiga, sino como una hermana de una amiga de la prima lejana...

—¿Estás bien? —me pregunta Josh sin añadir conejita ni cuchi-cuchi en la frase...

—Sí, es que soy especialista en meter la pata.

—Ya.

—¡Ah! Gracias —ironizo.

—No te lo tomes a mal ni pienses nada raro, pero es algo tuyo que gusta mucho y te hace muy atractiva.

Un cumplido de Josh en el que no están las palabras, rebotan ni azote... buen trabajo, Tricia.

—Ah, muchas gracias... jijiji.

Entonces no está todo perdido. Lo que quiere decir... está cachondo... Vale, ya.

Nos terminamos mi cena y le decimos al camarero que nos ponga lo

que ha sobrado para llevar, o sea, los huevos de cabritillo y los sesos de vaca. En cuanto salimos buscamos una colonia de gatos y los alimentamos, aunque ellos también se piensan si comer. Al final, me lo he pasado bien con Josh, es otra persona totalmente distinta a la que conocía hasta hace poco. Le digo que alguna vez lo invitaré a la noche de burritos y le explico que ya no hay burritos. Ahí podremos aconsejarle sobre Tina y sus marcas. Para acabar, le hago otro regalo y le digo que el equipo preferido de Dexter son los Patriots y que también le gusta esquiar...

CAPÍTULO 17

Hoy me apetece desayunar algo distinto. Me he despertado de buen humor, pero no tanto como ayer. El mejor beso de tu vida no te lo dan todos los días... Creo que tranquilamente me iré a tomar algo.

Cojo el coche sin ningún rumbo fijo y... ¡Oh! Qué casualidad, he acabado en el pueblo donde tiene la otra vivienda Dexter. Qué cosas tiene el cerebro y su consciencia, digo, su inconsciencia... Justamente he pasado por su casa, pero no he visto nada. Ninguna transparencia en las cortinas donde se pueda ver su silueta semidesnuda, ni nada por el estilo. Es información valiosa para la noticia.

Recuerdo el lugar de las tortitas de la señora Thompson. Empiezo a salivar y creo que me voy a atragantar con tanto líquido. Me gusta desayunar sola. Así puedo pensar en mis cosas y sobre todo, puedo comer lo que quiera, hasta reventar, sin tener que dar explicaciones.

Me siento en la mesa que da a la cristalera para observar a los transeúntes pasar bueno, más bien, cotillear la ropa y a ellos. Que se vayan familiarizando con mi cara en este local porque aquí tiene una clienta que va a venir muy a menudo.

La dueña viene a tomar nota.

—Hola, señora Thompson.

—Hola, joven.

—He de decir que me encantan sus tortitas y que son las mejores que he probado en mi vida.

—¡Muchas gracias!

—Así que, si es tan amable, póngame unas diez.

—Para llevar, ¿no? —Cree que son para más personas...

—No, para tomar aquí...

Todos los dueños de los bares me miran raro cuando pido, pero es que cuando me gusta algo, me gusta de verdad. Me viene a la cabeza Dexter.

Desabrocho el botón de mi pantalón sin que nadie más me vea. Me las he comido todas y todavía podría comer muchas más. Cuando el otro día vi que Peter se dejó un par, me dieron ganas de gritarle: “¡Cómetelas, maldita sea!” pero no hubiera estado bien. Recuerdo lo afectado que estaba porque todas las pruebas apuntan a que su amigo es el culpable. Ojalá se solucione pronto.

La señora Thompson se ha acercado a charlar un rato y dice que lleva más de cincuenta y dos años haciendo tortitas y que conoce a todos los habitantes del pueblo. Le he preguntado acerca de Dexter y su familia y me ha dicho que eran unas personas intachables. Que conocía la noticia de Bicôsie y que no le cabía duda de que eran inocentes. Cito textualmente: “Tenían mucho dinero, pero no eran derrochadores, incluso ayudaban a los más necesitados del pueblo sin proclamar a los cuatro vientos que eran solidarios”. Esperemos que no se lleve ninguna decepción de la familia Morrison.

Ese... ese... ¿Es Dexter? A través de la cristalera estoy viendo un coche negro y dentro parece que es él. ¡SÍ, ES ÉL! Pero ¿dónde va? Dijo que hoy quería tomarse el día libre. Ese es el camino contrario a su empresa... Voy a seguirlo, quizá me dé alguna pista. Menos mal que me he comido todas las tortitas, ya que tendría que acabármelas, perdería tiempo y no podría seguirlo. Lo primero es lo primero.

Me levanto apresuradamente y le dejo un billete a la señora Thompson.

—¡Quédese el cambio! —Tenía muchas ganas de hacer eso como en las películas, aunque... ¡Maldición! Le he dado un billete de cien dólares...
Nota mental: Nunca más hacerlo.

Está parado en el semáforo, lo que me da tiempo a ir corriendo al coche. Me pongo las gafas de sol para camuflarme y me digo mentalmente: *¡Rápido, siga a ese coche! ¡No hay tiempo para explicaciones!* Ojalá sonara música de persecución.

Lentamente conduzco y me sitúo detrás de su maletero. Su coche es turismo bastante normalito de color azul oscuro. Nada ostentoso. La luz del semáforo se pone verde y le sigo. Serpentea un poco por las calles del pueblo que, por suerte, no está muy concurrido y hace que no lo pierda de vista. Finalmente gira a la izquierda y se para en otro semáforo que desemboca a una carretera bastante solitaria y yo me paro detrás de él.

Pero ¿qué narices hace? Acaba de poner las luces de emergencia y está maniobrando y echa marcha atrás... ¡Se ha puesto en el carril de mi izquierda! Baja la ventanilla... Oh, mier-da.

—¡Uy! Hola, Dexter —me adelanto a hablar—. ¡Qué casualidad!

Está sonriendo de medio lado y con la mano izquierda en el volante, parece otro anuncio. Si lo echaran por la tele lo grabaría.

—Sí, qué casualidad... —Creo que ironiza—. No he sospechado del coche que lleva siguiéndome media hora a menos de medio metro...

—Yo es que...

—No te preocupes, es tu trabajo... —¡Qué comprensivo!—. ¿Estás hoy ocupada?

Creo que Rachel, Ross, Phoebe y los demás entenderán que hoy no puedo estar con ellos...

—No...

—Pues aparca y acompáñame que tengo que ir a un lugar.

Asiento muy rápido con la cabeza y obedezco sin pensármelo. Creo que tengo que ser un poco menos fácil. ¡Qué emocionante! De aventuras con Dexter.

Su coche huele a limpio, está muy ordenado y no hay ningún tipo de mota de polvo en el salpicadero, ni un ticket de parking, ni ninguna bolsa vacía de patatas fritas. Es como si viniera ahora mismo del concesionario.

—Pero, ahora que lo pienso, no es bueno que nos vean juntos. Cualquier noticia que diera tuya perdería credibilidad.

—No te preocupes, ponte esta gorra. Nadie nos mirará.

Es una gorra de los Patriots azul marina y con el escudo en la frente y con las gafas de sol, sí que doy el pego. Mis pulsaciones se han acelerado porque parecemos dos fugitivos y porque Dexter está a mi lado. Él también lleva unas gafas de sol y lleva una camiseta color verde militar un poco apretada en los hombros, no sé muy bien qué tipo de pantalones lleva porque si miro abajo creo que me pondré a sudar. Continúa con el brazo en el volante lo que hace que músculos que no conocía antes, salgan.

—Bueno, ¿has venido tú sola o con Piolín? —bromea.

—Qué capullo que eres. No tenías que mirar ahí, solo a la cena.

—Mmm...Es que me parecieron muy sugestivas —dice guiñándome un ojo. ¿Lo habrá dicho en serio? Tricia, no eres modelo...

—Claro, Piolín siempre ha sido un icono del sexo como Marilyn Monroe. Por cierto, ¿adónde te estoy acompañando?

—Posiblemente no sea nada, pero tengo una corazonada sobre unos recibos.

—¿Unos recibos?

—Sí, son unas facturas de un restaurante que están cargadas a nombre

de la empresa. Posiblemente será todo normal como me ha dicho Peter, pero me he quedado con la duda.

—¡Pues vamos allá! —digo entusiasmada.

Me mira y sonrío. Estar sentada a su lado me gusta. Podría fingir que vamos al supermercado y comprar los cereales para el desayuno que le encantan...

—¿Y cómo sabías que iba a salir hoy por esa zona? —pregunta intrigado.

—Si te digo la verdad, no lo sabía. El otro día, desayuné en un sitio donde hacen unas tortitas muy buenas.

—¿En el de la señora Thompson? —Si lo pregunta es porque que su amigo Peter no le dijo que fuimos a desayunar.

—¡Sí! Es encantadora.

—Ahí hemos desayunado mi familia y yo durante años...

El camino es largo, pero como siempre, no paramos de hablar todo el tiempo. En los cruces donde tiene que prestar más atención a la carretera aprovecho para mirarle y repasar su cuerpo entero con la mirada ya que con la lengua no puedo...

—¿Y qué tal la cena con Josh?

—¿Y por qué te interesa mi cita? —le pregunto. ¿Por qué?, ¿eh?, ¿por qué?

—No me interesas tú. Nada. —Mierda. ¿Para qué pregunto?

—¿Entonces?

—Me interesa Piolín —dice riéndose—. Si salió de la jaula...

Ojalá siempre se estuviera riéndose...

—Oye, no te burles que todas no somos modelos de ropa interior como Ava Bourguignon y todas las superchicas con las que estás

acostumbrado a estar. Hay algunas que somos terrícolas y nos ponemos braguitas normales.

—¿Y qué culpa tengo yo? Soy la víctima en este caso... Yo soy un pobre chico que solo quiere amor... —dice irónicamente poniendo vocecilla.

—Claro, un pobre hombre guapo, que tiene mucho dinero, es un empresario de éxito y cada poco tiempo está con una mujer diferente... —
¡Hala! Ya se lo he soltado.

—Yo solo les digo lo que quieren oír. —Me gustaría besar el hoyuelo que le sale con esa media sonrisa—. Unos simples cumplidos y prácticamente está todo hecho...

—Muy listo —replico irónica.

—Pero ninguna dirá nunca nada malo de mí. Siempre voy de frente y aviso que no quiero relaciones serias con ellas si realmente no quiero nada con ellas.

Eso sí que es verdad. En la documentación que hice en la biblioteca acerca de sus relaciones personales (muy necesaria, por cierto), ninguna chica habló mal de él. Decían que él siempre las avisaba y que siempre estaba muy atento con ellas y que ojalá los momentos con él nunca hubieran acabado. Las entiendo.

—Una pregunta muy importante sobre lo que acabas de decir.

—Dispara.

—Entonces, ¿te parezco guapo?

Un calor repentino sube por mi cuello. ¡Estoy a punto de explotar del rubor!

—Emmm no... no digo eso.

—¿Ah, no te parezco guapo?

—Bueno... sí —titubeo. ¡Maldita sea!

—¿Sí, nena? —bromea guiñándome un ojo. A él sí que le queda bien esa expresión.

—Bueno, lo dicen las revistas... —logro decir al fin.

—No te preocupes. Solo quería incomodarte.

—Pues no lo has conseguido —miento.

—Sé que no estoy nada mal —dice.

—¡Qué creído! —exclamó mirándolo.

—A ver, no soy perfecto, pero uno debería estar contento con lo que tiene, ¿no piensas lo mismo? Mírate —Pasea la vista por mi rostro antes de fijarla de nuevo en la carretera—. Eres guapa. Y lista. También la chica más divertida e impredecible que he conocido...

—Jijiji. —Ya me estoy poniendo nerviosita.

Es básicamente lo contrario a una risa más *sexy*.

Pero a él parece hacerle gracia y veo cómo sonrío mientras se le forman unas arruguitas alrededor de los ojos que sobresalen del contorno de las gafas de sol.

—¡Cuidado! —adviento entonces.

Menos mal. Una manada de caballos salvajes está cruzando por la carretera y Dexter ha tenido que frenar en seco. Los he salvado y ellos me han salvado a mí de la situación tan incómoda ¡Gracias, caballitos!

Son unos diez y están cruzando a toda velocidad galopando a través de campo abierto dejando una estela de polvo.

—Me encantan los caballos —le cuento—. Cuando era una niña, casi todos los días montaba un rato. Creo que era el mejor momento.

—¿Tenías caballos de pequeña?

—Por el negocio de mis padres.

—¿Teníais un establo?

—No. —No quiero decirle más.

—¿Una escuela de hípica?

—No.

—Veo que no te gusta hablar de ello, vaquera...

—Es que era una mierda... —*Literalmente*.

—Bueno, pues nada. Cambiemos de tema.

Él me había incomodado antes y ahora era mi turno. Cogí el mando de la música y le puse las *100 mejores canciones para incomodar* que era una lista que tenía de música muy *random*. En primer lugar, Britney Spears, donde me desaté cantando *Baby one more time*, después continué con *Follow de leader* de The Soca Boys y varias de Shakira entre otras.

—Vale, creo que ya me has torturado bastante...

—No lo suficiente... —bromeo.

—Bueno, no falta mucho para llegar.

Ahora que levanto la vista, esto me suena... No puede ser. Estaba tan absorta con el movimiento de caderas y cantando que no me he dado cuenta... No sé si la gorra y las gafas serán suficiente para que no me reconozcan, aunque creo que será imposible. Hemos llegado al pueblo donde nací y me conocen todos...

Mierda.

CAPÍTULO 18

Hago que mi culo resbale por el asiento para que mi cabeza deje de estar a la altura de la ventanilla. No quiero que nadie me vea. De las más de treinta mil ciudades y pueblos que hay en Estados Unidos, la casualidad nos ha traído al pueblo donde nací. Luker Valley, el pueblo donde dejé mi pasado atrás. ¿Qué te he hecho yo, destino? ¿Por qué me odias?

—¿Tricia? ¿Estás bien? ¿Pareces un globo deshinchándose?

—Mmmm... no... todo va bien.

Dexter mira alrededor en cuanto entramos en el pueblo.

—¿Conoces este lugar?

—Mmmm.. no... todo va bien —vuelvo a decir. No me salen más palabras.

Él se ríe de mi ataque de vergüenza.

—Pues entonces salgamos a la gasolinera, que tenemos que repostar y de paso, compramos comida...

—Mmm... no. Todo va bien... —Se vuelve a reír.

—¡Vamos!

—Dexter, sí que lo conozco.

—¿No me digas? —ironiza.

—Es el pueblo donde nací...

—¿Y te torturaron?

—No, pero...

—Así veré dónde ha crecido mi periodista favorita.

Me convence. Tiene un poder sobre mí que me supera.

Espero que con las gafas no me reconozcan. Lo bueno de todo, es que

podré coger patatas fritas y aperitivos, aunque pase vergüenza. Entramos en la gasolinera y veo en el mostrador... ¡No! Es Brittany Summers, la antigua animadora del instituto y que todos veneraban. Está con las mismas coletas que se hacía con quince años, pero ahora le queda mucho menos pelo y con la cara muy arrugada, lo que me hace deducir que ha abusado de sustancias ilegales.

Me interno en los pasillos cogiendo varios paquetes y galletas. Dexter ha cogido una manzana y un sándwich de atún con verduras. Todo cuadra con el cuerpo que tiene. Nos acercamos al mostrador y Brittany nos recibe con una explosión de una pompa de chicle. Se le ha quedado un trocito pegado en la mejilla. Una parte de mí se alegra de lo patética que ha acabado ya que me hacía un poco la vida imposible. Bueno, una parte de mí no, toda entera.

—¿Qué *querais*? —dice Brittany masticando con la boca abierta y con un *dominio* del lenguaje brutal.

—Buenos días —contesta Dexter—. Queremos el depósito lleno...

Ella nos repasa de arriba a abajo con la mirada sin ningún tipo de discreción. Y no solo una, sino varias pasadas deteniéndose en mi cara. No, por favor, que no me reconozca...

—¡Justiiiiiiiiiiiiinnn! —grita mientras le salen gotitas superagradables de su boca. Sigue mirándome.

—¡Quéééé! —Se oye una voz al fondo. Este será el WIFI que conocen aquí.

—¡Sal para *echa* petróleo al carro de fuera! —Definitivamente es un diccionario andante.

—Y esto también —digo descargando todas las bolsitas. Cada vez me mira más fijamente...

—Yo a ti te conozco... —Entorna los ojos fijándose más en mí.

—No creo...

—Sí... ¡Eres Tricia la *Quitas*!

—Bueno...

—¡Juuussssstiiiiinnnn! —Vuelve a llamarlo—. Está aquí Tricia la *Quitas* y parece una *astriz* de Hollywood.

¡Qué vergüenza! Me entran ganas de tirar una cerilla a los surtidores de fuera para que explote todo y se acabe este sufrimiento... Dexter está disfrutando del espectáculo tan lamentable. Creo que en cualquier momento puede abrir un paquete de palomitas y vernos.

—¡Mira, está la *Quitas*! —dice saliendo de detrás del mostrador y abrazándome. Yo dejo los brazos muertos, pero ella aprieta. Huele a laca del pelo.

Sale Justin o eso creo. El Justin que yo conocía tenía por lo menos ciento cincuenta kilos menos...

—¡Por todas las patas de yeguas! —dice—. Estás mazo buena... ¿Puedo abrazarla?

Le acaba de pedir permiso a Dexter como si yo fuera una pertenencia suya... Hace un gesto con la palma arriba asintiendo.

—Oye *Quitas*, ¿qué haces por aquí y quien es este tipo tan cañón? —Brittany vuelve a repasar a Dexter de arriba a abajo, pero esta vez creo que se ha relamido.

Por favor, que no me deje mal... Rodeo el brazo de Dexter apegando mi cuerpo contra el suyo y lo miro hacia arriba parpadeando muy rápido...

—Es mi novio —digo sonriéndole. Por favor, por favor no digas nada.

—Y pronto nos casaremos —dice él dándome una palmadita en el

culo. Lo que me hace sobresaltarme y que me suban los colores—. ¿A que sí, cariño?

—Sí, ca-ri-ño... —Lo fulmino con la mirada por esa palmada...

Brittany se queda con la boca abierta. Se está muriendo de envidia. ¡Toma esa! Por todas esas veces que me has ridiculizado... Le sonrío transmitiéndole *JÓDETE* mentalmente. Sigo apretando el brazo de Dexter. A partir de ahora, viviré así el resto de mi vida.

—¡Eh! *Quitás*, estoy hablando con tu padre. —Me enseña el móvil agitándolo—. Se ha alegrado muchísimo, dice que os espera para comer.

¡¿CÓMOOOO?! En este pueblo hacen lo que quieren cuando quieren. No tienen filtros...

—¡Dile que no! No creo que podam...

—¡Claro que sí! —le afirma Dexter. Es un complot para que me dé un infarto—. Dile que estaremos encantados de pasarnos.

—¡Ejem! —Le clavo las uñas en el brazo. ¿Por qué mundo? ¿Por qué eres tan cruel?

—Lo pasaremos muy bien, cari —dice guiñándome un ojo. Lo que hace que se me doble la pierna izquierda. —Una pregunta. —Cambia de tema—. ¿Por qué la llamáis *Quitás*?

Mierda.

—No, por nada... —me apresuro a decir.

—¡Por el *negosio* de sus padres! —dice Justin sin hacer caso de mi corte. Dexter frunce el ceño.

—Tricia siempre ha sido la *caquitas* —continúa Brittany—. Sus padres tienen un *negosio* de cacas de caballo y le pusieron Estiércol Tricia Jackson en su honor.

—Es una historia muy larga y no tenemos tiempo... —Dexter sonrío.

Se va a reír de mí como todos. Cuando era pequeña, mis padres muy orgullosos de su hijita y de lo próspero que estaba siendo su negocio, lo pusieron en letras gigantes como un regalo, pero, sin querer, hicieron que fuera el hazmerreír del pueblo.

—¿Sabéis? —dice Dexter. Venga, ríete como todos—. En muchas culturas, la gente que tenía la mayoría de estiércol de los pueblos y ciudades eran venerados como reyes y eran los más respetados. ¿Imagináis por qué?

Todos estamos escuchando como si fuera el discurso de un gran líder político. Todavía no se ha reído.

—No... —dice Brittany con la boca abierta. Le veo el chicle.

—Pues tienen el poder. Ellos deciden qué cosechas van adelante con sus abonos y cuáles no y, sobre todo, porque se pueden hacer bombas muy destructivas con los compuestos del estiércol...

Siguen con la boca abierta. Me está defendiendo. Se han girado. Me miran ahora como una diosa que puede explotarlos.

—No lo sabía... —Britt saca el labio inferior—. ¡Mira *la* Tricia! —Ya no ha dicho *Quitas*—. Resulta que es la reina y encima se ha llevado al maromo este con un buen rab...

—¡GRAAACIAS! Ya nos vemos, que tenemos prisa —digo cortándola para que, por Dios, no acabara la frase.

CAPÍTULO 19

Arrastro a Dexter rápidamente fuera de la gasolinera huyendo de Britt, Justin y sus comentarios *agradables*. Subimos al coche en dirección al restaurante lo que me deja un momento para la reflexión. ¿Qué ha pasado? No lo sé exactamente, pero me hace sonreír.

—Gracias, Dexter.

—No me des las gracias. Lo he hecho porque te tengo miedo.

—¿Miedo?

Está conduciendo por las calles donde he crecido. Acabamos de pasar por la plaza donde me tropecé y me caí de bruces contra el barro delante de todo el instituto. Es una buena anécdota para no contarle JAMÁS.

—Sí, tengo miedo de que me hagas una bomba —dice guiñándome un ojo. Por favor, que no vuelva a hacer ese gesto que no respondo de mis actos. Le sonrío.

—Mis padres están obsesionados con el estiércol. Desde siempre han centrado su vida alrededor del negocio y de mí. Por eso fusionaron las dos cosas que más amor tenían. Yo nunca tuve valor para enfrentarme a ellos y decirles que me lo hicieron pasar muy mal en la infancia por poner mi nombre a las mierdas. No sé lo que debes de estar pensando de mí...

Se queda pensando. Estamos llegando al restaurante y disminuye la marcha hacia el aparcamiento. Me mira. Se ha puesto serio. Mierda.

—Lo único que pienso... es que tuviste mucho valor y que superaste esta fase. Imaginó que no debió de ser fácil aguantar que se metiesen contigo y menos en un pueblo tan pequeño como este. Deberías estar orgullosa de ti misma.

Me encanta oírlo hablar...

—Gracias —respondo sincera.

Entramos al restaurante. No lo conocía. Es un local de lujo que está a las afueras del pueblo, creo que lo construyeron allí porque es como si se avergonzara del resto de habitantes de aquí. Normal.

Tiene un aparcamiento bastante amplio con unos jardines cuidados. Dos columnas blancas están a los lados de la puerta y un señor con sombrero tipo gorra, traje y guantes blancos nos da la bienvenida. Jamás había venido a este tipo de restaurantes y me imponen al contrario que a Dexter que parece que esté yendo a comprar un kebab.

Ha llamado al gerente del restaurante y está hablando con él. Dexter le da varias fechas concretas para que le diga quién ha venido a comer aquí y el gerente se niega por la confidencialidad. Siguen unos intercambios de cordialidades y negociaciones donde se oye, que cuando se solucione todo, Bicôsie estará encantada de recomendar este restaurante entre los principales inversores y al final cede a la presión y le suelta parte de la información. Un chico moreno y una chica rubia se ven aquí a menudo donde intercambian papeles. Se chocan la mano y nos invita a comer. Yo intento mediante una mezcla de telepatía y telequinesis convencer a Dexter para que diga que sí y no tener que comer con mis padres... En fin. Tendré que practicar si quiero llegar a ser como el profesor Charles Xavier de los X-MEN.

—Solo he conseguido una descripción. Ahora sé que se reúne una pareja aquí e intercambian documentos.

—Y, ¿qué tiene de extraño? —pregunto.

—Pues que es un restaurante caro. Podría ser un comercial de la compañía, pero no es lo habitual. No repiten restaurante ni suelen ser tan caros.

—Puede que sea una pista o no, pero lo tendremos en cuenta. —Me mira y sonrío.

—Me gusta oír un *nosotros* en la investigación. —Dexter tiene el superpoder de desconcertarme.

Volvemos a montar en el coche en dirección al infierno, digo, a comer con mis padres. No digo que sean el diablo, pero es que son un poco peculiares. Le dirijo por las calles estrechas del pueblo. Estamos llegando ya que un agradable aroma a excremento de animal cada vez se hace más intenso.

La casa de mis padres, donde crecí, está alejada del resto del pueblo con una valla azul que rodea todo el perímetro de la propiedad. Dentro está el granero rojo pasión convertido en almacén de fertilizantes con un letrero inmenso donde pone mi nombre precedido de la palabra estiércol. Unos metros más cerca, está la casa. Las maderas horizontales están pintadas en un azul y el tejado, ventanas y demás son de color blanco. Papá a todas las personas les decía que su casa era un pitufo enorme. Otro motivo más para las risas.

Ya los divisamos al fondo. Mi padre le está pasando el brazo sobre los hombros de mi madre. Tendrán muchas cosas raras y distintas, pero lo que sí que tienen perfecto es su relación. Sin complicaciones, sin resquemores, solo y simplemente se quieren.

Paramos el coche y se acercan rápidamente a saludarnos.

—¡Tricia! Qué alegría, hija. —Mi padre me llena de besos y mi madre le estira del brazo para que le deje un poco a ella. Dexter observa cómo saludan a su hija de tres años, perdón, de veintiocho años y aunque suene como una cría, estos achuchones me reconfortan.

—¡Qué delgada estás, cariño! ¿No comes bien? —Que se lo

pregunten a la señora Thompson y sus tortitas—. ¿Por qué no nos has avisado que ibas a venir?

—¡Yo también os he echado mucho de menos! —continúan abrazándome—. Es que hemos venido...

—Tricia quería daros una sorpresa y hemos venido a veros y así me enseñaba dónde creció —dice sorprendiéndome Dex.

—Sí... —digo.

—¡Qué alegría, hija! Ya tienes un novio muy guapo y apuesto

—Bueno... digo... él no es...

—¡Es que tu madre siempre mete la pata! —le recrimina mi padre dándole un beso.

—Ya, ya... no es tu novio...

—Soy Dexter Morrison. —Les muestra una amplia sonrisa y les da la mano. Es encantador de los pies a la cabeza.

—¿Dexter Morrison? Eres... el de la noticia... de la empresa esa tan grande... multimillonario... —dice mi padre extrañado. Creo que está a punto de hacer una reverencia monárquica.

—Sí, papá. Estamos investigando para su caso.

—¡Oh! ¡Es un honor! Pasad, pasad...

Paseamos por la propiedad y mi padre le explica a Dexter cómo funciona la empresa ESTIÉRCOL TRICIA JACKSON y todos los tipos de excremento que existen como el de caballo, vacas, cabras, cerdo, aves e incluso de murciélagos. Parece bastante entretenido y curioso con el tema tan apasionante que le está contando.

—Y a Tricia le gustaba mucho ir a recoger los excrementos de Pazzurro que era el caballo del señor Montoya porque después pasaba la mañana montando. Era como su día de la semana favorito el de recoger

excrementos de Pazurro.

Dexter me mira y se ríe. Está escuchando atentamente.

—Ya me ha dicho tu hija que le gustan mucho los equinos.

Mi madre y yo mientras estamos paseando detrás de ellos, aunque tengo la oreja delante. Ella me está preguntando todo el rato si es verdad que no es mi novio y que si estoy embarazada o me ha pedido matrimonio y nos vamos a casar, que si nos dejarían el jardín para la boda... Lo normal en ella. Yo le digo que no a todo, que está loca y por dentro me digo a mí que ¡OJALÁ!

—Cuando me ha avisado Justin, he puesto la barbacoa. Espero que te guste, Dexter.

—Me encanta. Gracias, Señor Jackson.

Mi padre y mi madre están más encantados que yo con él. Me parece que, si me secuestraran ahora mismo, no se darían cuenta.

Nos acompaña a cada uno de nosotros una cerveza en la mano. Los chicos han hecho toda la carne y mi madre ha seguido con su habitual interrogatorio. Nos sentamos a comer y Dexter se sitúa a mi lado. Está observando la cantidad ingente de alimentos que han sacado. Chuletas de cerdo, patatas con ajo, tomates y pimientos asados entre otros platos. Ahora ya podrá entenderme un poco más mi afición a comer.

—Perdonad, pero es que es lo único que teníamos en casa. Si lo hubiéramos sabido, hubiésemos comprado algo más... —dice mi madre y Dexter se ríe porque se cree que es broma.

—No te preocupes, mamá.

—Pero lo que sí que hay es tus trozos favoritos de tocino, cariño. — ¡Qué vergüenza! —Se los comía a puñados... —le dice a Dexter.

—¡Mamá! No es verdad. —Noto como me está subiendo el calor. Mi

madre siempre dejándome en muy buen lugar... —Podemos dejar de hablar de lo que me gustaba...

Dexter está disfrutando de espectáculo.

—Enhorabuena, cariño —dice mi padre cambiando de tema—, por el ascenso en tu carrera. Aunque ya sabes que siempre estamos orgullosos de ti.

—Gracias... jijiji. —No puedo soportar ni de mis padres los halagos.

—Es muy buena en su trabajo. Tricia es muy lista —dice Dexter...

¡DICE DEXTER!

—Sí, trabajó en el periódico del instituto y descubrió irregularidades en el comedor.

—¿Sí?

—Sí. Se dio cuenta que la leche estaba aguada y que en el instituto más próximo ponían más comida que en el suyo. Hizo un reportaje y a raíz de eso, llenaban más los platos.

Joder, vaya anécdotas que están contando. Todo sobre comidas. También saqué sobresalientes en los exámenes, pero eso no lo dice nadie.

—Vaya, ya apuntaba maneras, entonces, ¿no, Tricia? —dice Dexter.

—Sí... jijiji. —Mierda.

—Siempre ha sido nuestra niñita y siempre hemos estado muy orgullosos de ella.

Veo que Dexter también está comiendo a gusto. Se ha servido varios platos y sigue. Esos brazos y esos músculos tan grandes necesitarán mucho combustible. No voy a mirar más para no darle un bocado a él. No quiero que acabe esto.

—Siempre nos ha tenido a nosotros ya que no tenía muchos amigos.

—¡Mamá! Para ya... —le fulmino con la mirada.

—¿Y eso? —pregunta Dexter haciendo caso omiso de mis palabras.

—Pues Tricia siempre estaba viendo la televisión y leyendo. Desde pequeña tenía una gran afición a las series de televisión y el cine. Decía que no le caían muy bien sus amiguitos de clase y que prefería estar entretenida así.

—He conocido a algunos y la entiendo. —Dexter me guiña un ojo y sonrío.

—Grababa en cintas VHS capítulos de series como *El príncipe de Belair*, *Falcon Crest*, *Aquellos maravillosos años*, *Luz de luna...* para luego cambiarlos por otros con personas de diferentes partes del país mediante paquetes.

Si esto ahora mismo fuera una serie, sería *Destripando a Tricia*. Me están ardiendo las mejillas.

—Claro, antes no había internet —dice Dexter.

—Y todo esto con ocho años —comenta mi padre orgulloso—. Todos los días, se sentaba en el suelo, con su vaso de leche con chocolate, dos galletas y media, y su gorro de ver series. Siempre ha tenido muchas manías...

—¡Vale, ya! —No quiero tener que volver sola porque creo que Dexter en cualquier momento va a huir—. ¿Qué tal va el negocio, Papá?

—Aunque tuviera más hambre, solo cogía dos galletas y otra partida y no veía ninguna serie sin su gorro. Decía que así eran más bonitas.

¿Puede que me haya convertido en un fantasma y no me oigan?

—¡Déjame, ya no tengo manías! —miento.

—Sí que tienes, Tricia —me contradice Dexter. Joder, las he intentado ocultar.

—Mentira...

—Verás: cuando te pones nerviosa, te muerdes el lateral del dedo,

como ahora... —¡Es cierto!—. Cuando vas a entrar en cualquier lugar, un instante antes haces un suspiro tranquilizador y pasas primero con el pie derecho, cuando bebes siempre dejas el vaso en el mismo lugar donde estaba... y así muchas.

—Ehmm... ya... tengo que cambiar...

—¡No! —dice Dexter frunciendo el ceño—. Jamás lo hagas. Te hacen diferente.

—¿Retrasada?

—Al contrario, esas cosas te hacen especial, única, auténtica y eso hoy en día es muy difícil de lograr.

—Bueno... —miro al suelo.

—Para mí, eres *Miss Manías* y me gusta.

—¡Lo ves! —dice mi madre—. Hazle caso a tu novio...

—¡Mamááááá!

La comida ha continuado con más anécdotas patrocinadas por mí, mis torpezas y mis manías. He intentado alargarla todo lo posible porque, aunque me han avergonzado, estaba muy feliz. Dexter ha encajado perfectamente y una de las cosas que me ha sorprendido es que no haya salido corriendo despavorido por mi forma de ser.

—Muchas gracias, señores Jackson. —Se despide Dexter.

—A vosotros. Volved cuando queráis que *La casa pitufo* está abierta de par en par para vosotros.

—Pues le tomo la palabra. Quiero repetir esta barbacoa si Tricia quiere... —Me mira preguntándome.

—Mmm... Bueno, ya veremos. —Claro que sí, cuando quieras, sí, sí, ¡SÍ!

Nos metemos al coche y damos marcha atrás. Mis padres siguen

cogidos en la puerta viendo cómo nos alejamos. Ha sido maravilloso. No quiero que este día acabe.

CAPÍTULO 20

Silencio. Qué distinto es en cada ocasión. Hay silencios a preguntas que afirman, hay silencios tristes, silencios respetuosos, silencios incómodos, pero este para mí es el mejor de todos. El silencio de la confianza. El que no hace falta llenar ningún momento con conversaciones vacías porque sobra con la presencia misma y aquí, ahora mismo, él conduciendo y yo sentada a su lado y, sabiendo que no le importan mis manías, es perfecto. Ha dicho que esas cosas me hacen única.

—Jijiji. —Espera, ¿me he reído en voz alta? Por el gesto de Dexter y su ceño fruncido mirándome creo que sí... ¡Maldición! He roto el silencio. — Es que estaba acordándome de una anécdota... que me caí un día en una plaza y me di con la cara en el barro... —¡Joder! No se me ha ocurrido nada mejor...

—Por eso... tienes esa *caragusano*... —bromea apretándome con la mano la rodilla. Pero, qué... Ese gesto ha hecho que se me fuera la sonrisa y me he excitado. La ha apartado en seguida. Cuando me ha tocado, ha sido como una descarga eléctrica que me ha entrado calor... Él también se ha puesto serio. ¿Puede ser que le haya pasado lo mismo?

—¡Ca... *caragusano*, tú! —intento decir con normalidad—. No te pego porque vas conduciendo.

—¿Sabes? —Se ha puesto serio—. Me lo he pasado muy bien. Desde esta mañana me he podido olvidar de todos los problemas que estoy teniendo. Ha sido como un oasis en medio del caos que se ha generado por todo esto que está pasando. Aunque no lo parezca, estoy jodido, bastante jodido porque en mi familia siempre nos han enseñado a hacer las cosas con respeto y

alguien nos quiere traicionar. Y lo putamente doloroso es que mi familia entera lo está pasando mal. Intento estar bien y ser positivo, pero hay momentos en los que es muy difícil; en cambio, hay otros en los que es mucho más fácil. ¿Sabes cuándo son los fáciles?

—No...

—Cuando estoy contigo.

Sigue mirando fijamente hacia el horizonte agarrando el volante con fuerza. Es humano. Instintivamente hundo mis dedos en su pelo rompiéndole su tensión. Noto que se relaja. Ojalá pudiera hacer algo. Suspira. Suspiro...

Ya estamos llegando. Le digo que me deje en mi casa porque estoy muy cansada para conducir y quiero tirarme al sofá.

—Yo también me lo he pasado muy bien —afirmo.

—¿Tanto como para sentarte en el suelo y ponerte dos galletas y media y el gorro de ver series?

—¡Ehh! No te pases... que ya tengo sofá.

—¿Sí? ¿Cómo es tu apartamento? ¿Me lo enseñas?

Se me ha entrecortado mi respiración. Lo ha soltado así, de golpe sin titubear. Querrá... no lo quiero ni pensar. No sé. Me desconcierta... Dexter en mi casa. ¿Y si nos ven? Aunque no hay nadie por la calle. No vamos a hacer nada... las chicas con las que ha estado antes de hacerlo decían que les avisaba que no quería nada serio. A mí no me ha avisado, así que... ¿Estoy pensando mucho?

—¡Tricia! —dice sacándome de mi ensimismamiento—. Que si me enseñas tu apartamento...

—¡Claro! Pero si me prometes que no te vas a burlar.

—Mmmm... entonces no —bromea.

Aparcamos cerca del portal del bloque de apartamentos y él observa

todo como si fuera un turista. Subimos las escaleras. Está tranquilo, muy tranquilo. Supongo que no hay nada de segundas intenciones en su autoinvitación y eso me tranquiliza y me entristece a partes iguales.

Suspiro antes de entrar como muy bien ha detectado Dexter y abro la puerta de mi apartamento y, también de un poquito de mí.

—Pues ya está, esta es mi humilde morada...

Entra sin decir nada y observa como si entrara en una iglesia del siglo XVI estudiando todo alrededor. ¡Qué vergüenza! Me siento un poco desnuda... Da pequeños pasitos como si fuera un agente del CSI en busca de pistas.

Se fija en el tótem que está en una estantería y le da vueltas.

—*Origen* —dice. ¡Guau! Me asombra que haya lo haya relacionado con la película de Leonardo di Caprio—. No me lo puedo creer, tienes el ticket de oro para entrar en la fábrica de chocolate...

—Sí... jijiji. —Estoy encantada de que por lo menos reconozca algunos de mis *compañeros de piso*. Las pulsaciones me van a más de mil por hora.

—Esto es impresionante... vaya colección de DVD'S.

Ha ido a la estantería que tengo con más de mil películas y series. Es blanca y llega casi hasta el techo. También tengo otra colección en VHS aunque algunas se repiten esas ocupan más y están en casa de mis padres.

—¡Vaya! Esta casa es como un museo —Está gratamente sorprendido—, de curiosidades y de películas. ¡Ese peluche también lo tuve yo con cinco años!

Está señalando a un *gremlin* malo que está a lo alto de la estantería. Es de mis preferidos, voy a bajárselo.

—Yo me lo compré el año pasado... con veintisiete años —digo—.

Te lo bajaré.

—De acuerdo.

Acerco un taburete a la estantería. No sé si con mi *altura* de jugadora de baloncesto lo alcanzaré. Subo, pero se tambalea un poco. Para rematar la vergüenza solo hace falta ya que me caiga. Estiro el brazo para intentar alcanzarlo...

—Espera que te sujeto.

Me balanceo a un lado y entonces su mano roza mi culo y lo veo sonreír con picardía.

—¡Ehh! ¡Pervertido! —Le doy un manotazo, pero el taburete cede y... ¡me caigo! Cierro fuerte los ojos esperando el golpe, pero no llega...

Cuando los abro... veo la cara de Dexter. Me ha cogido al vuelo en brazos como quien coge una almohada. Nos quedamos mirando fijamente y un silencio nos atrapa. Se ha parado todo alrededor. Me recorre con los ojos toda la cara deteniéndose en mis labios. Respiro más rápido, más profundo. Él también lo hace. Ahora sí. Veo en sus ojos deseo, no hay duda. Se acerca, noto su aliento más cerca, pero... se echa atrás frunciendo el ceño. Algo en su interior ha sido reprimido y me baja lentamente apartando sus ojos de mí.

—Tengo que irme, Tricia...

No le contesto. Quiero gritar. Quiero correr.

Anda hacía la salida. *No la abras, por favor. No te vayas.*

Abre la puerta y aprieto los ojos para no ver y que el sonido de la cerradura no me duela tanto.

Pero no suena. Y lo siento.

Siento su boca rozando la mía con intensidad. Su mano, me sostiene firmemente la parte de atrás de la cabeza. Por fin. Nuestros cuerpos se unen con ansias y sin ningún tipo de contención. Su lengua se toca con la mía y

deja escapar un suspiro. Es un sabor dulce... Con el pie le da una patada a la puerta para cerrar sin separar nuestros labios.

Su otra mano, baja por mi espalda rozándome lentamente hasta llegar a mi trasero que aprieta con firmeza. Me separo para mirar que esto sea real. Estoy muy excitada. Engancha un dedo en la parte del botón del pantalón arrastrándome al sofá. He notado un escalofrío por todo el cuerpo.

Me tiende bruscamente. Dexter también estaba deseando que llegara este momento. Se tumba arriba de mí y noto su contundente dureza de excitación. Es impresionante.

No debemos hacerlo, pero no puedo resistirme...

—Dexter...

Me pone un dedo en los labios para que me calle. Obedezco y acto seguido me lo meto en la boca y lo miro a los ojos lo que hace que él los cierre y suspire. Es la primera vez que me aparta la mirada. Nos está invadiendo la impaciencia.

Se quita la camiseta como si le quemara y lo que veo es mejor que lo que intuía. Le paso la mano por el torso hasta su estómago duro como una roca.

Baja las manos por debajo de mi camiseta hasta mis costillas y desde lejos me mira mientras las sube lentamente quitándomela. Me incorpora e invadido por la dulce ansiedad me arranca el sujetador con brusquedad rompiéndolo como si fuera un papel liberando así mis pechos.

Desliza el dorso de la mano por mi pecho observando cómo sufro de impaciencia. El roce de sus nudillos hace estremecerme y cuando está llegando al final de sus dedos, gira la mano por completo y la cubre con su palma. En un acto reflejo, arqueo la espalda y echo la cabeza atrás. Encajan a la perfección, como si estuvieran hechos para su mano. Ahora la desliza y

delicadamente pinza mi pezón entre su dedo índice y corazón. La mezcla de ternura de sus caricias y de lascivia de sus ojos es perfecta.

Todos esos instantes deseándolo. Todos esos anhelos de tocarlo, por fin se está cumpliendo. Lo que imaginaba no eran nada comparado con lo que está sucediendo...

Abro las piernas y me engancha a él. Noto cómo la ropa se roza y su enorme excitación me presiona lo que me hace jadear.

Lo agarro del cuello y acerco su boca a la mía mordiéndole el labio inferior. Él se zafa y me estira los brazos aprisionándolos contra la base del asiento. Sin poder hacer ningún movimiento, me besa y nuestras lenguas bailan solas entre jadeos hasta que su boca baja y se desliza por mí, dándome sutiles besos, por el cuello... clavícula... y en ese momento saca su lengua y traza círculos alrededor de mi pecho haciendo que mi excitación llegue a niveles insospechados. Cada vez los círculos se van cerrando más y me muerde el pezón mientras con la otra mano abarca mi otro seno.

Mis caderas saltan para arriba para apretarme más a él y de nuevo, como si la ropa nos quemase, con dos tirones me quita el pantalón y la ropa interior de golpe dejándome completamente desnuda. Seguidamente desabrocho con desesperación el botón de su pantalón notándola. Bajo su bóxer dejando a la vista su enorme dureza. Al fin nos deshacemos de toda la ropa. Saca un preservativo de su cartera, lo abre y me lo da para que se lo ponga. La sostengo en la mano y la miro con admiración. Está caliente. Creo que es de talla grande por lo que me cuesta colocarlo.

Se coloca arriba de mí.

Me mira a los ojos y lentamente introduce su miembro dentro de mí hasta el fondo en un delirio de satisfacción. Grito de placer. Estoy muy húmeda. Hacía mucho tiempo que no me acostaba con nadie. Aprieta muy

fuerte y se queda quieto en mi interior presionando. Me acerco a su oreja y le echo mi aliento susurrando:

—Dame más...

Entonces empieza a embestirme con rudeza moviéndose repetidamente una y otra vez. Como un salvaje, siendo puro instinto. No sabía que el sexo podía llegar a este nivel de deleite. Estoy llegando al orgasmo y tengo miedo de no poder soportarlo. Viene y no puedo dejar de gritar fuerte y apretar cada uno de mis músculos. Esto es una explosión de sensaciones.

El entra y sale unas veces más y aumentando su respiración hasta que también acaba y coloca su cabeza en mis pechos sabiendo que el clímax le ha ganado. Todavía sigue dentro de mí sin decir nada y le paso una mano por su pelo revuelto. Sonríe.

No quiero que acabe este día. Todo se ha esfumado. Los problemas, el tiempo, el espacio... no hay nada más en el universo que esta habitación y los roces. Pensaba que las afirmaciones tipo “dos mitades perfectas”, “nos fundimos en un solo ser” eran exageradas y supercursis, ahora lo sigo pensando, pero sé que son ciertas.

Me está pasando un dedo por la cara. Por la sensación de sus caricias parece que tenga en la mano un guante de terciopelo.

—¿Sabes? Te salen mofletes rojos como a Heidi.

—Ya... bueno... y a ti te salen... —No se me ocurre nada. Está tan guapo...—. Te salen...

Me silencia con un beso. Creo que ya conoce mis respuestas. Es la mejor manera de que me calle.

—Estabas deseándolo, ¿eh, pillina?

—¡Qué creído te lo tienes! —Y qué verdad es.

—Venga, va. Ahora, la señorita *Miss Manías* me va a decir que es mentira.

—Jijiji. —Es lo único que me sale por la boca. Noto cómo me ruborizo más.

—Yo también lo estaba deseando.

—Desde que me besaste en el cine, no he pensado en otra cosa.

—A mí también me sorprendió ese beso. Pero hoy en el coche, cuando te he tocado la pierna... —Me mira de una forma intensa y salvaje. No hace falta que añada nada más, veo el deseo en sus ojos verdes.

Le acaricio el pelo. Huele muy bien. Si pudiera, metería su olor en un frasco y lo vendería como ambientador, aunque si lo pongo en mi casa, iría todo el día cachonda.

—Entonces, ¿ibas conduciendo con el freno de mano en los pantalones? —bromeo.

Se ríe a carcajadas por lo que acabo de decir. Me voy a pensar y todo que soy graciosa o en su defecto que se ha fumado alguna sustancia ilegal.

—¿Y si llamamos a un chino y cenamos algo? Estoy desmayado. —
¿Hola, perfección?

—Yo pensaba que la gente rica no comía cosas así.

—¿Así como?

—Pues tipo comida china, llamar para que te traigan pizza o hamburguesas.

—Es verdad. Es la primera vez que voy a comer eso. Te lo había dicho porque lo había visto en las películas.

—¿Sí? —pregunto.

—Sí. Yo suelo llamar al *Tele-Gourmet* para que sirvan el menú de Carne de Wagyu con trufa blanca, para picar Caviar Almas y para beber Dom

Pérignon rosado del 2000.

—Impresionante... —Ahora ya no se ríe, se descojona—. ¿Me estás tomando el pelo?

—Un poco.

—¡Idiota!

Se levanta y camina desnudo por mi apartamento como si lo hubiera hecho todos los días. Estoy presenciando un espectáculo por el que pagaría hasta miles de dólares. Es casi comparable a una aurora boreal, pero con pene. Llena un vaso con agua y se la bebe. Estaría mirándolo horas.

Yo estoy tumbada en el sofá con la cabeza apoyada en mi mano. Me mira y se ríe. No me acordaba que estaba desnuda, pero es raro, no me da vergüenza.

—¿¡Qué miras!?

—Estaba pensando si te pintaba como a una de mis chicas francesas.

—¡Titanic!

—¡Sí! Ahora que lo pienso, tú también me dejarías fuera de la tabla...

—¡Jamás!

Me guiña un ojo. Él paseando, yo desnuda, a punto de llamar para que traigan comida china... esto es perfecto. Me ha dicho que quiere ducharse y no sé si preguntarle si me dejaría poner una cámara por si se cae, saber qué ha pasado... Bueno, si no quiero ser yo quien acabe en la cárcel, mejor no...

Le acerco unas toallas limpias y yo después me pongo mi mejor pijama, el de Batman que se compone de un pantaloncito tipo culote negro con un ribete amarillo y una camiseta de tirantes con el símbolo en las tetas.

—¡Tricia! —me grita desde el baño.

Abro la puerta y entre las nubes de vapor veo cómo su cuerpo está brillante por las diminutas gotitas condensadas. Se me para la respiración.

—¿Qu... qué ocurre? —logro decir.

—No sale el agua fría y está ardiendo. —Yo sí que estoy ardiendo ahora mismo.

—Espera...

El grifo tiene un pequeño truco que hay que girarlo al otro lado. Meto el brazo bajo las gotitas que caen y giro la maneta para que salga a una temperatura más agradable. Lo siento a mi lado y está más caliente que el agua. Se ha acercado a mí y me coge del brazo haciendo que entremos en la pequeña lluvia candente.

De repente, con furia oculta, me besa sujetándome la cabeza. Noto el calor y la humedad por fuera y por mi interior que por instantes se acrecienta. El culote y la camiseta se están mojando y se me pegan al cuerpo haciendo que mis pezones sobresalgan de la excitación. Él me atrae más contra su torso y por bajo, noto algo muy duro presionándome. Se ha excitado en unos pocos segundos frotándose contra mí cuerpo.

Esta vez tomo yo el mando. Él mira con excitación.

Le beso el cuello y voy recorriendo su pecho y abdomen mojados con la lengua bajo del chorro de la ducha e impaciente me coge del pelo bruscamente. La agarro con la mano y sin apartar la mirada de sus ojos, la llevo a la mi boca y comienzo a hacerle maravillas y por su expresión, se está quedando absorto. Extiende las manos con las palmas pegadas en la pared apretando el abdomen hasta que sujeta mi rostro con las manos y me aparta delicadamente.

—No quiero que se termine todavía —dice.

Me cambia de posición y me apoya en los azulejos y me vuelve a besar con pasión, salvajemente. Sin separar nuestras bocas, me rompe los tirantes dejando mis pechos a merced del agua. Con impaciencia los coge con

ambas manos y comienza a lamerlos, lo que me hace estremecerme y notar aún más calor en mí.

Ahora se agacha y con un rápido tirón me quita el culote dejando mi intimidad a la altura de su aliento. Mi respiración está muy agitada por ver su cara ahí. Mirando. Esperando...

—Hazlo ya, no me hagas esperar más... —le ordeno con ansiedad.

Me mira y sonrío con picardía.

Me levanta la pierna derecha colocándosela en el hombro y me sujeto al grifo para no caerme, entonces noto su boca en mi interior pasando su lengua como si fuera un plato y estuviera relamiendo muy hambriento. Agarro su cabeza y la presiono por los movimientos tan nuevos y placenteros que he experimentado jamás. Un grito se me escapa creyendo que no puedo soportar tanto placer ya que estoy llegando al máximo gusto que puede llegar una persona. Un estallido en mi interior hace que mi cuerpo se contraiga y contenga la respiración. Estos orgasmos me van a matar.

Él se levanta y me mira dándome la vuelta.

—Prepárate para más —me dice.

¿Más? Estoy llegando a un terreno de placer que nunca he entrado.

Me pone de espaldas y me agarro al cristal de la mampara apretando mis pechos y mi cara contra el vidrio y lo vuelvo a sentir entrando en mí. Nuestras pieles ardientes y resbaladizas hacen que la delicadeza de los roces contraste con las sólidas embestidas. Cada vez son más rápidas las sacudidas hasta que vuelvo a sentir el máximo deleite. Me voy gritando y Dexter se queda tenso soltando también un solo y rotundo gemido.

Me vuelvo a él y comenzamos a besarnos.

Definitivamente, es el mejor día de mi vida.

Finalmente logramos ponernos algo, aunque con dificultades para

seguir vestidos y no volver a arrancarnos la ropa. A este paso, no voy a ganar para atuendo con su furia.

Se ha hecho muy tarde, pero por lo menos nos han traído la comida china. Nos sentamos informalmente en el sofá y comemos entre bromas y anécdotas, *made in Tricia*. Ahora mismo la reportera y el ejecutivo acusado se han quedado fuera de esta casa quedando solo y simplemente Dexter y Tricia. Hemos puesto un par de películas, aunque parezca raro, no había visto *E.T. el Extraterrestre*, ni *Bitelchús*, así que lo he arreglado con la sesión de cine.

Después de las películas y de emociones varias, él se ha quedado dormido y yo no creo que tarde mucho. Tiene un brazo sobre mí y le beso la mano.

Suspiro y espontáneamente me sale una sonrisa, aunque aquí y ahora relajada, noto una sensación oculta tras las ganas y la emoción que tenía. Es una sensación como cuando te asomas a un precipicio y tienes vértigo. Creo que es miedo. Sí, tengo miedo porque no quiero ponerle nombre a lo que estoy sintiendo.

CAPÍTULO 21

—¿Dexter? ¿Hola?

Me acabo de despertar y no lo veo. Todavía huele a él. ¿Se estará duchando?

—¿Holaa? —repito—. ¿Quieres que te enseñe cómo va la ducha?

Pero no veo a nadie. Me doy una vuelta y definitivamente no está. Pero lo que sí que veo es una nota escrita de su puño y letra.

Buenos días, Heidi.

Como habrás visto me he ido de tu casa... o quizás no. ¡No mires atrás y cierra los ojos!

¿Me va a dar una sorpresa? ¡Es genial! Me encantan las sorpresas...

Me giro pero no hay nadie...

Seguro que te has dado la vuelta, es broma, no estoy en tu apartamento.

¡Hasta en las notas es un capullo!

Me he tenido que ir a trabajar y a intentar preparar la defensa, que como ya sabes, todavía está complicada, así que tengo que ponerme al cien por cien. Quiero decirte que me lo pasé muy bien ayer por las películas que me pusiste y también un poco, pero solo un poco, por ti y por arrancarte la ropa.

¿Qué te parece que quedemos esta noche?

P.D.: Sigo convencido de que no me dejarías estar en la tabla como Kate y me ahogarías.

Sonrío como una tonta, pero las pulsaciones se me han incrementado de una forma muy drástica. Espero que al menos cuente como ejercicio de

cardio. Ahora ya está en juego no solo mi carrera sino también algo más que destrozaría. Ayer sentí mucho y me temo que para él solo voy a ser una muesca más en su cabecero. Repaso mentalmente las chicas con las que ha estado y luego estoy yo. *Pero ¿quién te has creído, Tricia?* Oigo una voz en mi interior que me grita. Es *Tracia* que por unos instantes reflexiona.

Vas a perder tu trabajo y todo lo que has querido.

Vuelve a la realidad.

Ayer se rio bastante, le hiciste gracia y acabasteis follando. Eso es, no hay más.

Ayer salió bien, pero esta noche será la que te dé la patada...

Deja de hacerte la tonta y lucha por tu trabajo.

Esa voz tiene razón. Siempre me traiciona, pero ahora está velando por mí. Me miro al espejo y me seco una lágrima que no quiero saber el motivo de cómo ha llegado hasta allí.

Suena el teléfono sacándome de mis pensamientos. Un correo de la cadena, es de Jessica. La mañana va de notas... esperemos que no sea que me han visto con Dexter y me aparten de la noticia.

Me siento por si me mareo.

Hola, Tricia:

No podía esperar para darte una gran noticia. Me han llamado los dueños de la cadena y me han dicho que han triplicado los ingresos por publicidad y todo gracias a ti y a tu investigación. Han preguntado sobre tus habilidades y... (por favor no digas nada a nadie antes de que se haga público) ¡te van a dar un programa de investigación para ti sola! Sí, como lo lees. Están preparando el formato, pero antes querían hablar conmigo. Presentarías e investigarías todas las semanas sobre los temas más polémicos e importantes del país y llevarías tú el equipo que quisieras.

Incluso si quieres que Jean presente contigo ya que hacéis buena pareja laboral.

Cuando vengas a la cadena, ya te daré más detalles.

Enhorabuena.

Jessica Trevor.

¡No me lo puedo creer!

No es solo que reconocen mi trabajo, sino que... ¡me van a dar un programa para mí sola! Estoy viviendo los días más intensos de mi vida. Por fin se está reconociendo mi verdadero talento. Todos los reportajes enseñando más carne que una modelo de lencería, los días disfrazada ante la cámara, todas las comidas raras que me han hecho comer... todo eso ha valido la pena porque al final con la constancia, se ha reconocido mi trabajo. Pero aun así... no estoy del todo feliz. ¿Por qué es todo tan complicado?

Llamo a Jean porque necesito recoger el coche ya que está en la cafetería de la señora Thompson. Le digo que venga con Kat y así les doy la noticia del programa nuevo a los dos a la vez.

Cuántos cambios ha habido en poco tiempo. El día de burritos ha pasado a ser el día de pizza, kebabs, tortitas de la señora Thompson como hoy, también he podido alzar la cabeza en mi trabajo y hay una persona en mi vida que hace que me palpite el corazón más rápido cuando pienso en él.

—Sí que están buenas, sí —afirma Jean llevándose una de las tortitas a la boca.

—Mmm... es verdad, Tricia. ¡Están espectaculares!

—Yo siempre os traigo a los mejores sitios, chicos.

—Cierto. —Jean me guiña un ojo—. ¿Y cuál es la noticia tenías que darnos, Tricia?

—Pues... que... agarraos a la mesa... ¡nos han dado un programa

para nosotros solos!

—¿Cómo? —dice Jean con la boca llena saltándosele trozos de tortita. Kat también se queda paralizada al oírlo.

—Esta mañana me ha escrito Jessica y me ha dicho que los hermanos Williamson, los dueños de la cadena, están muy contentos por los datos de las audiencias ya que por ese motivo los ingresos por publicidad han crecido muchísimo y quieren que dirija un programa de investigación semanal con los temas que estén más en auge. Me ha dicho que cuente contigo —Señalo a Jean—, y he pensado que podrías salir de detrás de la cámara para copresentar conmigo.

—¡Genial! —dice Jean casi sin poder hablar con la sonrisa en la boca.

—¡Es estupendo, chicos! —Kat nos da un abrazo y casi se le saltan las lágrimas—. Os lo merecéis tanto...

Seguimos hablando de los detalles de cómo va a ser el programa y de los temas que trataremos. Es un logro que ha costado mucho sacrificio.

—Por cierto, ¿por qué está tu coche aquí y cómo conoces este lugar? —pregunta Kat.

—Mmmmm...

Me empiezan a sudar las manos e inspiro con fuerza para calmar los nervios.

—¡Es por un chico! —adivina ella.

—Bueno...

—¡Es otra buena noticia, Tricia! Se te ve tan emocionada... ¡Qué bien! Así podrás quedar con él, con Jean y conmigo.

—A ver... conozco este lugar por... Dexter.

A ambos se les congela la expresión. Es un tanto de pánico y sorpresa como cuando las luces de un camión vienen a por ti a toda velocidad y no

puedes moverte. No es que me haya pasado, ya que no me han atropellado, pero así es en las películas.

Les cuento todo lo que he pasado con Dexter desde cuando lo espí en su casa y me quedé a dormir, el cine, la investigación del restaurante, la comida con mis padres y... anoche...

—¡No me lo puedo creer, Tricia! —Niega con la cabeza, Jean. Creo que es la primera vez que lo veo serio.

—Ya... pero...

—Me alegraría mucho si fuera otra persona, Tricia, pero lo puedes echar todo a perder. Todo lo que hemos logrado. El nuevo programa. Si te pillan con él, tu credibilidad caerá al mínimo y, si resulta que al final es culpable, puede que incluso te pueda comprometer.

—Ya...

—Y lo conoces de muy poco, Tricia —continúa Kat—. Ya sabes por las noticias que no se le conoce ninguna relación estable. No digo que sea por ti, ya que tú eres genial y puedes estar hasta con el príncipe de Zamunda, pero solo digo que tienes que ser un poco más cauta y no ser tan impulsiva. Espérate a que acabe el proceso y luego ya decides.

—Tenéis razón y yo ya sabía que iba a ser así y no lo quería ver —les digo.

Pero lo que no saben es el dolor que ahora mismo estoy sintiendo en... sí, en el corazón.

Saco el teléfono móvil y busco el contacto de Dexter.

Yo: ¡Hola, Dexter!

Si lo pongo entre exclamaciones queda más alegre.

Yo: Quería comentarte que lo he estado pensando y meditando y va a ser mejor que no nos veamos hasta que acabe todo el proceso. Tengo mucho

trabajo y será mejor para los dos que pospongamos lo de esta noche.

Me tiemblan las manos por lo que acabo de escribir. Ahora mismo quiero estampar el teléfono en el suelo e insultar a la vida por hacerme tener que elegir. ¡Oh! Está escribiendo...

¿Qué contestará?

Dexter está escribiendo...

Está tardando mucho.

Dexter está escribiendo...

Odio este suspense.

La pantalla se queda en blanco. Dexter ya no está escribiendo. Noto cómo me cae una lágrima por la mejilla y tanto Jean como Kat me abrazan consolándome. Es lo mejor.

¿Es lo mejor?

CAPÍTULO 22

Como cada cinco minutos es costumbre, miro el teléfono a ver si hay alguna notificación. Mejor dicho y para qué engañarnos, por si ha habido alguna señal de vida de Dexter o me quiere decir cualquier cosa. Nada. Silencio desde que le dije que no quedaríamos. Ni un icono de guiño, ni de sonrisa (que es el más fácil de encajar en cualquier conversación), ni nada de nada. He desaparecido para él.

Lo bueno es que necesitaba un poco la rutina y de eso ha habido bastante. Me ha ayudado a centrarme en el trabajo un poco más. Faltan pocos días para el juicio de Bicôsie y por lo menos no tardaré mucho en poder ver a Dexter, aunque sea de lejos. Las filtraciones han cesado, así como las acusaciones. Todo está en una calma tensa como antes de una tormenta.

Así que he tenido que cubrir otras noticias como un atraco en una sucursal bancaria en Morgan Hill a la que acudí a la noticia desde el helicóptero, o el hackeo de información personal de una gran red social por una célula terrorista donde los agentes especiales sacaron a la fuerza a más de treinta miembros en una mansión y todo ello, con mis tetas a buen recaudo, sin temor alguno a que salgan por un escote pronunciado que me han obligado a poner.

Jean y yo, estamos muy ilusionados por el nuevo proyecto. El programa se va a llamar *El rincón de la verdad* y se va a estrenar el mes que viene. Tenemos mucha, pero que mucha ilusión. Se emitirá en directo los domingos y como no podemos tener guion, ya que va a ser la noticia que más impacto tenga en la semana, hemos hecho simulacros. Tengo que elegir el equipo que me va a ayudar en cada programa e incluso llamar a expertos de

cada materia.

Por otro lado, Josh, el chico de los deportes, ha empezado a ser una persona normal y no una que a simple vista diera asco y arcadas. Como le dije, está siendo él mismo sin intentar imitar a ningún personaje de película como pensaba que tenía que hacer (menos mal que no le dio por ser *Alien*, aunque había días que con la gomina se le parecía), y ahora sale con Tina. Están tan felices que incluso llegan a ser un poco demasiado azucarados.

Lorraine se ha recuperado y también ha cambiado, ha conocido una palabra nueva que es humildad. Le costó pronunciarla y saber qué era, pero ahora también parece otra persona normal. Me encanta verla cómo le tiran tartazos, va en bikini a cubrir las noticias de las fiestas universitarias y demás reportajes que se supone que, de no ser por este cambio, hubiera seguido cubriendo yo.

Parece que todo va bien y genial para todos y para mí, pero al contrario de lo que debería de sentir, siento un vacío. He quedado varias veces a cenar con Jean y Kat para intentar dejar de pensar. No quisiera concebir cómo sería la vida sin ellos. Hoy también quedaremos.

Saco mi móvil y llamo a Jean.

—¡Hola, Jean!

—¿Qué tal, copresentadora de un futuro programa investigación de éxito?

—Pues muy bien, le iba a preguntar a un copresentador de un futuro programa de investigación de éxito si quería venir con su novia y conmigo a cenar esta noche a un restaurante nuevo japonés donde te pueden servir todo el sushi que quieras.

—Me encantaría, pero voy a preguntárselo a Kat, a ver si no se tiene que quedar hasta tarde. Te llamo en un rato y te lo confirmo, ¿vale?

—¡De acuerdo!

Aunque estoy un poco abatida, he podido sacar cosas buenas de Dexter como valorarme y saber decir no cuando no quiero hacer algo, a quitarme el miedo a lo desconocido y por eso encontré este restaurante un día que vine sola a cenar y no conocía este lugar. Te pueden poner todos los platos que quieras pagando ¡solo veinticinco dólares!

Me suena el teléfono.

—¿Ya sabes si podemos cenar esta noche?

—¿Cenarr? Ahh... que ya estás con otro... vale, vale... ¿Sabesss?

Yo creí en ti...

—¿Hola? ¿Quién...?

—Sseguro que lo has seducido con tus curvas sensuales...

—¿Dexter? —¡Oh, Dios mío! Es Dexter—. ¿Estás borracho?

—¿Borraachoo? ¿A ti qué te impoorta?

—Dexter, por favor. ¿Dónde estás?

—No creo que en realidad te importe...

—Dexter, si te ven así, no sería para bueno para el juicio...

—Me da igual la gente... ¡Me dan igual todos! ¿Me oís?

—Dexter, por favor. Relájate... que se van a cabrear. Dime dónde estás.

—Viniste aquí a esta barra, con tu sudadera de Alf y con tus frases ingeniosas... tus mofletitos graciosos y adorables y yo...

—¿Estás en el bar donde nos conocimos la primera vez?

—No, no estoy aquí... —balbucea.

—No te muevas de ahí. ¿Vale?

Contesta cosas indescifrables como si tuviera un cubito de hielo en la boca. Cuelgo rápidamente el teléfono y sin dudarlo cojo las llaves del coche.

No sé qué motivo es el que me está llevando hacia Dexter. La razón me está gritando que no debo ir, pero no la quiero escuchar. Si lo ven así, puede que sea el último día que pase en libertad.

Salgo pitando y veo su coche allí mal aparcado. Acudo rápidamente temblando y temerosa de imaginar qué me voy a encontrar. ¿Estará la policía?, ¿habrá pelea...? Suspiro antes de abrir la puerta y lo veo en mitad del salón con una copa llena en la mano.

—¡Porque todos me queréis tender una trampa!

Le está gritando a los del bar, pero parece que ninguno se inmuta por las palabras que está soltando. Es como si estuvieran familiarizados con la situación.

Me acerco a él y poso una mano en su hombro.

—Dexter... —susurro llamándolo.

Se gira y me mira entrecerrando los ojos. Cuando se da cuenta de que soy yo los abre de par en par y me señala.

—¡Mirad! ¿Veis a esta chica?

Nadie hace el menor gesto de atención.

—Dexter, te lo ruego, vámonos.

—¡Déjame! —dice zafándose—. Pues esta chica de aquí fue el mejor polvo de mi vida. No, más que eso. Fue LA DIFERENTE, esa con la que al terminar lo último en lo que piensas es en marcharte. Pero imagino que es lo que deben de pensar todos...

—Dexter... —insisto cabreada.

—Porque hoy ya ha quedado a cenarr con otro.

Me giro al mismo camarero con la cara de perro pachón que me atendió la primera vez.

—Perdona, pero es que no sabe lo que está dicen...

—Ya, ya, ya... —me corta—. Es el tercer borracho del día y estamos acostumbrados. Toma las llaves del coche, que se las he quitado con la cuarta copa.

Se acerca a una percha de llaves donde en los clavos pone: Borracho 1, Borracho 2... Le dejo un billete de cien dólares en la barra para pagar e intento agarrar el compacto y fuerte cuerpo de Dexter para llevarlo al coche. Creo que él interpreta el contacto de mis manos en su pecho como un acertamiento, porque entonces se inclina hacia mí, me coge la cara con las dos manos y me besa bruscamente.

—Sabes muy bien... —Él sabe a alcohol.

—Vámonos, Dexter. Vas muy borracho...

Lo saco del bar intentando que no se tropiece por ningún lado en dirección a su coche. Por lo menos, se está dejando llevar.

—¡Iré borracho! Pero lo que sí me doy cuenta es que... —Me aprisiona contra su cuerpo y por el roce de sus pantalones noto que está excitado—, quiero volver a follarte una y otra vez todos los días...

A pesar de la situación, sus palabras provocan que me ardan las mejillas y no puedo ignorar que el contacto de su mejilla contra la mía es electrizante. Suspiro.

—Vamos, Dexter.

Consigo que entre al coche y enseguida cierra los ojos rendido por el alcohol. Por suerte hay poca gente en la calle y nadie repara en nosotros.

Con el mando de las llaves abro el garaje. Ya estamos fuera del alcance de las miradas indiscretas. Entramos en su casa la cual sigue igual de pulcra y acogedora como siempre. A regañadientes lo llevo al sofá y tumbo su enorme cuerpo.

—Necesitas descansar, Dexter. Mañana te llamaré a ver qué tal

estás...

Agita su mano hacía él, indicándome que me acerque. Lo hago y se incorpora un poco para abrazarme. Noto su calor, pero esta vez en un abrazo intenso, un intercambio de emociones. Un abrazo reconfortante que le devuelvo incondicionalmente.

—No te vayas, por favor. Quédate.

Me separo y lo miro.

—Está bien...

Me tumbo con él posando mi espalda en su torso y me vuelve a abrazar. Ahora lo veo. Veo realmente cómo es y por lo que está pasando. No podía más. Le ha podido la presión. Aunque es raro contemplarlo tan grande, siempre tan entero y seguro de sí mismo y que necesite este abrazo. Pero quizá no me había parado a imaginar cómo debe de ser que tu familia penda un hilo, tener a los periodistas todos los días en la puerta de tu casa y lidiar con la situación. Supongo que por eso ha encontrado refugio en el alcohol esta noche.

—No quiero que te marches —repite.

—No te preocupes, me voy a quedar.

—No me refiero a eso. Quiero que te quedes a mi lado para siempre, que confíes en mí y en que soy inocente. Quiero todo eso contigo...

Me quedo mirando al suelo en un punto fijo intentando procesar sus palabras.

—Dexter, estás...

—Estoy borracho, pero sé lo que digo. Toda mi vida he hecho las cosas bien. Siempre he confiado en que, si se hace lo correcto, al final compensa, pero estoy viendo en este caso que no es así. Ahora siento que voy a fallarle a mi familia y que no puedo hacer nada por evitarlo. Y necesito que

estés a mi lado. Cuando estoy contigo, todo es mejor. Ni siquiera sé explicar por qué, pero desde que nos encontramos en ese bar, cada día he querido volver a verte y eso jamás me había ocurrido. Eres perfecta. Eres inteligente, graciosa y sexy y tengo el presentimiento de que te he conocido en el peor momento posible.

No sé si creerme todo lo que está diciendo, ya que está borracho, aunque, por otra parte, está ese refrán, el de que los borrachos siempre dicen la verdad...

Me mira entonces con sus brillantes ojos verdes.

—Y tú esta noche has tenido una cita... —susurra.

—No, en realidad iba a cenar con Kat y Jean, que son mis amigos.

—Así que soy un idiota. —Respira profundamente.

—Un poquitín, sí. Pero no te lo tendré en cuenta.

Bosteza y comienza a cerrar los ojos. El sueño le está venciendo...

No quiero pensar en nada de lo que acaba de decir. Mañana sin alcohol en sangre hablaremos y veré realmente lo que piensa. Me levanto suavemente para no despertarlo, aunque con la que lleva encima creo eso no ocurriría ni haciendo sonar una bocina. Observo cómo duerme tranquilamente con su pelo enmarañado y su cara perfecta. Está borracho y descansa y todavía sigue impecable, debe de tener algún tipo de pacto con el diablo.

Me gustaría llevarlo a la cama, pero con lo grande que es, necesitaría una carretilla y no es plan. Decido acomodarlo en el sofá. Le quito los zapatos con delicadeza, estoy empezando a mosquearme porque es que ni huele lo más mínimo. Después desabrocho el cinturón del pantalón y me entra calor. Lo dejo en ropa interior. No quiero mirar ya que no es ético y me pongo la mano en la cara con los dedos bastante separados para *no poder ver*.

Me acerco a su habitación y busco una manta para taparlo. Lo acomodo y se la paso por encima antes de darle un beso en la frente.

Vuelvo a su cuarto y... ¡ahora sí! Abro el armario de Dexter y cojo una camiseta grande de Los Patriots. Me quito toda la ropa menos las braguitas de los dibujos de Los Snorkels (que ya no me avergüenzan tanto) y me pongo la camiseta.

Con un suspiro, decido que es hora de finalizar el día.

CAPÍTULO 23

El olor del café recién hecho me vuelve a despertar. No hay mejor sensación que percibir el aroma de ese brebaje que te espabila. Me cuesta un momento saber dónde estoy. Sofá, chimenea, camiseta de Los Patriots, medio culo fuera... Estoy en casa de Dexter y lo veo en la cocina preparando el desayuno. Lo observo en silencio sin querer que pase el tiempo ni que haya explicaciones de lo de ayer que no me puedan gustar. Parece que no haya pasado absolutamente nada. Cualquier persona pasando una resaca como la que debe de estar pasando él, estaría como si hubiera vuelto de la guerra, mientras que Dexter parece que haya salido de peluquería y maquillaje. Se ha puesto un pantalón gris de algodón y una camiseta negra y se está desenvolviendo como un chef.

—Buenos días, Tricia —dice sin mirarme sabiendo que le estoy observando. Ha dicho Tricia. Ni *Miss Manías*, ni ningún mote gracioso... es el fin.

El ambiente está tenso, ha sido un tono cordial.

—Buenos días, señor Morrison —le digo en una entonación correcta como si fuera del servicio de habitaciones.

Se acerca con una bandeja con café y tortitas. Huele de maravilla y tienen un aroma familiar.

—Son como las de la señora Thompson.

—¡Eso es! A eso me recordaba. ¿Le has robado la receta a la pobre señora Thompson? —bromeo.

Me fulmina con la mirada. ¿Qué pasa?

—Ya veo que sigues creyendo que soy un ladrón. —Mierda, mierda,

mierda y mierda...

—No, yo... quiero decir que no es que la hayas robado, sino apropiado, bueno, digo no... ¿qué? digo, no me dejes hablar por favor...

—Vete de mi casa —me ordena rotundamente. Quiero llorar. Falta muy poco pero no lo voy a hacer.

—No quería...

—No hablo en serio. Te estaba tomando el pelo —dice muy circunspecto.

—¡Eres un capullo y siempre lo serás! —Sonríe y creo que le encanta tomarme el pelo. Si hubiera una televisión por cable siempre pondría el canal de bromas a Tricia.

—No le he robado nada a nadie. Voy a desayunar tortitas con mi familia y Peter desde que nació. Llevo viendo cómo las hace muchos años y apuntaba mentalmente cada paso e ingrediente. Cuando ella tomaba vacaciones o cuando cerraba, no quería desayunar otra cosa, así que me propuse hacerlas. Me costó años llegar a este punto, pero creo que son casi iguales.

—Iguales, diría yo.

Se sienta a mi lado con su café en la mano dándole un sorbo. Deja la taza en la mesa y me mira fijamente. Debe de ser así en las reuniones que tiene en la empresa. Intimida y genera confianza a la vez, aunque ahora mismo estoy cagada.

—Tricia...

Ahí va.

—Dime.

—Lo de ayer...

—Lo sé, ibas muy borracho.

—Sí, eso quería decirte.

Ya está, la excusa del alcohol.

—Lo sé, estabas muy fuera de control.

—Pero todo lo que dije fue verdad.

—No te preocupes, no te lo tendré en cuenta... ¿cómo? ¿que era verdad?

—Sí —asiente acompañando con la cabeza.

—¿Todo... todo?

—No suelo beber tanto y quizás no es la mejor manera de hablar de los temas, pero quería contarte todo lo que pienso.

—Lo de que te hago feliz... —Asiente con la cabeza. ¡Oh, Dios mío!

—Que fue el mejor polvo de tu...

—Sí... —Me está entrando un calor fulgurante.

—Y lo de mis mofletes que parecen tetas en la cara...

Él se ríe y se frota la cara divertido.

No sé si es consciente de todo o me está tomando el pelo. Se lo recordaré... Las pulsaciones se me están disparando. Él se acerca sosteniéndome la mano.

—También dijiste que... —se me entrecorta el habla—, que tenías un sentimiento nuevo y cada día querías verme...

—Y eso es totalmente cierto.

Un impulso incontrolable me hace dejar la bandeja en la mesa derramando un poco de café y me lanzo a su boca besándolo como si no hubiera mañana. Él me devuelve el beso y me siento a horcajadas en su regazo. Me sujeta por el culo y rápidamente noto bajo su pantalón cómo se excita. Nuestras bocas siguen salvajemente rozándose y las lenguas luchan para ver cuál genera más placer. Muevo mi cadera hacia adelante y hacia

atrás friccionando mis braguitas con su pantalón de chándal. Lo noto todo.

Él se levanta y me quedo enganchada con las piernas como un koala y me lleva a la isla de la cocina y aparta con el brazo los aparejos que hay encima. Me siento como un plato a punto de ser devorada y eso me encanta.

Me quita la camiseta y me aprieta con una mano los pechos sin ninguna delicadeza y con la otra la mete en mis muslos bajando de golpe las braguitas. Instintivamente abro las piernas. Se relame mirándome a los ojos hambriento. Agacha la cabeza y traza con la boca rutas inimaginables que me hacen gritar de placer.

—Me pones muy cachondo, Tricia.

No me salen las palabras, solo puedo mirarle deseosa.

Se quita la camiseta y los pantalones dejando su enorme miembro a la vista y me embiste con furia.

En muy poco llego al orgasmo gritándole y mirándole fijamente. Dexter comienza a respirar con dificultad hasta que me aprieta con los manos empujándome hacia él y, tenso, suelta un gemido que me recuerda a un león...

Se separa mareado por el placer, todavía un poco aturdido, y se pone un vaso de agua.

—Mi mejor desayuno ya no son las tortitas, ahora eres tú —dice apoyado en la encimera.

Todavía tumbada me relamo por lo que acaba de decir y me estremezco retorciéndome con los resquicios de placer que aún recorren mi cuerpo.

—Y yo quiero que me desayunes todos los días como hoy...

Se acerca y me da un beso dulce... Esto es increíble.

Por fin nos podemos acabar el desayuno, aunque nos ha costado dos

intentos más, ya que me ha enseñado *cómo funciona* su ducha y nos hemos vuelto a liar otra vez.

Nos sentamos en el sofá donde ha comenzado todo. Aunque las tortitas están frías todavía tienen ese aroma tan especial.

—Estaré a tu lado, Dexter.

—No me falles —dice acariciándome el mentón.

—Saldremos de esta juntos.

—Lo sé. El destino te ha puesto aquí por algo.

Ya no tengo ninguna duda de que voy a estar a su lado. Confío en él plenamente y sé que no me va a fallar. He visto la sinceridad en sus ojos y sé que no me juego nada, porque estoy segura de que es inocente. Y lo único que quiero es estar con él...

Con los primeros rayos de sol, nos ponemos a investigar juntos. Dexter ha desplegado varios papeles de documentos sobre la mesa y ha sacado su portátil que parece una nave espacial de Star Trek. Son de las transferencias que se han realizado y sobre las que no hay casi datos.

—Debe haber alguna conexión entre los traspasos de dinero y la persona o personas que estén intentando acusar a ti y a tu familia.

—Eso es lo que estoy intentando averiguar, pero como los paraísos fiscales son tan herméticos es muy difícil.

—Tranquilo que repasaremos todo para que no se nos escape nada —le digo posando una mano en su pierna, aunque la quito rápidamente ya que volvería a perder el control—. Por cierto, vaya ordenador más flipante que tienes.

Es negro con aristas como si simulara un caparazón aerodinámico. La pantalla se ve mejor que el cine. Tiene pinta de ser muy potente.

—Es un regalo de Peter. Es el *Halax Gallax 6*, un modelo coreano de

este año. A Peter le encantan los ordenadores y todos los aparatos de última generación y él tiene el mismo, pero el modelo del año que viene.

—¿El del año que viene? —pregunto.

—Sí, todavía no ha salido aquí y ya tiene el 7. Tiene contactos con el dueño de la marca *Halax* y puede acceder al prototipo antes que nadie, entonces a mí me regala siempre el anterior.

—Es un buen amigo.

—Sí que lo es, pero ojalá creyera más en mí.

—Es difícil... —digo—. Sé que cuando se aclare todo esto, te pediré perdón. Ya verás.

Asiente con la cabeza y escapa la mirada hacia los papeles rehuendo seguir con la conversación.

Seguimos indagando y me parece ver algo raro en las transferencias. Creo que es una conexión.

—¡Mira, Dexter!

—¿Qué ocurre?

—Las transferencias, como ya has visto, tienen esta dirección ip que es la dirección del ordenador ubicado en las oficinas de Bicôsie.

—Sí —asiente frunciendo el ceño—. A cada ordenador se le asigna una dirección local en la empresa que va cambiando cada día que se conecta la red. Por eso, esas direcciones no nos valen porque no hay un registro de cada persona.

—Exacto, pero tenemos una coincidencia. Estabas en lo cierto, la misma dirección ip que hizo un trasvase de fondos, reservó y pagó mesa en el restaurante que fuimos a preguntar.

—Muy bueno. Puede ser que tengamos algo.

—Sí. Tengo un par de amigos y compañeros en la cadena que creo

que pueden ayudarnos. Envíame esos registros de las direcciones ip a mi correo y se lo mostraré.

—En seguida.

Dexter me pasa toda la documentación. Aunque es muy poco lo que tenemos ya que no implicaría a nadie directamente, es algo por dónde empezar. Guardo toda la documentación y me cambio para ir directamente a la cadena para hablar con Michael el de contabilidad y Steve que, aunque es el experto en cine, también tiene una licenciatura en informática y creo que puede ser de gran ayuda. Me voy a ir a cambiarme y cierro la puerta ya que puede que, si me vuelvo a quedar desnuda delante de Dexter, podríamos hacerlo de nuevo y caer en un bucle donde el final sería que no podría volver a andar nunca.

Me despido de él con un beso y me encanta.

CAPÍTULO 24

Parezco *el Jocker* con mi sonrisa perpetua de alegría, pero *el Joker* bueno, el interpretado por Jack Nicholson. Me viene a la cabeza la palabra felicidad. Siento que por fin los problemas se están solucionando y se ve un claro en el cielo. Siempre he tenido la sensación de que las cosas buenas que me pasan no me las merezco y no sé por qué. Cuando me suceden tengo miedo de que se acaben, con lo cual, no las disfruto plenamente. Ahora sí. Sé que las merezco y no tengo miedo... aunque me viene a la cabeza la palabra mentirosa.

En realidad, estoy viviendo algo tan bueno que no quiero que se termine. Sintiendo algo que no he sentido jamás y experimentando cosas que nunca creí que las viviría con nadie y no es que sean cosas como tirarse por paracaídas en los Andes, sino más emocionantes aún, como desayunar tortitas con una persona especial. Siendo sincera, sí que tengo miedo, así que intentaré hacer las cosas lo mejor posible.

Si mi forma de ver el camino a la cadena estaba cambiando y era más colorido, ahora casi era como dibujado por Disney. Solo hace falta que en un semáforo me comiencen a cantar: “Una muchacha de lo más extraño, siempre en las nubes suele estar...”

Acudo directamente al despacho de Michael y llamo a Steve para que venga también.

Al entrar veo que todo sigue en su mismo sitio, pero veo algo distinto en la cara de Michael. No sé si se ha hecho cirugía estética, se ha puesto bótox o se ha operado la nariz, pero tiene una expresión distinta... ¡Ah! Ya sé lo que es. Está sonriendo...

—Buenos días, Tricia. ¿Te gusta mi corbata?

Atónita. Es la palabra mejor que define mi estado de ánimo ahora. Atónita y orgullosa de ver que el señor *Robot*, ha cogido confianza y me habla como una persona normal.

—Buenos días, Michael. ¡Claro! Como siempre. Tienes un gusto bueno para ellas —digo sonriéndole—. Te tengo que pedir un favor. Te lo devolveré en cuanto necesites algo de mí...

—No hay problema, Tricia.

Entra Steve por la puerta. Esta vez va vestido con una cazadora de cuero negra y unos vaqueros. Está esperando a ver si reconozco de qué va vestido hoy.

—¿Mad Max? —digo entrecerrando un ojo.

—¡No! jejeje —se ríe acabando con un pequeño gruñido de cerdito.

—¡A ver! —Le reto.

Se lleva un reloj Casio a la boca soltando una pequeña risita.

—¡Kitt, te necesito!

—¡*El coche fantástico!* —contesta Michael entrando en el juego—. Era mi favorita junto con *Mujercitas*, la serie de dibujos japonesa.

—¡Cien puntos para Michael! —le felicito—. Aunque es una mezcla extraña la de tus series favoritas...

—Sí... —contesta avergonzándose un poco.

—A mí también me gusta esa serie —contesta Steve.

Me alegra que dos personas que no hablaban con casi nadie en la cadena tengan una conversación de series conmigo. Al final acabarán siendo amigos y distanciándose un poco de la soledad. Incluso hasta me he sentido un poco desplazada porque me superaban en conocimientos de series, ya que eran fanáticos de programas de Corea, Vietnam, y demás países lejanos.

Después de un rato les expongo el problema que sucede. Les comento la conexión que hemos encontrado entre las dos operaciones y las direcciones ip y se emocionan. Por supuesto, advierto que toda la información que van a manejar es confidencial y no puede salir nada de ahí. Están contentos porque para ellos, es un reto el poder averiguar cosas. Hablan de direcciones IPv6 o IPv4 o cosas raras que no entiendo y poco a poco me voy alejando mientras los dejo emocionados hablando de transferencias y protocolos TCP y haciendo bromas de ceros y unos...

—Muchas gracias, chicos —les digo.

—Gracias a ti por confiarnos esto, Tricia.

—Con otras personas no lo hubiera hecho, pero con vosotros sí que confío.

—En cuanto tengamos algo, te llamamos —me dice Michael.

—Gracias, Sony y Rico —digo haciendo alusión a la serie Corrupción en Miami y que entienden perfectamente.

Salgo del despacho y me dirijo hacia mi coche y mi aparcamiento. Sí, mi aparcamiento. Tengo plaza de parking y me encanta. Me vibra el teléfono.

Dexter dice: *Gracias, Tricia.*

Yo: *Gracias ¿por qué?*

Dexter dice: *Por cuidarme ayer y sacarme del apuro cuando iba borracho. Me hacías falta.*

Yo: *jijiji*

No soporto los cumplidos, pero esta vez sí que lo haré.

Yo: *De nada. Algo dentro de mí, me hizo querer ir a por ti.*

¡Milagro! ¡Ha enviado un emoticono normal! Y encima es el del corazón y el guiño y beso a la vez.

Yo: *¡Ah! Ya veo que sí que sabes poner emoticonos...*

Dexter dice: *Se me ha escapado... jejeje. Te quería preguntar si esta noche seguimos con la investigación y vemos una película, pero esta vez en tu casa.*

¡Sí! ¡Me encanta! Me pongo a dar vueltas como si bailara con el teléfono móvil y lo beso.

Yo: *Bueno, me parece bien.*

¿Me parece bien? ¡Es el mejor plan del planeta!

Dexter dice: *Pues allí estaré a las ocho.*

Yo le envío varios corazones de distintos colores, uno con ojos de corazones, flores, otro de una pareja con un corazón en medio y demás emoticonos de lo más cursi que puede haber. ¡Pero me siento así! Ya me da igual que nos vean juntos. Sé que esto tiene que salir bien, no hay otra. Y si nos ven, siempre podrán hacer una película de nosotros. El tráiler estaría narrado así: “Una joven, guapa y superatractiva periodista... Un apuesto empresario... Una acusación injusta... Juntos descubrirán la verdad, salvarán el mundo y saltará la chispa del amor...”.

Bueno, creo que ya está bien por hoy de imaginarme cosas.

En la salida veo que hay alguien en mi coche apoyado. Es Peter que me espera con una sonrisa en la boca.

—¡Hola, Peter! ¿Qué haces por aquí?

—Hola, Tricia —me responde.

—¿Tienes dos minutos para una cerveza?

—¡Claro!

Él me sigue con el coche y lo dirijo a una cervecería que hay cerca de la cadena a unos diez minutos donde muchas veces, Kat, Jean y yo nos despejamos de la rutina de la semana. No tiene paredes normales, son todas de cristal, hasta el techo. La chica nos despacha dos jarras para cada uno.

—Tricia, ya me ha comentado Dexter que habéis descubierto algo...

—¡Sí! Eso te iba a decir, que al final va todo genial.

—Ojalá sea así, pero creo que no...

—¿Por qué dices eso? —le pregunto.

—A ver, me ha dicho las conexiones que hay entre las direcciones ip y algunas transferencias.

—Sí, la persona que hizo las transferencias reservó el restaurante.

—Ya, pero, cualquiera puede haber hecho eso. No hay ningún registro de las direcciones ip. ¿No te parece raro que justo lo averiguaras tú y tuvieras los papeles a mano?

Frunzo el ceño pensando. ¿Es casualidad? No sé qué creer.

—Tricia, me pareces una muy buena chica y yo quiero mucho a mi amigo Dexter, pero no nos engañemos...

—No puede ser —le contesto.

—Te puedo pasar toda esta documentación para que la revises a fondo para que veas que las evidencias apuntan a que Dexter está metido en el ajo.

Me acerca una carpeta con el membrete de Bicôsie en la mesa. Estoy confusa.

—Comprueba todo esto con detalle. Me estoy jugando el puesto pasándote estos documentos, pero me caes muy bien y no quiero que te hagan daño.

—Está bien. Los comprobaré tranquilamente.

—Te lo agradezco, Tricia y tú verás como al final me lo agradeces también.

Salimos de la cervecería, nos despedimos y cada uno se va por su camino.

Una cosa siempre he tenido clara desde que dejé la universidad. Hay

que comprobar todas las informaciones para descartar. Puede que Peter esté convencido de que Dexter sea culpable, porque la persona que lo está acusando sea muy astuta y haya puesto esas pruebas *irrefutables* tan bien, que haya confundido hasta al mejor bufete de abogados de la zona. Por otro lado, no tiene sentido que Dexter fuera al restaurante y no lo reconocieran. Si él o alguien de su círculo hubiera ido, sabrían quién era. Nada tiene sentido, pero lo investigaré.

Ángela Williams, te vi desde pequeña en la televisión y quise convertirme en ti. Lo conseguiré.

Me pongo a limpiar el apartamento como una loca. Va a venir Dexter y quiero que todo esté como su casa, aunque sé que es imposible tanto orden.

Me sitúo delante de la estantería llena de películas para ver qué DVD escoger. Creo que *El Resplandor*, *Poltergeist* o *Pesadilla en Elm Street* serán una buena elección. Así podré saltar y cogermelo a su enorme y fuerte cuerpo.

Oigo que llaman al timbre y me pongo muy nerviosa. ¿Va a ser siempre así? Me parece que sí. Me aclaro la garganta, agarro el pomo de la puerta y cojo aire.

—No suspires tanto que tengo mucha hambre —dice una voz de detrás de la puerta. Cómo me conoce. Abro.

—¡Dexter! Pasa, pasa. —No sé qué me pasa. Actúo como si fuera una visita que hace tiempo que no veo. Porta dos pizzas de tamaño familiar y huele de maravilla. Con este olor, ahora mismo no sé quién está más apetecible, si Dexter o lo que trae.

Me río y él me mira extraño. Mierda.

—¿Ya estás hablando con tu cabecita?

—Más o menos... —admito.

—¿Qué estabas pensando para soltar esa risita?

—Pues que tengo mucha hambre y ahora mismo si me dieran a elegir, no sé qué me comería, si a ti o a las pizzas...

Las deja en la mesa y se acerca a mí...

—¿Por qué tienes que elegir? Yo voy a cenar la pizza y de postre una Tricia... —me susurra al oído, lo que hace estremecerme... Si fuera un dibujo animado, ahora mismo estaría echando humo por las orejas—. Pero todo a su tiempo.

Me guiña un ojo y vuelvo a suspirar haciendo un ejercicio de autocontrol que ni los monjes budistas Shaolin podrían aguantar. Abre la caja y veo otra tentación. Con esta no hace falta que me autocontrole.

—¡Mis preferidas! —digo.

—No es casualidad, *Miss Manías*. —Al final me va a gustar y todo que me llame así—. También he traído más papeles y documentos para revisarlos. Que ya sabes que es la finalidad de quedar esta noche —dice guiñándome un ojo.

—Por supuesto. Averiguaremos todo lo que haga falta...

Nos sentamos en el sofá con las cajas de las pizzas desplegadas ante nosotros dispuestas a ser devoradas, como yo lo estoy para el postre. Le propongo las tres películas que había sacado y se queda encantado con la elección, aunque las había visto todas, quería volver a ver *Pesadilla en Elm Street*. Es perfecto porque las que se rodaron en los ochenta, que son las que me gustan, hacen un total de cinco y nadie puede dejar una saga a medias... *jijiji*. Esta vez no me he reído en voz alta. Menos mal. Ya no pensaría que es gracioso, sino que creería que es algo diagnosticable.

Mientras hablamos de Freddy y su garra, no puedo dejar de mirarlo. Esos ojos tan bien colocados, esa mandíbula tan perfilada y ese cuerpo... No tengo ni idea los kilómetros que debe hacer corriendo para mantener ese

estado tan duro.

Me apresuro a terminar la pizza, ya que me apetece más ser el postre. Por suerte, quedan pocos trozos. Me parece que él también está ansioso para lo que viene después...

—Ha estado genial —dice.

—Sí... —Mi respiración comienza a agitarse.

—No te muevas. Espérate que también he traído algo más...

—¿Una sorpresa?

—Puede... —dice con un tono sensual.

—¡No me gustan las sorpresas, Dexter! —Mentira. Me encantan.

Me pone un dedo en la boca para que me calle y me cierra los ojos.

—No los abras... —me vuelve a susurrar. Cada vez que hace eso, noto cómo me quema la ropa interior.

Los cierro y presto mucha atención. Oigo cómo se levanta y cómo suena un cuenco de porcelana en la encimera de la cocina.

—No los abras, ¡eh!

—No, no... —Yo sí que me voy a abrir...

Ahora detecto el sonido de un tapón abriéndose. Creo que ya sé de qué se trata y me encanta... Exacto, lo sigue el espray. No hay alimento más excitante que la nata...

—¿Qué es esto? —me pregunta. Suspiro porque no sé qué voy a ver y si mi corazón aguantará la imagen—. ¡Tricia! —dice en un tono más fuerte. Seguidamente oigo cómo el cuenco se rompe.

Abro los ojos y veo a Dexter con la carpeta y el sello de Bicôsie que me ha dado Peter en la mano. Mierda, mierda, mierda... No le he dado mucha importancia y la había dejado en la estantería.

—Dexter... no es nada...

—¿Qué cojones es esto?

—Dexter, son... —No sé qué decirle.

—¿Esta es la confianza que me querías dar? ¿Este es el apoyo que iba a tener? —pregunta con los ojos enrabiados y acristalados.

—De verdad, no lo he abierto.

—¡Me da igual! No quiero que digas nada, no quiero que me expliques nada. Simplemente sé que me has traicionado, que me has mentido. ¿De verdad pensabas estar a mi lado? ¡Y una mierda! ¿Me vas a investigar tú también? ¿Has guardado tus joyas y tus pertenencias valiosas? A ver si te las voy a quitar... —dice irónicamente.

Está muy alterado andando de un lado para otro. No puede estar pasando esto. Ahora sí que quiero gritar y llorar. Me levanto para intentar arreglar esto. La he cagado. Poso una mano sobre su hombro para que se calme.

—Dexter...

—¡No me toques! —Se zafa—. ¿Sabes? Eres la primera persona a la que le he abierto el corazón de par en par y ya veo lo importante que ha sido para ti.

Se va rápidamente directo a la puerta, pero antes de salir se gira. Me mira. Tiene los ojos llenos de rabia y decepción.

—No me llames jamás. Ni se te ocurra ponerte en contacto conmigo. Borra mi teléfono.

Cierra la puerta pegando un portazo. No tengo ni fuerzas para moverme. El único movimiento que puedo hacer es clavar las rodillas en el suelo y ponerme las manos en la cara para llorar.

Quiero llorar el resto de mi vida.

CAPÍTULO 25

Tonta, tonta y tonta. Esas palabras resuenan una y otra vez en mi cabeza. Resuenan y bailan machacándome desde dentro. La he cagado y muy grande. No sé cómo he podido meter la pata tanto. He metido la pata con Dexter al no haberle hablado de lo que me había dicho Peter. Le he fallado y he quedado como una mentirosa. Mi corazón también está enfadado conmigo por lo que acabo de dejar escapar.

Entiendo muy bien la reacción de Dexter al ver los documentos, pero realmente no les había hecho caso. Lo que antes era miedo de perderlo, ahora se ha convertido en pánico.

Siento como si tuviera una gran losa del tamaño de una catedral en la espalda y me empuja al suelo sin dejar que me mueva. Estoy en un pozo profundo.

He apagado el teléfono móvil durante unas horas para estar desconectada de todo el mundo. Solo soy yo cerrando los ojos o mirando fijamente al suelo intentando averiguar por qué el universo quiere hacerme esto. No quería ponerle nombre a lo que estaba sintiendo, pero ahora por desgracia, ya lo sé y me entristece cada vez más. Me levanto y echo ambientador porque todavía perdura el suave aroma dulzón de Dexter que dejó anoche. Me hace mucho daño.

Voy a la nevera para emborracharme de helado de triple chocolate. No me importa nada ahora mismo. Nada de nada. Por mí, se puede quemar el planeta entero que me da absolutamente igual. Hundo la cuchara como yo me estoy hundiendo en la pena y saco cucharadas como mi puño. Desde fuera puedo parecer muy patética, pero me da igual.

Desde que se fue, lo he intentado llamar cientos de veces, pero no me coge el teléfono. Por la aplicación de mensajería del móvil me ha bloqueado. No puedo ponerme en contacto con él.

Es el fin. Incluso he buscado en Google “cuevas abandonadas en mitad de la nada” y “cómo meterse a monja en unas horas” y cómo no, me ha salido porno.

¡Para ya de una puta vez!

¿Qué ha pasado? ¿Qué es esa voz en mi cabeza? ¿Mi gemela *Tracia* me está gritando?

¡Para ya de lamentarte de una puñetera vez! Deja ya de hundirte en tu propia basura y ponte manos a la obra. Sí, has cometido un gran error, pero tienes dos opciones, lamentarte toda tu vida o poner todo tu conocimiento y sabiduría para sacar la verdad del caso de Dexter y recuperarlo. Que sepas, que como yo soy tú, no te voy a dejar que te pongas a elegir la primera opción. ¡Venga y mueve ese culo!

Tiene razón. Siempre me ha saboteado, pero tiene razón, bueno, tengo razón. Debo averiguar qué ha pasado. Ya no hay duda de que Dexter es inocente, pero necesito probarlo.

Saco todos los papeles que trajo ayer Dexter y los esparzo por el suelo como en las películas. Si hace falta, hasta escribiré en la ventana como en *Una mente maravillosa* de Russell Crowe.

Veo cifras y números. Direcciones ip de cada una de las transferencias. Tiene que haber algo que se nos esté escapando. Lo único que coincide es la dirección de la reserva del restaurante y la transferencia millonaria...

—Pesquisas, pesquisas, pesquisas... —digo simulando como si llamara a un gatito.

Dexter dijo que en el restaurante había habido varias reservas así que... ¡Aquí está!

Voy a la mitad de los papeles extendidos en el suelo y cojo uno donde hay otra reserva. Tiene una dirección ip distinta al ser de un día diferente, pero hay otra operación. Se trata de una reserva, esta vez de un vuelo a nombre de Ava Bourguignon.

¿Ava Bourguignon? Es la expareja de Dexter. Ahora sí que no entiendo nada. Pero... sigue sin tener sentido que él fuera al restaurante para averiguar quién comió allí...

Suena el teléfono. Es Steve.

—Hola, Steve.

—¡Hola, Tricia! Tenemos algo.

—¿A qué te refieres?

—No es gran cosa, pero creo que puede aportar datos para la investigación.

—¡Cuéntamelo!

—Michael y yo hemos estado investigando y desencapusando los paquetes de las transferencias y protocolos con los que se hicieron los desvíos de fondos...

—¿Qué? No entiendo, Steve. Intenta explicarlo para gente con dificultades mentales...

—Cuando tú te conectas a internet para realizar cualquier cosa te enlazas con el otro ordenador mediante unos tipos de tubos virtuales por donde pasan los datos. Estos datos van en trocitos o paquetes.

—Sí...

—Pues bien, hemos desempquetado el paquete y hay algo inusual en todo esto. Cometió un desacierto y usó su ordenador personal. La dirección

MAC, que es la matrícula de cada pc o teléfono móvil, pertenece a un modelo muy extraño que no se vende en Estados Unidos.

—¿Cuál es?

—Es un *Halax Gallax*. En los registros que nos has enviado, solo está ese dispositivo. Así que quien tenga ese ordenador, cometió ese único error para usarlo y desviar los fondos a las cuentas.

No puede ser. Un escalofrío me recorre el cuerpo. No tiene ningún sentido. Es la misma marca y modelo de ordenador que me dijo Dexter... Los ojos se me humedecen...

—Eso no es todo —dice Steve.

—Dime —digo esperanzada de que sea un error de ellos.

—El modelo no ha salido todavía.

—¿Cómo? —pregunto. ¡Hay esperanza!

—Es el del año que viene. Es lo más raro de todo. No ha salido ni en la prensa tecnológica...

¡No es el de Dexter! ¿Entonces...? ¿Peter? No me lo puedo creer. Es Peter Sharpe, el *mejor amigo de Dexter*. Me he quedado congelada al saberlo...

—¡Muchas gracias, Steve! ¡Lo tenemos!

—¿Sí?

—Pon las noticias más tarde y verás. Dale las gracias a Michael también. Sois los mejores.

No puede ser, todavía estoy en shock. ¡Por todas las películas de Stanley Kubrick! ¡Menudo cabrón es! Ahora lo entiendo todo. Han sido Ava Bourguignon y Peter Sharpe que, abusando de su confianza con Dexter, se han aprovechado de su posición para hacer todo esto.

Claro, nadie sospecharía del bufete de abogados que estaba intentando

sacar del embrollo a su cliente y además es o era, mejor dicho, su mejor amigo. Tenía la excusa de que, si no ganaba el caso, la reputación del bufete les haría perder millones de dólares, pero claro, con todo lo que habían robado a los inversores, compensaba y mucho.

Todas estos desayunos y cervezas con Peter Sharpe eran para que sospechara de Dexter y hacerme creer que se estaba preocupando por mí. Tengo muchas ganas de ver cómo se pudren él y Ava entre rejas.

Lo mejor de todo es que he demostrado que Dexter es inocente. Aunque es cierto que la he cagado, pero puede que así me odie un poco menos. Han pasado horas y lo echo de menos.

Rápidamente llamo a la jefa y le digo que tengo pruebas del autor de la malversación de fondos y que vaya anunciando que en una hora voy a desvelar los detalles de la resolución del caso. Le mando la dirección. Sin preguntarme nada de nada, obedece y me ofrece toda la cadena a mi disposición, le digo que lo único que necesito ya lo tengo, que es a Jean, la cámara y el micrófono. Aunque, pensándolo mejor, la máquina de galletas...

Después llamo a Jean y le digo que deje todo lo que está haciendo y que me recoja para hacer el reportaje de nuestra vida.

Me voy corriendo a la ducha quitándome la camiseta manchada de chocolate pegando pequeños saltitos. Estoy muy emocionada. Abro el grifo y dejo que me caiga el agua sintiéndola, lo que me hace recordar cuando Dexter estuvo aquí conmigo y me estremezco... Si no tuviera prisa *disfrutaría* más de esta ducha.

Me voy al armario y me busco ropa para ponerme. Ni disfraz, ni ningún abalorio raro. Elijo yo. Y mi elección es un vaquero que me realza el trasero y una camiseta entallada con las letras de FRIENDS estampadas en el pecho. Sí, me pongo lo que me dé la real gana, fuera de cánones.

Jean ya está esperándome abajo. Subo al coche y nos vamos en dirección a North Summer Valley.

—Nunca te he visto tan reluciente, Tricia —me dice Jean mientras conduce.

—¡Gracias! No es para menos.

—¿Estás segura de todo?

—No tengo tiempo para contártelo, pero sí —le guiño un ojo, pero se me mete una pestaña haciendo un gesto feo. Me da igual.

—Es en esa casa —le digo.

—¡Está llena de periodistas! Habrá por lo menos cien...

El anuncio de Jessica ha surtido efecto. Están todos los medios del país en la puerta de Dexter. Algunos están apoyados en el cubo de basura donde rebusqué. Otros están enfocando a las cortinas de la ventana de la cocina donde hicimos el amor. Varios helicópteros están sobrevolando la zona. Allá voy.

Jean y yo andamos hacia la entradilla de la puerta y la gente nos abre paso como si fuéramos los reyes de la corte. Ellos están expectantes, pero yo más. Todas las cámaras, focos, miradas y micrófonos nos apuntan.

Me sitúo enfrente de Jean como todos estos años y veo cómo hace comprobaciones de la cámara. Levanta el dedo para dar el OK. Yo me atuso el pelo.

Suazilandia-Babane y Lobamba, Togo-Lomé, Alemania-Berlín recito mentalmente. Levanto la barbilla y comienzo.

—*Buenos días. Os hemos convocado aquí porque queremos hacer un comunicado. Agradecemos vuestra asistencia porque queremos esclarecer el caso que afecta a tanta gente. Tantas personas que han perdido todos sus ahorros, tantos sueños rotos porque el dinero que consiguieron con su*

esfuerzo y sudor ha sido malversado. Pero esto ha llegado a su fin. Ya sabemos a quién señalar. Ha afectado a muchas personas como he dicho, pero hay una en especial que ha sido calumniada, denigrada, acusada y sometida a escarnio público. Esa persona es Dexter Morrison. Se le ha vapuleado sin tener ninguna prueba. Un día, alguien me dijo que no hay que juzgar a las personas sin conocerlas o tener pruebas. Pues bien, yo las tengo. Tengo pruebas que demuestran que Dexter Morrison es inocente.

Se oye un revuelo y un murmullo de entre los periodistas. Están expectantes y a mí me están temblando las piernas y todo mi cuerpo. Saco los papeles con las direcciones ip subrayadas y con la matrícula del ordenador de Peter.

Aquí tenéis las pruebas. He de decir que antes de venir las he puesto en conocimiento de la policía y del juzgado. La brigada informática ya tiene todos los registros que os voy a mostrar y han felicitado a nuestro equipo. Están de camino para detener al culpable. En estos documentos se puede ver cómo se relaciona al responsable de la malversación de fondos. El señor Peter Sharpe en colaboración con la señorita Ava Bourguignon.

Ahora se oyen exclamaciones como: “Oh, Dios mío”, “La madre que lo parió...” y varias así. Se escuchan algunos aplausos al final de la marabunta.

Muchas de las personas aquí presentes le deben una disculpa a Dexter Morrison y a su familia entre los que me encuentro yo. Personalmente conozco a Dexter y es una persona intachable.

Comienzan a saltarme las lágrimas y veo cómo algunos periodistas ladean la cabeza y sacan el labio inferior por empatía.

Conocí a Dexter casi como un imprevisto del destino, y mi corazón y yo desde aquí queremos... desearle lo mejor... y también decir que pasé los

mejores...

Tengo que sorber los mocos del llanto que me está saliendo.

*...los mejores días de mi vida. Y que ojalá... algún día me...
perdone...*

Les ha informado...

Algo me toca la espalda. Los flashes aumentan el ritmo y se disparan con más frecuencia. Los ojos de todos se abren muchísimo y levantan las cejas sorprendidos. Me giro.

Es él. Dexter. Me mira a los ojos. Me tiembla todo el cuerpo... Sonríe y se acerca.

Me sostiene la cabeza con una mano y con fuerza, acerca sus labios contra los míos acortando la distancia. Es un beso intenso y no quiero que se acabe nunca. La gente está aplaudiendo. Yo ya no puedo hablar. Se separa y coge el micrófono.

Les ha informado...

Continúa la frase con la que me ha cortado con su beso.

...la chica más bonita por dentro y por fuera. La reportera más tenaz que conozco y más profesional. La chica de la que estoy enamorado. Tricia Jackson.

EPÍLOGO

—¿Pizza? —pregunta Dexter desde la cocina.

—Lista y humeante —contesto.

—¿Sofá?

—Preparado y mullidito.

—¿Televisión?

—A punto para darle al *play*.

—Entonces: ¡quedan inauguradas las vacaciones!

Se acomoda a mi lado, que estoy sentada en el sofá.

Me da un beso suave y luego besa mi tripa despacio.

—¿Cómo está hoy el pequeño MiniDex? ¿Un día ajetreado?

—Hoy está tranquilo. —Me llevo una mano al estómago al notar una pequeña patadita justo cuando digo eso. Luego miro a Dexter alzando las cejas—. Pero, te lo repito, ni de broma se va a llamar MiniDex. Ve haciéndote a la idea.

—Ya veremos —replica divertido y rascándose el mentón.

Lo miro y sonrío antes de suspirar. Si he de ser sincera, nunca creí que momentos tan simples, fueran así de buenos. A veces algo sencillo, es perfecto. Y hoy es el primer día de unas merecidas vacaciones. Ha sido más de un año intenso laboral casi ininterrumpido, pero cuando amas tu trabajo, es como si no trabajaras. O eso suele decirse. Y admito que a mí me ocurrió hasta que llegaron otras prioridades...

Hemos acabado la primera temporada de *El rincón de la verdad*. Ha sido un viaje fantástico donde, con la ayuda de Jean y todo el equipo, hemos abordado los temas más interesantes cada semana. No puedo estar más

orgullosa. Ha sido un éxito de audiencia. Jean y yo, repasamos las irregularidades de las elecciones, los conflictos internacionales por las supuestas armas químicas que nunca se encontraron, la oleada de violencia doméstica que vivió en diciembre el sur de Estados Unidos y el trágico suceso del niño de once años que disparó sin querer a un amigo con un arma...

Después de acabar el último programa de la temporada, hemos hecho una fiesta donde he invitado a Dexter. Lo puedo hacer porque soy la jefa, jijiji. Bueno, los demás también han invitado a quienes querían. Siempre igualdad en el trabajo. He hecho mucho énfasis en eso. En las reuniones semanales, hay una mesa redonda donde todos los miembros aportan ideas y valen lo mismo que las de cualquier otro.

Josh y Tina no han podido venir, pero tenían una excusa. Se van a casar en breve y estaban ocupados con los preparativos. También han acudido Steve y Michael, de contabilidad, que actualmente dirigen y presentan un programa de series de televisión que va viento en popa, casi igual de genial que los reportajes de Lorraine.

—¿En qué estás pensando? Vuelve conmigo —dice Dexter.

—¿Cómo sabías que tenía la cabeza en otra parte?

—Ehm... porque no has tocado la pizza.

—¿Qué insinúas? —gruño cogiendo un trozo.

—Nada, cariño. —Dexter parece medir sus palabras con tiento desde que me quedé embarazada porque, he de admitir, que sí que estoy un pelín más sensible de lo habitual. Él también coge otra porción, muerde y me mira —. ¿Te he dicho ya hoy que estás preciosa? —Niego con la cabeza—. Pues lo estás. —Sonrío.

—¿Intentas camelarme para elegir película esta noche?

—Eso es justo lo que pretendía —se ríe y suspira.

—Lo siento, pero me toca a mí. Así es la vida.

—Cruzo los dedos para poder soportarlo...

—*Lalaland*. Creo que al bebé le gustan los musicales.

Reprimo una sonrisa al ver que hace serios esfuerzos para no fingir que vomita. Maldice antes de coger el mando a distancia y poner el videoclub online. Mientras lo hace, yo saboreo otro trozo de pizza, que está deliciosa, y lo miro de reojo. Lleva el pelo revuelto, viste un pijama de cuadros que no resta ni un ápice de su atractivo y su mandíbula masculina está recubierta por una barba fina de dos días. Me relamo. Y no es solo por la cena. Pienso en lo feliz que soy con algo tan sencillo como compartir mi vida con él, disfrutar de los pequeños momentos, de lo mucho que nos reímos juntos y de las noches como estas, que son perfectas sin añadir nada más.

Eso sin contar con nuestros próximos planes.

El bebé... La casa que estamos buscando a las afueras...

—¿Por qué no dejas de mirarme, *Miss Manías*? —Sonríe.

—Porque estaba pensando en la suerte que tengo...

—Sigue. Eso me gusta —bromea dejando el mando.

—Y en todo lo que está por llegar...

Baja la mirada hasta mi tripa.

—Estoy deseándolo.

—Yo también, Dexter.

Me besa. Lo beso. Nos reímos.

Y entiendo que la *felicidad* es esto.

FIN.

NOTA DE LA AUTORA:

Me preguntáis a menudo cómo podéis enteraros de las fechas de salida y estar al tanto de todas las novedades. Podéis encontrarme en Facebook con mi nombre, allí os aviso de todos los proyectos que voy haciendo y anuncio portadas y sinopsis.

Serie Seduciendo...



Todas las de la serie Magazine...



Ya a la venta...

“La promesa de un beso” (ya a la venta)

Katie Wilson, la chica bonita de Sound River, se marchó del pueblo que la había visto crecer sin despedirse de sus dos mejores amigas y dejándole a su novio, James Faith, una corta nota pidiéndole perdón y el corazón destrozado.

Ahora, ocho años después y sin ningún otro lugar al que poder ir, ha regresado con los bolsillos vacíos. Las habladurías en el pueblo se han desatado y a pesar de que nadie sabe por qué se fue de allí, todos la juzgan. Especialmente James, que ahora es el dueño del rancho de los Faith, y que lo único que parece sentir por ella es rencor y ganas de vengarse. ¿Conseguirá Katie que las personas que amaba vuelvan a confiar en ella? ¿Logrará conquistar de nuevo el duro corazón de James?



“La distancia entre dos besos” (ya a la venta)

Amber Faith trabaja como administrativa en el rancho de su familia y siempre ha sido una chica protectora, leal y con mucho carácter. Un carácter que se vuelve explosivo cada vez que se cruza con Ezra, el dueño del único taller mecánico del pueblo. Él tiene un humor de perros y parece odiarla desde que, meses atrás, ella tropezó y le tiró encima un café.

Sin embargo, a pesar de tener que aguantar sus caras largas, Amber necesita que le arregle el coche. Lo que no sabe es que Ezra esconde mucho más de lo que muestra y que, si no protege bien su corazón, puede que termine entregárselo. ¿Será capaz de resistir la tentación?



“Solo un beso para encontrarte”

Cuando Hollie Stinger era una niña, tuvo que soportar las burlas constantes de sus compañeros de clase porque era tímida, además de llevar gafas y aparato. Logan Quinn era uno de los cabecillas del grupo que siempre se metía con ella y, por desgracia, ha decidido volver a Sound River, el pequeño pueblo donde ambos crecieron.

Logan, el chico malo por excelencia, está de vuelta. Y una de las últimas cosas que esperaba al pisar de nuevo aquel lugar era descubrir que, durante su ausencia, Hollie había dejado de ser un patito feo para convertirse en un cisne. Broma del destino o no, sus caminos parecen cruzarse. ¿Conseguirá Logan conquistar el corazón de Hollie? ¿Puede ella fiarse de él...?



“El amor está en el aire”

“¿Puede un flechazo en las alturas cambiar el destino de dos personas?”

El día que Lauren descubre que su novio le es infiel, decide tomarse un descanso e irse de vacaciones junto a su mejor amiga. Está cansada de ser una kamikaze emocional en el amor, pero, cuando se toma dos mojitos de más en el avión para calmar su miedo a volar, su lado más impulsivo vuelve a salir a flote. Y, sin ser consciente de lo que hace, termina metida en la cabina del piloto, el guapo Allan Parker, que, desconcertado, no puede dar crédito a lo que está ocurriendo en pleno vuelo... ni tampoco apartar los ojos de ella.



“Alguien que no esperas”

Patrick y Maya son amigos desde niños, a pesar de sus muchas diferencias. Él está acostumbrado a la popularidad en el instituto y a ser el centro de todas las miradas. Ella, por el contrario, es poco dada a ir a fiestas y está muy centrada en sus estudios. Pero, cuando están a solas, encajan de un modo perfecto.

Sin embargo, años después los dos han cambiado y cuando se reencuentran de nuevo al terminar la universidad en el pueblo donde crecieron juntos, Patrick descubre que Maya va a casarse. En teoría la noticia debería haberlo hecho feliz, pero no es así, ¿qué es lo que está ocurriendo?, ¿siguen siendo solo amigos...?

